

EL CÁNTICO DE NAVIDAD

de Charles Dickens



Publicado por [Libros Gratis Online](#).
Visita el sitio para [Descarga libros electrónicos gratuitos de literatura clásica](#), libros y novelas.

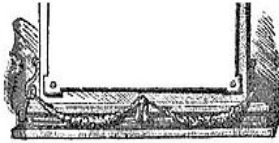
Esta obra está licenciada bajo una
[Licencia Creative Commons Atribución No Comercial 3.0 Estados Unidos](#).

[El cántico de Navidad de Charles Dickens](#)

COLECCION
DE LOS
MEJORES AUTORES
ANTIGUOS Y MODERNOS
NACIONALES Y EXTRANJEROS

-

MADRID
DIRECCION Y ADMINISTRACION
Madera, núm. 8



50 centimos de peseta (2 rs.) en toda España
1883

BIBLIOTECA UNIVERSAL

ÍNDICE

Biografía de Charles Dickens	pag.
--	------



Primera estrofa	1
Segunda estrofa	36
Tercera estrofa	66
Cuarta estrofa	106
Quinta estrofa	133



La fortuna de un estudiante	145
---	-----

BIOGRAFIA

DE

CARLOS DICKENS

Al ocuparnos de este ilustre escritor inglés, no podemos menos de recordar una verdad ya muy sabida, que de cada día se va poniendo más en claro: la necesidad de difundir la instruccion en las clases que por falta de medios no pueden adquirirla, para que aparezcan hombres de grande inteligencia, que por no haber llegado á poseer los conocimientos científicos ó artísticos indispensables, mueren oscurecidos, privando de las obras que hubieran podido producir en beneficio de la humanidad.

Y no se diga que el hombre de verdadero talento se da á conocer á pesar de todo, porque aparte de que no podemos, de ninguna manera, formar la estadística de los que con tan buena aptitud, acaso, como lo que hoy dia admiramos, pero no contando con una fuerza de carácter acomodada á la de su inteligencia, ó con las favorables coyunturas—tambien se ha visto algo de esto—que á los otros les favorecieron para ponerse en evidencia, y aun cuando concedamos, lo que es mucho conceder, que efectivamente, todos los hombres de excepcionales disposiciones, se abren camino en la sociedad, cualquiera que sea la posicion que ocupen, la verdad es que hay muchos de valor positivo, aunque no sea tanto como el de los anteriores, que desaparecen sin revelar su mérito y sin hacer el bien que hubieran podido llevar á cabo con sus excelentes facultades

El conocimiento de la vida de Dickens nos ha sugerido las anteriores reflexiones, mas, por lo que á él se refiere, tuvo suficiente talento y la necesaria energía de carácter para sobreponerse á la desgraciada situacion de los primeros años de su existencia, y elevarse con aplauso unánime al puesto de primer novelista inglés, que conservó hasta su fallecimiento y que no ha perdido. Dickens tuvo que educarse á si mismo; fué un verdadero autodidacto, y si por educacion quiere entenderse aquel trabajo preparatorio y conveniente para la obra que se debe hacer en la vida, Dickens debió á circunstancias especiales los conocimientos que necesitaba para escribir sus libros, conocimientos que dada la direccion que el llevó no podian ser más oportunos.

Nació en 1812 en Landport. Su padre estaba empleado en la pagaduría de marina; persona muy escrupulosa y concienzuda en el cumplimiento de sus deberes, muy entendido, pero sin la suficiente actividad para arbitrar recursos con que atender á las necesidades de su numerosa familia. La madre era, por el contrario, señora de mucha energía y de grandes dotes y conocimientos: ella fué la que dió á su hijo las primeras nociones de la lengua latina. Con objeto de sostener las obligaciones de la familia, estableció un colegio, mas á pesar de todos sus esfuerzos no podían salir de sus ahogos y se vieron en la necesidad de ir á Londres, cuando Dickens contaba sólo nueve años, y fijarse en un pobre arrabal de aquella ciudad. No se remedió con esto la desgraciada situación de aquella familia. Las dificultades aumentaban y hubo precisión de enviar al niño Carlos á que ganase seis chelines por semana, como empleado en una fábrica de betun para el calzado. Durante dos años, el futuro y egregio novelista llevó una vida por extremo penosa y nada en consonancia con sus felicísimas disposiciones mentales; mal de que padecía mucho, á causa de la precocidad de su entendimiento, de lo mucho que había leído y de la ambición que le dominaba ya «por ser un hombre de grandes conocimientos y distinguido en la sociedad.» Por eso al hablar de este período de su vida, más adelante, no estaba completamente injusto con sus padres, al admirarse de que, viendo lo que prometía, lo dedicasen á una ocupación tan humilde, y que le produjo padecimientos tales, que no podía acordarse después sin que la memoria de aquellos tiempos no le arrancase muy sentidas lamentaciones. «¡Es verdaderamente de extrañar, decía, que en semejante edad se me descuidase de aquella manera! Que cuando nos trasladamos a Londres y me convirtieron en un pobre esclavo, no se presentara alguno de corazón bastante generoso, que teniendo en cuenta lo que se podía esperar de mi viveza, de mi ardor, de mi sensibilidad mental y física, no inspirase á nadie la idea de evitarme aquellos padecimientos, enviándome á una escuela gratuita. Nuestros amigos estaban fatigados: ninguno se tomó interés por nosotros.»

Hubo la desgracia de que los padres no adivinaran el porvenir que tenía reservado Dickens, porque si no algo más hubieron hecho, pero en medio de todo hubo una compensación, porque en la fábrica de betun halló una escuela como no hubiera sabido excogerla el padre; una escuela mucho más trabajosa, desde luego, que los buenos colegios ingleses, mas para uno cuyo destino debía ser el de describir las casas y calles de los barrios pobres de Londres, los sucesos ó extraños ó tristes ó ridículos ó lastimosos que allí tenían

lugar, fué una escuela donde aprendió mucho, de que se aprovechó mucho, porque en lugar de corromperse con el espectáculo aquel, Dickens se levantó en alas de su genio sobre aquellos miserias, y describiéndolas se hizo un gran novelista.

No es posible determinar como empezaron á reverlarse sus brillantes disposiciones. Dickens, dice que desde niño manifestó un profundo espíritu de observacion, y grandes deseos de ilustrarse, pero que esto no le parecia ha-cedero más que por medio de una educacion literaria en colegios y unviersidades. Su padre poseia algunos libros, no muchos, pero de primer orden, entre los autores, ingleses; y de los extranjeros *El Quijote*, *Gil Blas* y *Las Mil y una noches*. Los caracteres delineados en dichas obras, no lo fueron inútilmente para Dickens: la semilla echó hondas raíces y produjo ópimos frutos.

Con tan excelentes modelos á la vista, nuestro autor se dispuso perfectamente para sacar provechoso partido de las amargas experiencias de su triste vida. El duro contraste que resultaba entre el mundo ideal que con la lectura de los mencionadas y levantadas aspiraciones se habia fraguado, y el mundo tan prosáico en que necesariamente estaba obligado á vivir; los escasos recursos de que disponia para sus subsistencia, durante los tres primeros años que el jóven residió en Lóndres, años de ningun beneficio para los padres; su vida errante, ó á lo más consagrada á llevar recados á los prestamistas, ó á visitar á sus padres que fueron desdichadamente á parar á una de las cárceles de Lóndres, ó á empaquetar frascos de betun, ó rodando en torno de los figones, fondas y cafés, miserablemente vestido, buscando la manera de encontrar con qué subsistir, le hizo allegar un gran número de interesantísimas observaciones sobre caracteres y escenas, que despues trasladó con vigorosa pluma á sus libros, con la misma viveza que si se hubieran presentado de nuevo ante él al tiempo de describirlos.

Por confesion suya se sabe, que en medio del sonrojo que vida tal le producía, supuesta la delicadeza de sus sentimientos, no dejaba con todo, arrastrado por sus actitudes especiales, de encontrar el lado humorístico de cuanto veía; hasta llegó á decir que en aquella época de su vida, se fijaba en todo con mucha mayor atencion que despues de remontarse á más elevada esfera.

Pronto sintió la necesidad de escribir cuanto observaba. Un amigo suyo le proporcionó una obra de caricaturas, don precioso en el que se inspiró para dibujar más adelante algunos de sus mejores tipos. Dichosamente para

Dickens llegó el término de aquella existencia de esclavitud en la fábrica de betunes. Habiendo reñido su padre con uno de los socios del establecimiento, Dickens que ya tenía doce años, dejó de prestar la clase de servicios con que se ganaba un mezquino sustento y fué colocado en una escuela donde, como era natural, se encontró con otra clase de personas y con más facilidades para leer. A los quince años y á consecuencia de la precaria situacion de su padre, tuvo que entrar en casa de un procurador como escribiente, en cuyo trabajo ganaba quince chelines por semana. Como sus grandes dotes de observador iban desarrollándose de cada vez más, y la oficina se prestaba á hacer muy buenos estudios acerca de personas y cosas, Dickens aprovechó perfectamente los diez y ocho meses que permaneció en el despacho del procurador. Como el trabajo curialesco no le dejaba tiempo para entregarse, como él deseaba, á visitar las bibliotecas y á instruirse á fin de hacerse un hombre notable, aprendió la taquigrafía, y mediante este conocimiento pudo prestar muy útiles servicios en varios tribunales, en cuyas dependencias, á la vez que sacaba con que subsistir, logró aumentar el caudal de sus observaciones. Más adelante, y en imitación de su padre que había entrado de noticiero parlamentario en un periódico, entró á formar parte de la redaccion de « *El Antiguo Almacen mensual*, » despues en *El Sol veraz*, en *El Espejo del Parlamento* y en *El Morning Chronicle*. Durante este período publicó diferentes escritos bajo el seudónimo de *Bos*, de los cuales se hicieron dos ediciones en muy poco tiempo, en los que manifestó su genio humorístico, una exactitud asombrosa en la pintura de caracteres, y un ingenio fecundo para inventar escenas chistosísimas é interesantes. El éxito de esta primera obra le animó á publicar bajo su nombre *Los papeles póstumos de club Pickwick*, libro que en poco tiempo se hizo popular y del que se vendieron muchos miles de ejemplares. A propósito de ella dice un crítico, que Dickens escribió despues otras novelas mucho mejores y de más alcance, pero ninguna que entusiasmara tanto al público inglés, por lo perfecta y graciosamente que presentó los defectos y ridiculeces de sus compatriotas. Con ella no solamente conquistó gloria, sino mucho dinero, porque los editores se la disputaban á porfía. Por entonces contrajo matrimonio con la hija de Mr. Jorge Hogarth, crítico muy estimado, sobre todo en música.

Quiso tambien escribir algo para el teatro, y compuso dos comedias, pero no continuó por este camino, pues si bien descubrió felicísimas disposiciones para el género, no le acomodaba tener que reprimirse en las narraciones y en las descripciones, que era donde él brillaba más.

A los anteriores trabajos siguió la novela *Nicolas Nickleby*, en la que se dedicó a combatir los abusos y la opresión con extraordinaria energía.

En *Olivier Twist* pintó, con maravillosa verdad, las penalidades y desgracias de un joven provinciano, que se encuentra en medio de los vicios y de las miserias de una gran capital.

En el desarrollo de los caracteres y del argumento de esta novela, tuvo ocasión de manifestar las profundísimas y generosas simpatías que le inspiraba lo que se llama: *clases desheredadas*, y con tal motivo adquirió una grande influencia en el espíritu, porque no se le consideró desde entonces á Dickens como un nuevo novelista, de mérito más ó menos relevante, sino como un verdadero reformador ardientemente consagrado á defender la causa del progreso y del bien humano.

En 1842 y después de haber permanecido algunos meses en los Estados Unidos, publicó: *Vida y aventuras de Martin Chuzzlewit* obra llena de caracteres, escenas y cuadros de aquel país. En 1844 verificó su viaje á Italia, y á su regreso fundó *El Daily News*, hoy existente, donde dió á luz sus impresiones acerca de dicho país; mas no conviniéndole el periodismo, dejó el diario y se consagró nuevamente á sus tareas literarias. A esta época pertenecen sus mejores novelas: entre ellas *David Copperfield* consideraba como la auto-biografía de Dickens.

La pequeña Dorrit es una sátira tan justa como vehemente contra los abusos del gobierno, el espíritu oficinesco mezquino y rutinario, y el nepotismo y jactancia de la nobleza.

En el periódico *Household word* (dichos caseros) escribió la *Historia* de Inglaterra.

Desde 1843 compuso una serie de: *Cuentos de Navidad*, en los cuales ha sabido unir las realidades de la vida á lo fantástico de la leyenda, creando un género apropiado á las largas veladas de invierno de la familia inglesa. En estos cuentos, como en todas las obras del egregio novelista, se ve una tendencia sostenida á la exaltación de los sentimientos generosos del corazón humano, á la censura de todo lo que sea egoísmo, y de cuanto tiende á mantener ese apartamiento, esa desconfianza, ese odio que la lucha de los intereses y de las naciones engendran en el hombre. El cuento que tenemos el gusto de ofrecer á nuestros lectores es el más caracterizado en este sentido.

Además de las obras que hemos citado y de muchos artículos y trabajos sueltos en periódicos, escribió las siguientes novelas: *Bernabe Rudge*, *La*

Casa desierta, Dombey é hijo, El Almacen de Antigüedades, Los tiempos difíciles, París y Londres en 1793, Las grandes esperanzas, El amigo común, La difunta Miss Hollingford, y en colaboración con otro ilustre novelista inglés Wilkye Collins, *El abismo*.

Queriendo emanciparse del yugo de los editores de Revistas, en las cuales publicaba á trozos sus novelas, fundó un periódico titulado: *El reloj de Maese Humphrey*, con objeto de dar a luz muchos escritos suyos, pero que empezasen y terminasen en el mismo número.

Del primero que se dió á luz se vendieron más de 70.000 ejemplares; pero no bien se enteró el público del plan del autor, de que no habría novelas largas, la venta bajó extraordinariamente.

Esto nos lleva á hablar de uno de los defectos que con más injusticia se atribuyen á Dickens. Se dice de él que sus novelas no tienen argumento que sea verdaderamente digno de este nombre; es decir, un conjunto de hechos subordinados con el mayor rigor á una idea predominante, de modo que aquéllos no revistan tal caracter que distraigan á los lectores del pensamiento capital que en la novela debe presidir. Este defecto, si lo es en el caso de Dickens, provino de una necesidad á la que tuvo que suscribir, por la obligación que le imponían los editores. Dickens escribía para muchas Revistas ó semanales, ó quincenales ó mensuales, y por esto mismo á cada trozo de novela que publicaba, debía darle un interés muy grande, por medio de incidentes, para que el lector no abandonase la lectura del libro, y al mismo tiempo reservarse la necesaria libertad de accion para no quedar comprometido al escribir los demás trozos de la novela. Sucedia en muchas ocasiones que al aparecer á la luz pública la seccion de una obra, aun no estaba escrita la siguiente.

Lo que demostró Dickens, de un modo indudable, con este sistema, fué su maravillosa inventiva, su fecundidad de recursos, para mantener siempre despierta la curiosidad de los suscritores. Esto, dicho sea con perdon de los críticos á que nos referimos, revela, no un defecto, sino un ingenio positivo é indudable, y más teniendo en cuenta la originalidad de los medios de que se valia.

Las deplorables circunstancias de que se vió rodeado Dickens cuando fué á Londres con su familia, se dejaron sentir sobre él cuando más tarde, gracias á su talento y á su popularidad pudo ocupar la posicion de que era merecedor. Demasiado sabia que ni su prestigio, ni la dignidad con que se conduxera siempre á pesar de todos los obstáculos y dificultades, le servirian

para que cierta clase de gentes no lo zahirieren por su vida pasada, ya que ninguan otra cosa podrian decir de él. Era orgulloso, y por eso mismo cuando se ponía en contacto con personas de elevada posicion social, guardaba siempre cierta reserva, y si bien no se puso en pugna con las clases elevadas, tampoco hizo nada por hablar de ellas: su gran apoyo fueron las clases media y plebeya.

Y no se crea que sus manifestaciones democráticas fueron hijas tan sólo del interés, del prurito de levantar su personalidad sobre los que quisieran rebajarla, recordándole de un modo ó de otro y más ó menos delicadamente sus principios, sino que nacían de una profunda y arraigada conviccion, como lo declaran de sobra sus novelas y sus hechos.

Era lector muy sobresaliente y actor distinguidísimo. Bajo el primer concepto se distinguió mucho, porque acostumbraba á leer en público sus obras, y lo hacia de modo que sus personajes, cualquiera que fuera su carácter, quedaban representados al vivo. Por eso no se sentaba nunca, á fin de imitarlos en voz, en ademanes y en todo.

Como actor recorrió diferentes teatros de Inglaterra en compañía de varios amigos, al efecto de recoger fondos con que fundar una sociedad literaria y socorrer á actores desgraciados.

Siempre fué encarnizado enemigo de la hipocresía y del egoísmo, defectos que consideraba como peculiares de la sociedad inglesa, á contar desde el Lord más encopetado hasta el mendigo más andrajoso.

Murió á consecuencia del exceso de trabajo mental, antes de concluir su novela *Los misterios de Edwin Drood*.

He aqui el breve juicio crítico que Villiam Spalding hace de las obras de Dickens:

«En la pintura de caracteres es inimitablemente vigoroso y natural. Sus historias son siempre interesantes, y lo serian mucho más si no estuvieran tan recargadas de detalles y minuciosidades. Tan poderosamente y con tanto éxito sabe producir horror en sus lectores (á veces demasiado) como los sentimientos más dulces, ó la hilaridad más grande, con las escenas que presenta, las cuales alguna vez degeneran en caricaturas. No hay en él condiciones para remontarse á las altas esferas de la imaginacion: su pluma es demasiado pesada para describir esos mundos reservados á los hombres de genio romántico, poéticos y meditabundo, pero cuando se trata del mundo real adquiere fuerza, fecundidad, sentimiento; nunca se manifiesta mejor observador, ni revela un espíritu más simpatico, que cuando pinta escenas,

que por su ruindad hubieran podido disgustarnos, ó acaso espantarnos por la infamia que envuelven.»

—

EL CÁNTICO DE NAVIDAD

POR

CÁRLOS DICKENS



ESTROFA PRIMERA.

Para empezar: Marley había muerto. Sobre ello no había ni la menor sombra de duda. La partida de defunción estaba firmada por el cura, por el sacristán, por el encargado de las pompas fúnebres y por el presidente del duelo. Scrooge la había firmado y la firma de Scrooge circulaba sin inconveniente en la Bolsa, cualquiera que fuera el papel donde la fijara.

El viejo Marley *estaba tan muerto como un clavo de puerta* ^[1].

Aguardad: con esto no quiero decir que yo conozca, por mí mismo, lo que hay de especialmente muerto en un clavo. Si me dejara llevar de mis opiniones, creería mejor que un clavo de ataúd es el trozo de hierro más muerto que puede existir en el comercio; pero como la sabiduría de nuestros antepasados brilla en las comparaciones, no me atrevo, con mis profanas manos, á tocar á tan venerados recuerdos. De otra manera ¡qué sería de nuestro país! Permitidme, pues, repetir enérgicamente que Marley estaba tan muerto como un clavo de puerta.

¿Lo sabía así Scrooge? A no dudarlo. Forzosamente debía de saberlo. Scrooge y él, por espacio de no sé cuántos años, habían sido socios. Scrooge era su único ejecutor testamentario, su único administrador, su único poderhabiente, su único legatario universal, su único amigo, el único que acompañó el féretro, aunque, á decir verdad, este tristísimo suceso no le sobrecogió de modo que no pudiera, en el mismo día de los funerales, mostrarse como hábil hombre de negocios y llevar á cabo una venta de las más productivas.

El recuerdo de los funerales de Marley me coloca otra vez en el punto donde he empezado. No cabe duda en que Marley había fallecido, circunstancia que debe fijar mucho nuestra atención, porque si nó la presente historia no tendría nada de maravillosa.

Si no estuviéramos convencidos de que el padre de Hámlet ^[2] ha muerto antes de que la tragedia dé principio, no tendría nada de extraño que lo viéramos pasear al pie de las murallas de la ciudad y expuesto á la intemperie; lo mismo exactamente, que si viéramos á otra persona de edad provecta pasearse á horas desusadas en medio de la oscuridad de la noche y por lugares donde soplara un viento helador; verbigracia, el cementerio de San Pablo, y tratándose del padre de Hámlet, tan sólo impresiona la ofuscada imaginación de su hijo.

Scrooge no borró jamás el nombre del viejo Marley. Todavía lo conservaba escrito, años después, encima de la puerta del almacén: *Scrooge y Marley*. La casa de comercio era conocida bajo esta razón. Algunas personas poco al corriente de los negocios lo llamaban Scrooge-Scrooge; otras, Marley sencillamente, mas él contestaba por los dos nombres; para él no constituía más que uno.

¡Oh! ¡Y que sentaba bien la mano sobre sus negocios! Aquel empedernido pecador era un avaro que sabía agarrar con fuerza, arrancar, retorcer, apretar, raspar y, sobre todo, duro y cortante como esos pedernales que no despiden vivílicas chispas si no al contacto del eslabón. Vivía ensimismado en sus pensamientos, sin comunicarlos, y solitario como un hongo. La frialdad interior que había en él le helaba la aviejada fisonomía, le coloreaba la puntiaguda nariz, le arrugaba las mejillas, le enrojecía los párpados, le envaraba las piernas, le azuleaba los delgados labios y le enroquecía la voz. Su cabeza, sus cejas y su barba fina y nerviosa parecían como recubiertas de escarcha. Siempre y á todas partes llevaba la temperatura bajo cero: transmitía el frío á sus oficinas en los días caniculares y no las deshelaba, ni siquiera de un grado, por Navidad.

El calor y el frío exteriores ejercían muy poca influencia sobre Scrooge. El calor del verano no le calentaba y el invierno más riguroso no llegaba á enfriarle. Ninguna ráfaga de viento era más desapacible que él. Jamás se vio nieve que cayera tan rectamente como él iba derecho á su objeto, ni aguacero más sostenido. El mal tiempo no encontraba manera de mortificarle: las lluvias más copiosas, la nieve, el granizo no podían jactarse de tener sobre él más que una ventaja: la de que caían con *profusion*; Scrooge no conoció nunca esta palabra.

Nadie lo detenía en la calle para decirle con aire de júbilo: ¿Cómo se encuentra usted, mi querido Scrooge? ¿Cuándo vendrá usted á verme? Ningun mendigo le pedía ni la más pequeña limosna; ningún niño le preguntaba por

la hora. Nunca se vió á nadie, ya hombre, ya mujer, solicitar de él que les indicase el camino. Hasta los perros de ciego daban muestras de conocerle, y cuando le veían llevaban á sus dueños al hueco de una puerta ó á una callejuela retirada, meneando la cola como quien dice: «Pobre amo mío: mejor es que no veas, que no ver á ese hombre.»

Pero ¿qué le importaba esto á Scrooge? Precisamente era lo que quería: ir solo por el ancho camino de la existencia, tan frecuentado por la muchedumbre de los hombres, intimándoles con el aspecto de la persona, como si fuera un rótulo, que se apartasen. Esto era en Scrooge como el mejor plato para un goloso.

Un día, el más notable de todos los buenos del año, la víspera de Navidad, el viejo Scrooge estaba sentado á su bufete y muy entretenido en sus negocios. Hacía un frío penetrante. Reinaba la niebla. Scrooge podía oír cómo las gentes iban de un lado á otro por la calle soplándose las puntas de los dedos, respirando ruidosamente, golpeándose el cuerpo con las manos y pisando con fuerza para calentarse los pies.

Las tres de la tarde acababan de dar en los relojes de la City ^[3], y con todo casi era de noche. El día había estado muy sombrío. Las luces que brillaban en las oficinas inmediatas, parecían como manchas de grasa enrojecidas, y se destacaban sobre el fondo de aquella atmósfera tan negruzca y por decirlo así, palpable. La niebla penetraba en el interior de las casas por todos los resquicios y por los huecos de las cerraduras: fuera había llegado su densidad á tal extremo, que si bien la calle era muy estrecha, las casas de enfrente se asemejaban á fantasmas. Al contemplar cómo aquel espeso nublado descendía cada vez más, envolviendo todos los objetos en una profunda oscuridad, se podía creer que la naturaleza trataba de establecerse allí para explotar una cervecería en grande escala.

La puerta del despacho de Scrooge continuaba abierta, á fin de poder éste vigilar á su dependiente dentro de la pequeña y triste celdilla, á manera de sombría cisterna, donde se ocupaba en copiar cartas. La estufa de Scrooge tenía poco fuego, pero ménos aún la del dependiente: aparentaba no encerrar más que un pedazo de carbon. Y el desgraciado no podía alimentarla mucho, porque en cuanto iba con el cogedor á preverse, Scrooge, que atendía por sí á la custodia del combustible, no se recataba de manifestar á aquel infeliz que cuidase de no ponerlo en el caso de despedirle. Por este motivo el dependiente se envolvía en su tapabocas blanco y se esforzaba en calen-

tarse á la luz de la vela; pero como era hombre de poquísima imaginacion, sus tentativas resultaban infructuosas.

—Os deseo una regocijada Noche Buena, tio mio, y que Dios os conserve; gritó alegremente uno. Era la voz del sobrino de Scrooge. Este, que ocupado en sus combinaciones no le habia visto llegar, quedó sorprendido.

—Bah, dijo Scrooge; tonterías.

Venia tan agitado el sobrino á consecuencia de su rápida marcha, en medio de aquel frio y de aquella niebla, que despedia fuego; su rostro estaba encendido como una cereza; sus ojos chispeaban y el vaho de su aliento humeaba.

—¡La Noche Buena una tontería, tio mío! No es esto sin duda lo que queréis decir.

—Sí tal, dijo Scrooge. ¡Una regocijada Noche Buena! ¿Qué derecho os asiste para estar contento? ¿Qué razon para abandonaros á unas alegrías tan ruinosas? Bastante pobre sois.

—Vamos, vamos, dijo alborozadamente el sobrino; ¿en qué derecho os apoyais para estar triste? ¿En qué motivo para entregaros á esas abrumadoras cifras? Usted es bastante rico.

—Bah, dijo Scrooge, que por entonces no encontraba otra contestacion mejor que dar; y su ¡bah! fué seguido de la palabra de antes: tonterías.

—No os pongais de mal humor, tio mio, exclamó el sobrino.

—Y cómo no ponerme, cuando se vive en un mundo de locos cual lo es este. ¡Una regocijada Noche Buena! Váyanse al diablo todas ellas. ¿Qué es la Navidad, sino una época en que vencen muchos pagarés y en que hay que pagarlos aunque no se tenga dinero? ¡Un día en que os encontrais más viejo de un año, y no más rico de una hora! ¡Un dia en que despues de hacer el balance de vuestras cuentas, observais que en los doce meses transcurridos no habeis ganado nada. Si yo pudiera obrar segun pienso, continuó Scrooge con acento indignado, todos los tontos que circulan por esas calles celebrando la Noche Buena, serian puestos á cocer en su propio caldo, dentro de un perol y enterrados con una rama de acebo atravesada por el corazón: así, así.

—Tio mio, exclamó el sobrino queriendo defender la Noche Buena.

—Sobrino mio, replicó Scrooge severamente; podeis gozar de la Noche Buena á vuestro gusto; dejadme celebrarla al mio.

—¡Celebrar la Noche Buena! repitió el sobrino; ¡pero si no la celebrais!

—Entonces dejadme no gozarla. Que os haga buen provecho. ¡Como os ha reportado tanta utilidad!

—Muchas cosas hay, lo declaro, de las que hubiera podido obtener algunas ventajas que no he obtenido, y entre otras de la Noche Buena; pero á lo menos he considerado este día (dejando aparte el respeto debido á su sagrado nombre y á su origen divino, si es que pueden ser dejados aparte tratándose de la Noche Buena) como un hermoso día, como un día de benevolencia, de perdon, de caridad y de placer; el único del largo calendario del año en el que, según creo, todos, hombres y mujeres, parece que descubren por consentimiento unánime, parece que manifiestan sin empacho, cuantos secretos guardan en su corazón y que ven en los individuos de inferior clase á la suya, como verdaderos compañeros de viaje en el camino del sepulcro, y no otra especie de seres que se dirigen á diverso fin. Por eso, tío mío, aunque no haya depositado en mi bolsillo ni la más pequeña moneda de oro ó de plata, creo que la Noche Buena me ha producido bien y que me lo producirá todavía. Por eso grito: ¡viva la Noche Buena!

El dependiente aplaudió desde su cuchitril involuntariamente; pero habiendo echado de ver en el acto la inconveniencia que había cometido, se puso á revolver el fuego y acabó de apagarlo.

—Si oigo el menor ruido donde estais, gritó Scrooge, celebrareis la Noche Buena perdiendo el empleo. En cuanto á vos, prosiguió encarándose con su sobrino, sois verdaderamente daderamente un orador muy distinguido. Me admiro de no veros sentado en los bancos del Parlamento.

—No os incomodéis, tío mío. Ea, venid á comer con nosotros mañana.

Scrooge le repuso que querría verle en... sí, verdaderamente lo dijo. Profirió la frase completa diciendo que lo querría ver mejor en... (el lector acabará si le parece.)

—Pero ¿por qué? exclamó el sobrino; ¿por qué?

—¿Por qué os habéis casado? preguntó Scrooge.

—Porque me enamoré.

—¡Porque os enamorasteis! refunfuñó Scrooge, como si aquello fuera la mayor tontería después de la de Noche Buena: buenas noches.

—Pero tío, antes de mi boda no ibais á visitarme nunca; ¿por qué la erigís en pretexto para no ir ahora?

—Buenas noches, dijo Scrooge.

—Nada deseo, nada solicito de vos. ¿Por qué no hemos de ser amigos?

—Buenas noches, dijo Scrooge.

—Estoy pesaroso, verdaderamente pesaroso de veros tan resuelto. Jamás hemos tenido nada el uno contra el otro; á lo menos yo. He dado este paso en honra de la Noche Buena, y conservaré mi buen humor hasta lo último; por lo tanto os deseo una felicísima Noche Buena.

—Buenas noches, dijo Scrooge.

—Y un buen principio de año.

—Buenas noches.

Y el sobrino abandonó el despacho sin dar la más pequeña muestra de descontento. Antes de salir á la calle se detuvo para felicitar al dependiente quien, aunque helado, sentía más calor que Scrooge, y le devolvió cordialmente la felicitación.

—Hé ahí otro loco, murmuró Scrooge que los estaba oyendo. ¡Un dependiente con quince chelines (75 reales) por semana, esposa é hijos, hablando de la Noche Buena! Hay para encerrarse en un manicomio.

Aquel loco perdido, después de saludar al sobrino de Scrooge, introdujo otras dos personas; dos señores de buen aspecto, de figura simpática, que se presentaron, sombrero en mano, á ver á Mr. Scrooge.

—Scrooge y Marley, si no me equivoco, dijo uno de ellos consultando una lista. ¿A quién tengo el honor de hablar, á Mr. Scrooge ó á Mr. Marley?

—Mr. Marley falleció hace siete años, contestó Scrooge; justamente se cumplen esta noche misma.

—No abrigamos la menor duda en que la generosidad de dicho señor estará dignamente representada por su socio sobreviviente, dijo uno de los caballeros presentando varios documentos que le autorizaban para postular.

Y lo estaba sin duda, porque Scrooge y Marley se parecían como dos gotas de agua. Al oír la palabra *generosidad*, Scrooge frunció las cejas, movió la cabeza y devolvió los documentos á su dueño.

—En esta alegre época del año, Mr. Scrooge, dijo el postulante tomando una pluma, deseamos, más que en otra cualquiera, reunir algunos modestos ahorros para los pobres y necesitados que padecen terriblemente á consecuencia de lo crudo de la estación. Hay miles que carecen de lo más necesario, y cientos de miles que ni aún el más pequeño bienestar pueden permitirse.

—¿No hay cárceles? preguntó Scrooge.

—¡Oh! ¡Muchas! contestó el postulante dejando la pluma.

—Y los asilos ¿no están abiertos? prosiguió Scrooge.

—Seguramente, caballero, respondió el otro. Pluguiera a Dios que no lo estuviesen.

—Las correcciones disciplinarias y la ley de pobres ¿rigen todavía? preguntó Scrooge.

—Siempre y se las aplica con frecuencia.

—¡Ah! Temía, en vista de lo que acabáis de decirme, que por alguna circunstancia imprevista, no funcionaban ya tan útiles instituciones; me alegro de saber lo contrario, dijo Scrooge.

—Convencidos de que con ellas no se puede dar una satisfacción cristiana al cuerpo y al alma de muchas gentes, trabajamos algunos para reunir una pequeña cantidad con que comprar algo de carne, de cerveza y de carbón para calentarse. Nos hemos fijado en esta época, porque, de todas las del año, es cuando se deja sentir con más fuerza la necesidad; en la que la abundancia causa más alegría. ¿Por cuánto queréis suscribiros?

—Por nada.

—¿Deseais conservar el incógnito?

—Lo que deseo es que se me deje tranquilo. Puesto que me preguntáis lo que deseo, he aquí mi respuesta. Yo no me permito regocijarme en Noche Buena y no quiero proporcionar a los perezosos medios para regocijarse. Contribuyo al sostenimiento de las instituciones de que os hablaba hace poco: cuestan muy caras; los que no se encuentren bien en otra parte, pueden ir á ellas.

—Hay muchos á quienes no les es dado y otros que preferirían morir antes.

—Si prefieren morirse, harán muy bien en realizar esa idea, y en disminuir el excedente de la población. Por lo demás, bien podeis dispensarme; pero no entiendo nada de semejantes cosas.

—Os sería facilísimo conocerlas, insinuó el postulante.

—No es de mi incumbencia, contestó Scrooge. Un hombre tiene suficiente con sus negocios para no ocuparse en los de otros. Necesito todo mi tiempo para los míos. Buenas noches, señores.

Viendo lo inútil que sería insistir, se retiraron los dos caballeros, y Scrooge volvió á su trabajo cada vez más satisfecho de su conducta, y con un humor más festivo que por lo comun.

A todo esto la niebla y la oscuridad se iban haciendo tan densas, que se veía á muchas gentes correr de un lado á otro con teas encendidas, ofrecien-

do sus servicios á los cocheros para andar delante de los caballos y guiarlos en su camino.

La antigua torre de una iglesia, cuya vieja campana parecía que miraba curiosamente á Scrooge en su bufete á través de una ventana gótica practicada en el muro, se hizo invisible; el reloj dió las horas, las medias horas, los cuartos de hora en las nubes con vibraciones temblorosas y prolongadas, como si sus dientes hubiesen castañeteado en lo alto sobre la aterida cabeza de la campana. El frío aumentó de una manera intensa. En uno de los rincones del patio varios trabajadores, dedicados á la reparacion de las cañerías del gas, habian encendido un enorme brasero, alrededor del cual estaban agrupados muchos hombres y niños haraposos, calentándose y guiñando los ojos con aire de satisfaccion. El agua de la próxima fuente al manar se helaba, formando á manera de un cuadro en torno, que infundia horror.

En los almacenes las ramas de acebo chisporroteaban al calor de las luces de gas, y lo teñían todo con sus rojizas vislumbres. Las tiendas de volatería y de ultramarinos lucian con desusada esplendidez, cual si quisieran significar que en todo aquel lujo no tenia nada que ver el interés de la ganancia.

El alcalde de Lóndres, en su magnífica residencia consistorial, daba órdenes a sus cincuenta cocineros y á sus cincuenta reposteros para festejar la Noche Buena como debe festejarla un alcalde, y hasta el sastrecillo remendón á quien aquella autoridad habia condenado el lunes precedente á una multa por haberlo encontrado ébrio y armando un barullo infernal en la calle, se preparaba para la comida del día siguiente, miéntras que su escuálida mujer, llevando en sus brazos su no menos escuálido rorro, se encaminaba á la carnicería para hacer sus compras.

A todo esto la niebla va en aumento; el frío va en aumento; frío helador, intenso. Si á la sazón el excelente San Dunstan, despreciando las armas de que por lo comun se valía hubiera pellizcado al diablo en la nariz, de seguro que le habria hecho exhalar formidables rugidos. El propietario de una nariz jóven, pequeña, roída por aquel frío tan famélico como los huesos son corroidos por los perros, aplicó su boca al agujero de la cerradura del despacho de Scrooge para regalarle una canción alusiva a las circunstancias. Scrooge empuñó su regla con un ademán tan enérgico, que el cantante huyó, todo azorado, abandonando el agujero de la cerradura á la niebla y á la escarcha, que se introdujeron precipitadamente en el despacho, como por simpatía hácia Scrooge.

A lo último llegó la hora de cerrar la oficina. Scrooge se levantó de su banqueta, lleno de mal humor, dando así la señal de marcha al dependiente, quien le aguardaba en su cisterna, con el sombrero puesto, despues de haber apagado la luz.

—Supongo que deseareis tener libre el dia de mañana, dijo Scrooge.

—Si lo creeis conveniente.

—No me conviene; de ninguna manera. ¿Que diríais si os retuviera el sueldo de mañana? Os creeríais perjudicado.

El empleado se sonrió ligeramente.

—Y sin embargo, continuó Scrooge, a mí no me considerais como perjudicado, á pesar de que os pago un dia por no hacer nada.

El empleado hizo observar que aquello no tenía lugar más que una sola vez cada año.

—Pobre fundamento para meter la mano en el bolsillo de un hombre todos los 25 de Diciembre, dijo Scrooge abotonándose la levita hasta el cuello. Supongo que necesitareis todo el dia, pero confío en que me indemnizareis pasado mañana viniendo más temprano.

El dependiente lo prometió y Scrooge salió refunfuñando. El almacen quedó cerrado en un santiamen; y el dependiente, dejando colgar las dos puntas de su tapabocas hasta el borde de la chaqueta (pues no se permitía el lujo de vestir gaban), echó a todo correr en direccion á su morada para jugar á la gallina ciega.

Scrooge comió en el mezquino bodegon donde lo hacía comunmente. Despues de haber leído todos los periódicos, y ocupado el resto de la noche en recorrer su libro de cuentas, se dirigió a su casa para acostarse. Residia en la misma habitacion que su antiguo asociado, compuesta de una hilera de aposentos oscuros, los cuales formaban parte de un antiguo y sombrío edificio, situado á la extremidad de una callejuela, de la que se despegaba tanto que no parecia sino que, habiendo ido á encajarse allí en su juventud, jugando al escondite con otras casas, no habia sabido despues encontrar el camino para volverse. Era un edificio antiguo y muy triste porque nadie vivia en él, exceptuando Scrooge: los otros compartimientos de la casa servian para despachos ó almacenes. El patio era tan oscuro que, sin embargo de conocerlo perfectamente Scrooge, se vió precisado á andar á tientas. La niebla y la escarcha cubrian de tal modo el añoso y sombrío porton de la casa, que semejava la morada del genio del invierno, residente allí y absorbido en sus tristes meditaciones.

La verdad es que el aldabon no ofrecía nada de especial, sino que era muy grande. La verdad es, repito, que Scrooge lo había visto por la mañana y por la tarde, todos los días, desde que habitaba en aquel edificio, y que en cuanto a eso que llaman imaginacion, poseia tan poca como cualquier otro vecino de la City, incluso, aunque sea temerario decirlo, sus individuos de ayuntamiento. Es indispensable, además, tener en cuenta que Scrooge no habia pensado, ni una sola vez, en Marley despues del fallecimiento de su socio, ocurrido siete años antes, excepto aquella tarde. Ahora que me diga alguien, si sabe, cómo fué que Scrooge, en el momento de introducir la llave en la cerradura, vió en el aldabon, y esto sin pronunciar ningun conjuro, no un aldabon, sino la figura de Marley.

Sí; indudablemente; la misma figura de Marley.

Y no era una sombra invisible como la de los demás objetos del patio, sino que parecía estar rodeada de un fulgor siniestro, semejante al de un salmón podrido y guardado en un lugar oscuro. Su expresión no tenia nada que significase ira ó ferocidad; pero miraba á Scrooge, como Marley solia hacerlo, con sus anteojos de espectro levantados sobre su frente de aparecido. La cabellera se agitaba de una manera singular, como movida por un soplo ó vapor cálido, y aunque tenía los ojos desmesuradamente abiertos los conservaba inmóviles. Esta circunstancia y el color lívido de la figura la hacian horrorosa, pero el horror que experimentaba Scrooge á la vista de ella no era consecuencia de la figura, sino que precedia de él mismo, no de la expresion del rostro del aparecido. Así que se hubo fijado más atentamente no vió más que un aldabon.

Decir que no se estremeció ó que su sangre no sufrió una sacudida terrible, como no la habia sentido desde la infancia, sería faltar a la verdad; pero se sobrepuso, empuñó otra vez la llave le dió vuelta con movimiento brusco, entró y encendió la vela.

Estuvo un momento indeciso antes de cerrar la puerta, y por precaución miró detrás de ella, cual si temiera ver de nuevo á Marley con su larga coleta, adelantándose por el vestíbulo; pero nada encontró, fuera de los tornillos que sujetaban el aldabon á la madera. ¡Bah, bah! exclamó más tranquilo; y cerró con ímpetu.

El estruendo retumbó en toda la casa al igual de un trueno. Las habitaciones superiores, y los toneles que el almacenista de vinos guardaba en sus bodegas, produjeron un sonido particular como tomando parte en aquel concierto de ecos. Scrooge no era hombre á quien asustaran los ecos. Cerró só-

lidamente la puerta, cruzó el vestíbulo, y subió la escalera cuidando al paso de apretar bien la vela.

Hablais algunas veces de las anchurosas escaleras de los edificios antiguos, en las cuales cabe perfectamente una carroza arrastrada por seis caballos, pero os aseguro que la de Scrooge era mayor, porque habia capacidad en ella para contener un carruaje fúnebre subiéndolo cruzado con las portezuelas mirando á los tramos de escalera y la lanza tocando al muro: empresa fácil pues quedaba espacio para más. Sin duda se le figuró por eso á Scrooge, que veía andar delante de él en la oscuridad un cortejo fúnebre. Con una media docena de farolas de gas no hubiera habido suficiente para iluminar el vestíbulo: ya podeis figuraros la claridad qua habria con la vela de Scrooge.

El continuaba su ascension sin cuidarse de nada ya. La oscuridad es muy barata y por eso Scrooge la queria mucho; pero antes de cerrar la pesada puerta de su habitacion, reconoció los aposentos de ésta, para ver si todo se hallaba en orden: acaso adoptó tal precaucion, acordándose ligeramente de la inquietud que la misteriosa figura le habia causado.

El salon, la alcoba, los departamentos de desahogo, todo estaba en orden. Nadie habia debajo de la mesa; nadie en el sofá. En el fogn lucia un mísero fuego: la cuchara y la taza estaban ya dispuestas y sobre las ascuas un perolillo con agua de avena (porque Scrooge padecía un constipado de cabeza). A nadie encontró debajo de la cama; á nadie en su gabinete; á nadie dentro de la bata que estaba, en forma sospechosa, pendiente de un clavo.

Completamente tranquilo ya, Scrooge cerró la puerta con doble vuelta, precaucion que no tomaba nunca, y asegurado contra toda sorpresa, se quitó la corbata, se puso la bata, las zapatillas y el gorro de dormir, y se sentó delante del fuego para tomar el cocimiento de avena.

El fuego era positivamente mísero; tan mísero que no servia para nada en una noche como aquella. Scrooge se vió precisado á aproximarse mucho á él, á cobijarlo, digámoslo así, para experimentar alguna sensacion de calor. El cuerpo del fogn construido hacía mucho tiempo, por algun fabricante holandés, estaba recubierto de azulejos flamencos donde se veían representadas escenas de la Sagrada Escritura. Habia Abel y Cain, hijos de Faraon, reinas de Sabá, ángeles bajando del cielo sobre nubes que se parecían á lechos de pluma, Abraham, Balthasar, apóstoles embarcándose en esquifes á modo de salseras; cientos de figuras capaces de distraer la imaginacion de Scrooge, y sin embargo el rostro de Marley sobrepujaba á todo. Si cada uno

de aquellos azulejos hubiera empezado por tener las figuras borradas, y la facultad de imprimir en su superficie algo de los pensamientos sueltos de Scrooge, cada azulejo habria presentado la cabeza del viejo Marley.

—Necedades, dijo Scrooge y dió á recorrer la habitación.

Despues de algunas vueltas se sentó. Como tenia la cabeza echada hácia atrás, sobre el respaldo de la butaca, sus ojos se detuvieron, por casualidad, en una campanilla que ya no servia, suspendida del techo y que comunicaba con el último piso del edificio, para un objeto desconocido.

Con la mayor sorpresa, con inexplicable terror, observó Scrooge que ver la campanilla y ponerse ésta en movimiento fué todo uno. Al principio se balanceaba suavemente, tanto que apenas producía sonido; pero muy luego aumentó este considerablemente y todas las campanillas de la casa acompañaron á la primera.

El repiqueteo no duró más que medio minuto ó un minuto, mas á Scrooge se le figuró tan prolongado como una hora. Las campanillas terminaron cual si todas hubieran empezado á la vez. A este ruido sucedió otro de hierros que procedía de los subterráneos, como si alguien arrastrase una larga cadena sobre los toneles del almacenista de vinos. Scrooge recordó entonces haber oído referir, que en las casas donde existían duendes, éstos se presentaban siempre con cadenas.

La puerta de los subterráneos se abrió con estrépito, y el ruido se hizo perceptible en el piso bajo; después en la escalera, hasta que, por último, se fué acercando á la puerta.

—Lo dicho. Tonterías; exclamó Scrooge: no creo en ellas.

Sin embargo mudó muy pronto de color porque vió al espectro, que atravesando sin la menor dificultad por la maciza puerta fue á colocarse ante él.

Cuando la aparición penetraba, el mezquino fuego despidió un resplandor fugaz como diciendo: «lo conozco: es el espectro de Marley» y se extinguió.

La misma cara, absolutamente la misma. Marley con su puntiaguda coleta, su chaleco habitual, sus pantalones ajustados, y sus botas, cuyas borlas de seda se balanceaban á compás con la coleta, con los faldones de la casa, y con el tupé.

La cadena con la que tanto ruido hacía la llevaba ceñida á la cintura, y era tan larga que le rodeaba todo el cuerpo, como si fuera un prolongado rabo: estaba hecha (porque Scrooge la observó de muy cerca) de arcas de seguridad, de llaves, de candados, de grandes libros, de papelotes y de bol-

sas muy pesadas de acero. El cuerpo del espíritu, se transparentaba hasta un extremo tal, que Scrooge, examinándole detenidamente á través del chaleco, pudo ver los botones que adornaban por detrás la casaca.

Scrooge había oído referir que Marley estaba desprovisto de entrañas, pero hasta aquel momento no se convenció.

No, y aún no lo creía. Por más que pudiese investigar con la mirada las cavidades interiores del espectro; por más que sintiera la influencia glacial de aquellas pupilas heladas por la muerte; por más que se fijaba hasta en el tejido del pañuelo que cubría la cabeza así como la barba de la aparición, detalle antes descuidado por Scrooge, aún se resistía a creer en lo que sus sentidos le manifestaban.

—¿Qué quiere decir esto? preguntó Scrooge tan cáustico y tan frío como de costumbre. ¿Qué deseais de mí?

—Muchas cosas.

Era indudablemente la voz de Marley.

—¿Quién sois?

—Preguntad mejor: ¿quién habeis sido?

—¿Quién habeis sido, pues? dijo Scrooge levantando la voz. Muy castizo estáis para ser una sombra.

—En el mundo fui socio vuestro.

—¿Podeis... podeis sentaros? preguntó Scrooge con aire de duda.

—Puedo.

—Entonces hacedlo.

Scrooge formuló la pregunta porque ignoraba si un espectro tan transparente podría encontrarse en las condiciones necesarias para tomar asiento, y consideraba que a ser esto, por casualidad, imposible, lo pondría en el caso de dar explicaciones muy difíciles; pero el fantasma se sentó frente a frente, al otro lado de la chimenea, como si estuviera muy avezado a ello.

—¿No creéis en mí? preguntó el fantasma.

—No, contestó Scrooge.

—¿Qué prueba quereis de mi realidad, además del testimonio de vuestros sentidos?

—No sé a punto fijo.

—¿Por qué dudais de vuestros sentidos?

—Porque la menor cosa basta para alterarlos. Basta con un ligero desarreglo en el estómago para que nos engañen, y podría ser muy bien que vos no fuerais más que una tajada de carne mal digerida; media cucharada

de mostaza; un pedazo de queso; una partícula de patata mal cocida. Quien quiera que seáis, me parece que sois un muerto que huele á cerveza más que á ataúd^[4].

Scrooge no acostumbraba á hacer retruécanos, y verdaderamente entonces no se hallaba muy en disposición de hacerlos. En realidad lo que quería en toda aquella broma era distraerse y dominar su espanto, porque el acento del fantasma le producía frío hasta en la médula de los huesos.

Permanecer sentado, siquiera por breves instantes, con la mirada fija en los vidriosos ojos del espectro, constituía para Scrooge una prueba infernal. Además, en aquella diabólica atmósfera que circundaba al aparecido, había algo positivamente terrible. A Scrooge no le era dado experimentarla por sí mismo, mas no por eso dejaba de ser cierta, pues aunque el espectro permanecía sentado é inmóvil, sus cabellos, sus vestiduras y las borlas de sus botas, se movían á impulsos de un vapor cálido como el que se desprende de un horno.

—¿Veis este limpia-dientes? dijo Scrooge volviendo á su sistema, con objeto de sobreponerse al espanto que le poseía, y de apartar de sí aunque no fuera más que por un segundo, la mirada del aparecido, fría como el mármol.

—Sí.

—Pero si no lo miráis.

—Eso no impide que lo vea.

—Pues bien; si ahora me lo tragara, durante lo que me queda de existencia me verá asediado por una multitud de diablillos, pura creación de mi mente. Tontería; os digo que es una tontería.

Al oír el espectro semejante palabra, dio un terrible alarido y sacudió su larga cadena, causando un estruendo tan aterrador y tan lúgubre que Scrooge se agarró a la silla para no caer desvanecido. Pero aumentó su horror al observar que el fantasma, quitándose el pañuelo que le rodeaba la cabeza, como si sintiese la necesidad de hacerlo a causa de la temperatura de la estancia, dejó desprenderse la mandíbula inferior, que le quedó colgando sobre el pecho.

Scrooge se arrodilló ocultando la cara con las manos.

—¡Misericordia! dijo. Terrorífica aparición, ¿por qué vienes á atormentarme?

—Alma mundanal, ¿crees ó no crees en mí?

—Creo, dijo Scrooge, pues no hay otro remedio. Mas ¿por qué pasean el mundo los espíritus y vienen a buscarme?

—Porque es una obligación de todos los hombres que el alma contenida en ellos se mezcle con las de sus semejantes y viaje por el mundo: si no lo verifica durante la vida, está condenada á practicarlo despues de la muerte; compelida á vagar ¡desdichado de mí! por el mundo y á ser testigo inútil de muchas cosas en las que no le es dado tener parte, siendo así que hubiera podido gozar de ellas en la tierra como los demás, utilizándolas para su dicha.

El aparecido lanzó un grito, sacudió la cadena y se retorció las fantásticas manos.

—¿Estáis encadenado? preguntó Scrooge: ¿por qué?

—Arrastro la cadena que durante toda mi vida he forjado yo mismo, respondió el fantasma. Yo soy quien la ha labrado eslabón a eslabón, vara a vara. Yo quien la ha ceñido a mi cuerpo libremente y por mi propia voluntad, para arrastrarla siempre, porque ese es mi gusto. El modelo se os presenta bien singular ¿no es cierto?

Scrooge temblaba más cada vez.

—¿Queréis saber, continuó el espectro, el peso y la longitud de la enorme cadena que os preparais? Hace hoy siete años era tan larga y tan pesada como ésta; después habéis continuado aumentándola: buena cadena es ya.

Scrooge miró alrededor de sí, creyendo divisarla tendida todo lo dilatada que debía ser por el piso; mas no la vio.

—Marley, exclamó con aire suplicante; mi viejo Marley, hálame; dime algunas palabras de consuelo.

—Ninguna tengo que decirte. Los consuelos vienen de otra parte, Scrooge, y los traen otros seres á otra clase de hombres que vos. Ni puedo deciros todo lo que desearía, porque dispongo de muy poco tiempo. No puedo descansar, no puedo detenerme, no puedo permanecer en ninguna parte. Mi alma no se separó nunca de mi mostrador; no traspasó, como sabeis, los reducidos límites de nuestro despacho, y hé aquí por qué ahora tengo necesidad de hacer tantos penosos viajes.

Scrooge seguía la costumbre de meterse las manos en los bolsillos del pantalón cuando se entregaba á sus meditaciones. Reflexionando sobre lo que le había dicho el fantasma, hizo como se acaba de indicar, pero continuando arrodillado y con los ojos bajos.

—Muy retrasado debeis estar, Marley, dijo, con humildad y deferencia Scrooge, que nunca dejaba de ser hombre de negocios.

—¡Retrasado! repitió el fantasma.

—Llevais ya siete años de muerto y aun dura vuestro viaje.

—Durante ese tiempo no habido para mí tregua ni reposo: siempre he estado bajo el torcedor del remordimiento.

—¿Viajais deprisa?

—En las alas del viento.

—Mucho habéis debido ver en siete años.

Al oír esto el aparecido dió un tercer grito, y produjo con su cadena un choque tan horrible, en medio del silencio de la noche, que á oírlo la ronda, hubiera tenido motivo para aprehender a aquellos perturbadores del sosiego público.

—¡Oh! cautivo, encadenado, lleno de hierros, exclamó, por no haber tenido presente que todos los hombres deben asociarse para el gran trabajo de la humanidad, prescrito por el Ser Supremo; para perpetuar el progreso, porque este globo debe desaparecer en la eternidad, antes de haber desarrollado el bien de que es susceptible: por no haber tenido presente que la multitud de nuestros tristes recuerdos, no podía compensar las ocasiones que hemos desaprovechado en nuestra vida, y con todo, así me he conducido, desdichado de mí; así me he conducido.

—Sin embargo os mostrásteis siempre como hombre exacto y como inteligente en negocios, balbuceó Scrooge, que empezaba á reponerse un poco.

—¡Los negocios! gritó el aparecido, retorciéndose de nuevo las manos. La humanidad era mi negocio: el bien general era mi negocio: la caridad, la misericordia, la benevolencia eran mis negocios. Las operaciones del comercio no constituían más que una gota de agua en el vasto mar de mis negocios.

Y levantando la cadena todo lo que permitía el brazo, como para mostrar la causa de sus estériles lamentos, la dejó caer pesadamente en tierra.

—En esta época del año es cuando sufro más, murmuró el espectro. ¿Por qué he cruzado yo, á través de la multitud de mis semejantes, siempre fijos los ojos en los asuntos de la tierra, sin levantarlos nunca hácia esa fulgurante estrella que sirvió de guía á los reyes magos hasta el pobre albergue de Jesús? ¿No existían otros pobres albergues hácia los cuales hubiera podido conducirme con su luz la estrella?

Scrooge estaba asustado de oír explicarse al aparecido en semejante tono, y se puso á temblar.

—Escúchame, le dijo el fantasma: mi plazo va á terminar pronto.

—Escucho, replicó Scrooge, pero excusad todo lo posible y no os permitáis mucha retórica: os lo ruego.

—Por qué he podido presentarme así, en forma para vos conocida, lo desconozco. Muchas veces os he acompañado pero permaneciendo invisible.

Como esta indicación no encerraba nada de agradable, Scrooge sintió escalofríos y sudores de muerte.

—Y no consiste en esto mi menor suplicio, continuó el espectro... Estoy aquí para deciros que aún os queda una probabilidad de salvación; una probabilidad y una esperanza que os proporcionaré.

—Os mostráis siempre buen amigo mío: gracias.

—Os van a visitar tres espíritus, siguió el espectro.

El rostro de Scrooge tomó su color tan lívido como el de su interlocutor.

—¿Son esas la probabilidad y la esperanza de que me hablabais?— preguntó con desfallecimiento.

—Sí.

—Creo... creo... que sería mejor que no se presentaran, dijo Scrooge.

—Sin sus visitas caeríais en la misma desgracia que yo. Aguardad la presentación del primero así que el reloj de la una.

—¿No podrían venir todos juntos para que acabáramos de una vez? insinuó Scrooge.

—Aguardad al segundo en la siguiente noche y a la misma hora, y al tercero en la subsiguiente, así que haya sonado la última campanada de las doce. No contéis con volverme a ver; pero por conveniencia vuestra, cuidad de acordaros de lo que acaba de suceder entre nosotros.

Después de estas palabras el espectro recogió el pañuelo que estaba encima de la mesa, y se lo ciñó como lo tenía al principio, por la cabeza y por la barba. Scrooge lo notó por el ruido seco que hicieron las mandíbulas al ajustarse con la sujeción. Entonces se determinó á alzar los ojos, y vio al aparecido delante de él, puesto de pie, y llevando arrollada al brazo la cadena.

La aparición se puso en marcha, caminando hacia atrás. A cada paso suyo se levantaba un poco la ventana, de suerte que cuando el espectro llegó a ella se hallaba completamente abierta. Hizo una señal á Scrooge para

que se acercara y éste obedeció. Cuando estuvieron a dos pasos el uno del otro, la sombra de Marley levantó el brazo é indicó á Scrooge que no se aproximase más. Scrooge se detuvo, no precisamente por obediencia, sino por sorpresa y temor, pues en el momento en que el fantasma levantó el brazo, se oyeron rumores y ruidos confusos en el aire, sonidos incoherentes de lamentaciones, voces de indecible tristeza, gemidos de remordimiento. El fantasma, después de haber prestado atención por un breve instante, se unió al lúgubre coro, desvaneciéndose en el seno de aquella noche tan sombría.

Scrooge fue tras él hasta la ventana y miró por ella dominado de insaciable curiosidad. El espacio se hallaba lleno de fantasmas errantes, que iban de un lado para otro como almas en pena exhalando al paso tristes y profundos gemidos. Todos arrastraban una cadena como el espectro de Marley: algunos pocos (sin duda eran ministros cómplices de una misma política) flotaban encadenados juntos; ninguno en libertad. Varios otros eran conocidos de Scrooge. Entre éstos había particularmente un viejo fantasma, encerrado en un chaleco blanco que tenía adherido al pie un enorme anillo de hierros y que se quejaba lastimosamente de no poder prestar socorro á una desdichada mujer y á su hijo, á quienes veía por bajo de él, refugiados en un hueco de puerta.

El suplicio de todas aquellas sombras, consistía, evidentemente, en querer con ansia, aunque sin resultado, mezclarse en las cosas mundanales para hacer algún bien, pero no podían.

Aquellos seres vaporosos se disiparon en la niebla, ó la niebla los envolvió en sus sombras. Scrooge no pudo averiguar nada.

Las sombras y sus voces se desvanecieron a la vez, y la noche volvió a tomar su primer aspecto.

Scrooge cerró la ventana, y examinó cuidadosamente la puerta por donde había entrado el espectro. Estaba cerrada con doble vuelta, según él la dejara, y el cerrojo corrido. Trató, como antes, de decir: «tontería» pero se detuvo en la primera sílaba, porque sintiéndose acometido de una imperiosa necesidad de descansar, bien por las fatigas del día, ó de aquella breve contemplación del mundo invisible, ó del triste diálogo sostenido con el espectro, ó de lo avanzado de la hora, se fué á la cama y acostándose, sin desnudarse, cayó en un profundo sueño.

1. ⚡ Frase muy comun en Inglaterra, de la que se sirve el autor para satirizar un poco la aficion de sus compatriotas á lo antiguo.
2. ⚡ Tragedia del inmortal Shakspeare
3. ⚡ Barrio comercial de Lóndres y de los más antiguos de la ciudad.
4. ⚡ Juego de palabras

SEGUNDA ESTROFA

EL PRIMERO DE LOS TRES ESPÍRITUS

Cuando Scrooge despertó reinaba tan grande oscuridad, que no le fué posible distinguir las transparencias de la ventana sobre el fondo de la pared. Trataba de inquirir con sus ojos de lince pero inútilmente. En esto, el reloj de una iglesia vecina empezó á sonar y Scrooge contó cuatro cuartos, pero con grande admiración suya la pausada campana dió siete golpes, después ocho y hasta doce. ¡Media noche! Luego llevaba dos horas no más en la cama. El reloj iba mal. Sin duda algún carámbano de hielo debía haberse introducido en la maquinaria ¡Media noche!

Scrooge apretó el resorte de su reloj de repetición para asegurarse de la hora y rectificar la que había oído. El reloj de bolsillo dió también doce campanadas rápidamente y se detuvo.

¡No es posible que yo haya dormido todo un día y parte de una segunda noche! No es posible que le haya sucedido alguna cosa al sol y que sea media noche á medio día

Como esta reflexión era para inquietarle, dejó la cama y se fué á la ventana. Tuvo que quitar con las mangas el hielo que había sobre los cristales para ver algo, y aun entonces no pudo divisar gran cosa. Únicamente vió que la niebla era muy espesa, que hacía mucho frío y que las gentes no iban de un lado á otro atrafagadas, como hubiera ocurrido indudablemente á ser de día. Esto le tranquilizó, por que de lo contrario, ¿qué hubiera sido de sus letras de cambio? «A tres días vista pagad á Mr. Scrooge ó á la orden de Mr. Scrooge,» y lo demás.

Scrooge volvió á la cama, y se puso á pensar y á repensar, una y mil veces, en lo que sucedía, sin comprender nada de ello. Cuanto más pensaba se confundía más, y cuanto menos trataba de pensar más pensaba.

El aparecido Marley le tenía fuera de quicio. Cada vez que, como final de un maduro exámen, se determinaba, en su interior, á considerar todo aquello como puro sueño, su espíritu á semejanza de un resorte oprimido, que al soltarle toma su primitiva posición, le presentaba el mismo problema: «¿ha sido ó no un sueño?»

Así estuvo Scrooge hasta que el reloj de la iglesia marcó tres cuartos de hora más y de seguida hizo memoria del espíritu que debía presentarse á la una. Resolvió, pues, mantenerse despierto hasta que la hora hubiese pasado,

considerando que tan difícil le sería dormir como tocar la luna: era el mejor acuerdo.

Aquel cuarto de hora le pareció tan largo que creyó haberse adormecido á veces y dejado transcurrir el momento. Al fin oyó el reloj.

—Din, don.

—Un cuarto.

—Din, don.

—La media.

—Din, don.

—Tres cuartos.

—Din, don.

—¡La hora, la hora! exclamó Scrooge con júbilo: ninguno más viene.

Hablaba antes de que la campana de las horas hubiese dado. Cuando llegó el momento de ella, despidiendo *un* sonido profundo, sordo, melancólico; la habitación se iluminó con claridad brillante y las cortinas de la cama fueron descorridas.

Digo que las cortinas de la cama fueron descorridas, por un lado y á impulso de una mano invisible; no las que había á la cabecera ó á los piés, sino las del lado hácia el que estaba vuelto Scrooge, incorporándose sentado, vió frente á frente al sér fantástico que las descorría, y tan cerca de sí como yo lo estoy de tí; porque has de notar que yo me hallo, en espíritu, á tu lado.

La figura era muy extraña... de un niño, y sin embargo, tan parecido á un niño como á un viejo, contemplado á través de una atmósfera sobrenatural, que le comunicaba la apariencia de hallarse á muy larga distancia, con lo que se disminuían sus proporciones hasta las de un niño. Su cabellera, que pendía hasta el cuello, era blanca como por efecto de la edad y con todo la aparición no mostraba arrugas. Tenía el cutis delicadamente sonrosado; los brazos largos y musculosos lo mismo que las manos, como si poseyera una figura poco común. Las piernas y los piés eran de irreprochable forma y en consonancia con lo demás del cuerpo. Vestía una blanca túnica. El talle lo llevaba ceñido con un cordón de fulgurante luz y en la mano una rama verde de acebo recién cortada: contrastando con este emblema del invierno la aparición estaba adornada de flores propias del estío. Pero lo más extraño de ella consistía en una llama deslumbrante que de la cabeza le brotaba, y merced á la cual hacía visible todos los objetos; por eso sin duda, en sus momentos de tristeza, se servía, como de sombrero, de un gran apagador que llevaba debajo del brazo.

Sin embargo, al contemplarla más de cerca, no fué este atributo lo que más le sorprendió a Scrooge. El resplandor que la cintura despedía era intermitente; no brillaba por todo su contorno á la vez, de suerte que en unas ocasiones aparecía la figura iluminada por unos lados y en otras por otros, de lo que resultaban aspectos diferentes de ella. Unas veces aparecía un solo brazo con una sola pierna, ó bien veinte piernas, ó bien dos piernas sin cabeza, ó bien veinte una cabeza sin cuerpo; los miembros, que se confundían en la sombra, no dejaban ver ni un solo perfil en la oscuridad que los circuía al desvanecerse la luz. Despues, por una maravilla particular, tornaban á su pristino ser clara y visiblemente.

—¿Sois, preguntó Scrooge el espíritu cuya venida se me ha anunciado?

—Lo soy.

La voz era dulcísima, agradable, pero singularmente baja, como si en vez de hallarse allí se encontrara á muy larga distancia.

—¿Quién sois?

—Soy el espíritu de la Noche Buena pasada.

—¿Pasada hace mucho tiempo?

—No: vuestra última Noche Buena.

Acaso Scrooge no habría podido decir por qué, si se le hubiera preguntado; pero experimentaba un especialísimo deseo de ver al espíritu adornado con el apagador y le rogó que se cubriera.

—¿Qué? exclamó el espectro, ¿querríais ya con profanas manos extinguir tan pronto la luz que de mí se irradia? ¿No es suficiente que seais uno de esos hombres cuyas pasiones egoistas me han fabricado este sombrero, y que me obligan á llevarlo á través de los siglos sobre la cabeza?

Scrooge negó respetuosamente que abrigara propósitos de inferirle una ofensa, y protestó que en ninguna época de su vida habia tratado, voluntariamente, de ponerle el apagador. Luego le preguntó por el motivo que le llevaba allí.

—Vuestra felidad, contestó el espectro.

Scrooge manifestó su reconocimiento; pero no pudo menos de pensar que con una noche de descanso no interrumpido, se conseguiria mejor aquel objeto. Sin duda que le oyó pensar el espíritu, porque inmediatamente le dijo:

—Entonces... vuestra conversion... Tened cuidado.

Y mientras hablaba tendió su poderosa mano, y agarrándole suavemente el brazo:

—Levantaos y venid conmigo, añadió.

En vano hubiera protestado Scrooge que el tiempo y la hora no tenían de oportunos para un paseo á pié; que estaba muy caliente su lecho y el termómetro bajo cero; que sus vestidos no eran á propósito y que el constipado le mortificaba mucho. No había modo de resistir el apretón de aquella mano, aunque suave como si fuera de mujer. Se levantó; pero observando que el espíritu iba hácia la ventana, lo agarró por la vestidura en actitud de súplica. — Yo soy mortal, le dijo Scrooge, y podría muy bien caerme.

— Permitidme tan sólo que os toque *ahi* con la mano, repuso el espíritu poniéndosela á Scrooge sobre el corazón, y adquirireis fuerzas para resistir muchas pruebas.

Y al pronunciar estas palabras atravesaron por las paredes y salieron á una carretera situada había desaparecido completamente: no se notaba ni la menor señal de ella.

La oscuridad y la niebla habían desaparecido también, porque era un día de invierno, claro y espléndido, aunque la tierra estaba cubierta de nieve.

— Dios mío! exclamó Scrooge con las manos unidas, mientras que paseaba sus miradas en torno de sí, aquí fuí educado, aquí pasé mi infancia.

El espíritu le miró con bondad. Su dulce tocamiento, aunque duró poco, había removido la sensibilidad del viejo. Los perfumes que aromaban el aire le producían el despertamiento de miles de alegrías, de ideas y de esperanzas, largo tiempo olvidadas; ¡muy largo tiempo!

— Vuestros labios tiemblan, insinuó el espíritu. ¿Qué teneis en la cara?

— Nada, contestó Scrooge con voz singularmente conmovida; no es el miedo lo que ahueca las mejillas; no es nada; es un hoyuelo. Llevadme, os lo suplico, adonde quereis.

— ¿Recordais el camino?

— ¡Que si me acuerdo! exclamó Scrooge enardecido; podría ir con los ojos vendados.

— Es extraño que lo hayais tenido olvidado tanto tiempo.

Y se pusieron en marcha por la carretera.

Scrooge reconocía cada puerta, cada árbol, hasta que se divisó en lotanza una aldehuela con su iglesia, su puente y y su riachuelo de sinuoso curso. Una cuantas jaquillas de tendidas crines, se dirigían hácia ellos, montadas por niños que llamaban á otros niños encaramados en carruajillos rústicos o en erratas. Todos iban alborozados, gritando en variedad de tonos, y no parecía sino que el espacio se llenaba de aquella música tan alegre y que se ponía en vibración el aire.

—Esas son las sombras de lo pasado, observó el espíritu. No saben que las vemos.

Los alegres viajeros fueron aproximándose hacia ellos, y á medida que se aproximaban Scrooge iba reconociéndolos y llamando á cada por su nombre. ¿Por qué se ponía de tan buen humor al encontrarlos? ¿Por qué sus ojos, ordinariamente tan mortecinos, despedían aquellas miradas tan expresivas? ¿Por qué le saltaba el corazón dentro del pecho según iba pasando? ¿Por qué se sintió lleno de júbilo al ver cómo se deseaban unos á otros mil felicidades por la Noche Buena, mientras se separaban tomando diferentes caminos para volverse á sus respectivos hogares? ¿Qué significaba una Noche Buena para Scrooge? ¿Qué ventajas le había producido?

—La escuela no ha quedado desierta, indicó el espíritu; hay en ella un niño solo, abandonado por los demás.

Scrooge dijo que lo reconocía y suspiró.

Dejando el camino real y dirigiéndose á una hondonada perfectamente reconocida por Scrooge, llegaron muy pronto á un edificio fabricado con ladrillos de color rojo oscuro, sobre el cual se alzaba una cupulilla y sobre esta una veleta; en el tejado se veía una campana. El edificio era espacioso, pero denotaba vicisitudes de fortuna porque se hacía poco uso de sus numerosos compartimientos. Las paredes manifestaban señales de humedad; las ventanas aparecían rotas, las puertas desvencijadas. Algunas gallinas cacareaban en los establos; en las cocheras y en las caballerizas crecía la hierba. En el interior no conservaba ningún resto de su antigua grandeza, porque al entrar por el oscuro vestíbulo, se notaba por las puertas entabiadas de algunos salones la humildad de sus muebles. Aquellos aposentos desprendían olor como de cerrados; todo indicaba allí que sus habitantes eran extraordinariamente madrugadores para el trabajo, y que no tenían mucho que comer.

El espíritu y Scrooge atrevasando por el vestíbulo llegaron á una puerta situada en la parte posterior de la casa. Abrióse ante ellos y dejó ver una extensa sala, triste, solitaria, llena de banquetas y de pupitres de humilde puno. Sobre uno de ellos, y próximo á un escaso fuego, leía un niño: nadie le acompañaba. Scrooge, sentándose en un banco lloró, reconociéndose en aquel niño tan olvidado como entonces lo estaba él. Ni los ecos dormidos en las concavidades de la casa, ni los chillidos de las ratas peleándose debajo del entarimado, ni el rumor del caño de la fuente que casi no corría por estar el agua congelada, ni el susurro del viento entre las ramas deshojadas

de un álamo, ni el golpe de la puerta de los vacíos almacenes, nada, nada; ni aun el más ligero chisporroteo de la lumbre dejó de influir, suave y dulcemente, en el pecho de Scrooge para desatar la corriente de sus lágrimas.

El espíritu le tocó en el brazo, señalándole aquel niño, aquel otro Scrooge tan entregado á la lectura.

De repente un hombre vestido de una manera extraña, visible como os veo, se acercó á la ventana llevando del ronzal un asno cargado de leña.

«Ahí llega Alí-Baba, exclamó Scrooge entusiasmado: el excelente y honrado viejo. Sí, sí lo reconozco. Era cabalmente un día de Noche Buena, cuando ese niño fué dejado solo en la escuela y se presentó Alí-Baba con el mismo traje que ahora. ¡Pobre niño! ¿Y Valentín? dijo Scrooge. ¿Y su bribon de hermano? ¿Como apellidaban á eso que fué depositado en medio de su sueño y casi desnudo, en la puerta de Damasco? ¿No lo veis? ¿Y el palafrenero del sultan tan maltratado por los genios? Helo ahí con la cabeza abajo. Bien, bien; tratadle como se merece: eso me gusta. ¿Qué necesidad tenía de casarse con la princesa?»

¡Qué admiracion para sus compañeros de la City si hubieran podido ver á Scrooge que empleaba todo lo que su naturaleza encerraba de vigor, para extasiarse con tales recuerdos; medio llorando, medio riendo, alzando la voz con una fuerza extraordinaria, animándosele la fisonomía de un modo singular.

«Hé ahí el loro, continuó, de cuerpo verde de cola amarilla, de moño semejante á una lechuga, en la cabeza. «¡Pobre Robinson Crusoe!» le gritaba el loro cuando lo vió tornar á su albergue despues de haber dado vuelta á la isla. «¡Pobre Robinson Crusoe!» ¿Dónde has estado Robinson Crusoe? El hombre creía soñar; mas no soñaba, no: era como ya sabeis, el loro. Hé ahí á Viernes corriendo á todo escape para salvarse: anda de prisa; valor; upa.»

Despues pasando de un asunto á otro con una rapidez no acostumbrada en él, y movido de compasion por aquel otro Scrooge que leia los cuentos á a que acababa de aludir, «Pobre niño,» dijo, y se puso á llorar de nuevo.

—Querria... murmuró Scrooge metiéndose las manos en los bolsillos despues de haberse enjugado las lágrimas... pero ya es tarde.

—¿Qué hay? preguntó el espíritu.

—Nada, nada. Me acordaba de un niño que estuvo ayer á la puerta de mi despacho para cantarme un villancico de Noche Buena: hubiera querido darle algo: hé ahí todo.

El espíritu se sonrió con ademán meditabundo, y haciéndole señal de callarse le dijo: veamos otra Noche Buena.

Proferidas estas palabras, observó Scrooge, que el niño imagen suya se había desarrollado, y que la sala estaba algo más sucia y estaba más oscura. El ensamblado de madera de las paredes aparecía con inmensas grietas, las ventanas resquebrajadas, el piso lleno de cascotes de la techumbre y las vigas al descubierto. ¿Cómo se habían verificado estos cambios? Scrooge lo ignoraba como vosotros. Sabía únicamente que aquello era un hecho irrefutable; que se encontraba allí, siempre solo, mientras que sus demás condiscípulos estaban en sus respectivas casas para gozar alegres y contentos de la Noche Buena.

Entonces no leía: se limitaba á pasear á lo largo y á lo ancho, entregado á la mayor desesperacion. Scrooge se volvió al espectro, y moviendo con aire melancólico la cabeza, lanzó una mirada, llena de ansiedad, á la puerta.

Esta se abrió dejando penetrar á una niña de menos edad que el estudiante, la cual, dirigiéndose como una flecha hácia él lo apretó entre sus brazos, exclamando:

—«Hermano querido.

—«Vengo para llevarte á casa, continuó, dando palmadas de alegría y encorvada á fuerza de reir; para llevarte á casa, á casa, á casa.

—¿A casa, Paquita?

—Sí, contestó ella, á casa; ni más ni menos; y para siempre, para siempre. Papá es ahora tan bueno, en comparacion de lo que era antes, que aquello se ha trocado en un paraíso. Hace pocas noches me habló con tan grande cariño, que no vacilé en solicitar otra vez que vinieras á casa, y me lo concedió, y me ha enviado con un coche para buscarte. Vá á ser un hombre, continuó la niña abriendo desmesuradamente los ojos: no volverás aquí, y por de pronto vamos á pasar reunidos las fiestas de Noche Buena de la manera más alegre del mundo.

—Eres verdaderamente una mujer, Paquita, exclamó el jóven.

Ella volvió á palmotear y á reir. Luego trató de acariciarle, pero como era tan pequeña, tuvo que empujarse sobre las puntas de los piés para darle un abrazo y tornó á reir. Por último, impaciente ya como niña, lo arrastró hácia la puerta y él fué tras ella contentísimo.

Una vez poderosa se dejó oír en el vestíbulo.

«Bajad el equipaje de Mr. Scrooge: pronto.» Y apareció el maestro en persona, quien dirigiendo al jóven una mirada entre adusta y benévola, le

estrechó la mano en significacion de despedida. Seguidamente le condujo á una sala baja, lo más helada que se podía dar, verdadera cueva donde existian muchos mapas suspendidos de las paredes, globos terrestres y celestes en los alféizares de las ventanas, objetos todos que parecian tambien helados por el frio de la habitacion, y allí obsequió á los jóvenes con una botellita de vino excesivamente ligero y un trozo de pastel excesivamente pesado: al mismo tiempo hizo que un sirviente de sórdido aspecto invitase al cochero, más éste, agradeciendo mucho la oferta, repuso, que si se trataba del mismo vino que le habian dado á probar antes no lo deseaba. Dispuesto el equipaje, los jóvenes se despidieron cariñosamente del maestro, y subiendo al coche atravesaron llenos de alegría el jardin y salieron á la carretera, llena entonces de nieve que iba arremolinándose al paso de las ruedas como si fuera espuma.

— Siempre fué esa niña una criatura delicada á quien el más pequeño soplo hubiera podido marchitar, dijo es espectro... pero abrigaba un gran corazón.

— Es cierto, contestó Scrooge. No seré yo quien me oponga á ello, espíritu; líbreme Dios.

— Ha muerto casada y me parece que ha dejado dos hijos.

— Uno solo, repuso Scrooge.

— Es verdad, corroboró el espectro; vuestro sobrino. Scrooge asintió y dijo brevemente: Sí.

Aunque no habian hecho más que abandonar el colegio, se encontraban ya en las calles de una gran ciudad, por donde pasaban y repasaban muchas sombras humanas ó sombras de carruajes en gran número; en una palabra, en medio del ruido y del movimiento de una verdadera ciudad. Por los escaparates de las tiendas se echaba de ver que tambien allí tenía efecto la celebracion de la Noche Buena.

El espectro se detuvo ante la puerta de un almacen y le preguntó á Scrooge si lo reconocia.

— ¡Si lo reconozco! Aquí fué donde hice mi aprendizaje.

Entraron. Habia allí un anciano cubierto con una peluca, y sentado en una banqueta tan elevada, que si aquel señor hubiera tenido dos pulgadas más de estatura, habria tropezado en el techo. En cuanto lo vió Scrooge no pudo menos de exclamar lleno de agitacion:

— ¡Pero si es el viejo Feziwig! Dios lo bendiga. Es Feziwig resucitado.

El viejo Feziwig abandonó la pluma y miró el reloj: señalaba las siete de la noche. Se restregó las manos, se arregló el inmenso chaleco, y riéndose bonsachonamente desde la punta de los pies hasta la punta de los cabellos, llamó con poderoso, sonoro, rico y jovial acento:

—Hola; Scrooge; Dick.

El otro Scrooge convertido ahora en un adolescente, acudió presuroso acompañado de su camarada de aprendizaje.

—Es Dick Vilkins á no dudarlo, dijo Scrooge al espíritu... Es él. Hélo ahí. Me queria mucho ese pobre Dick.

—Ea, ea, hijos mios, grito Feziwig: esta noche no se trabaja. Es la Noche Buena Dick; es la Noche Buena, Scrooge. Prontito, colocad los tableros en las ventanas, continuó Feziwig haciendo chasquear sus manos alegremente. Pero pronto. ¿Aún no habeis concluido?

Es imposible figurarse como ejecutaron la órden las jóvenes. Corrieron á poner los tableros, uno dos y tres... los colocaron en sus respectivos sitios, cuatro, cinco, seis... despues las barras, despues las chavetas, siete, ocho nueve... y volvieron antes de que se hubiera podido contar hasta doce, jadeantes como caballos de carrera.

—Oh, oh, gritó el anciano Feziwig descendiendo de su pupitre con maravillosa agilidad: quitemos estorbos de delante, hijos mios, y hagamos lugar. Hola, Dick: vamos de prisa, Scrooge.

¡Quitar estorbos! Tenian animos para desamueblar aquello. Todo quedó hecho en brevísimo rato: todo lo que era susceptible de ser transportado, desapareció de aquel lugar como si nunca debiera reaparecer. El pavimento fué barrido y perfectamente regado; las lámparas dispuestas, la chimenea bien prevenida de combustible, y en un momento convirtieron el almacén en un salón de baile, tan cómodo, tan templado, tan seco y con tanta luz como podía desearse para una noche de invierno.

Luego vino un músico con sus papeles, y colocándose en el elevado pupitre de Feziwig produjo acordes enteramente ratoneros. Despues entró la señora de Feziwig, señora de plácida sonrisa; despues las tres hijas del matrimonio, hermosas y excitantes; despues los seis galanes que las requerian de amores; despues las jóvenes y los jóvenes empleados en el comercio de la casa; despues la criada con un primo suyo panadero; despues la cocinera con el vendedor de leche, amigo íntimo de su hermano; despues el aprendiz de enfrente, de quien se sospechaba que no recibía mucha comida de su amo: se ocultaba detrás de la criada del número 15, á quien su ama, esto se

sabía positivamente, tiraba de las orejas. Todos entraron; unos tímidamente, otros con atrevimiento; estos con gracia, aquellos con torpeza, pero entraron todos de una manera ú otra; esto importa poco. Todos se lanzaron veinte parejas á la vez formando un círculo. La mitad se adelanta; á poco retroceden. Esta vez les toca á los unos balancearse cadenciosamente; la otra á los demás para acelerar el movimiento. Luego principian á girar agrupándose, estrechándose, persiguiéndose los unos á los otros: la pareja de los ancianos dueños, no está nunca parada; las demás jóvenes la persiguen, y cuando la han estrechada se separan todos rompiendo la cadena. Despues de este magnífico resultado, Feziwig, dando unas palmadas ordena la suspension del baile. Entonces el músico se refresca del calor que le abrasa con un vaso de cerveza fuerte, dispuesto especialmente con este objeto. Pero desdeñándose de descansar, vuelve á la carga con mayor estusiasmo, vuelve á la carga con mayor entusiasmo, aunque no salian ya bailarines como si el primer músico hubiera sido transportado, sin fuerzas, á su domicilio en un tablero de ventana, y el músico encargado de reemplazarle estuviera decidido á vencer ó morir.

Despues aun hubo un poco de baile. Despues más baile, pasteles, limonada con vino, un enorme trozo de asado frio, pasteles de picadillo y cerveza abundosamente. Pero lo bueno del sarao fué cuando el músico (ladino como él solo, tenedlo en cuenta,) que sabia muy bien cómo manejarse, condicion por la que ni vosotros ni yo hubiéramos podido criticarle, se puso á declarar: *Sir Roberto de Cowerley*.

A seguida de esto salió el viejo Feziwig con la señora Feziwig y se colocaron á la cabeza de los bailarines. Esto sí que fué trabajo para los ancianos. Debían dirigir veintitres ó veinticuatro parejas, que no admitian chanzas porque eran jóvenes, ansiosos de bailar, y enemigos de ir despacio.

Mas aun cuando hubieran sido en mayor número, el viejo Feziwig era capaz de dirigirlos, así como su esposa. Era su dignísima compañera en toda la extension de la palabra. Si esto no es un elogio, que se me indique otro y lo aprovecharé. Las pantorrillas de Feziwig eran como dos astros; eran como medias lunas que se multiplicaban para todas las operaciones del baile. Aparecian, desaparecian, reaparecian de cada vez mejor. Cuando el anciano Feziwig y su señora hubieron ejecutado el rigodon completo, él hacía cabriolas con una ligereza pasmosa, y al terminarlas se quedaba tieso como una I sobre los pies.

Cuando el reloj marcaba las once tuvo fin aquel baile doméstico. El señor y la señora de Feziwig se colocaron á cada lado de la puerta, y fueron estrechando cariñosamente y uno á uno las manos de todos los concurrentes; él las de los hombres y ella las de las mujeres, deseándoles mil felicidades. Cuando no quedaban más que los aprendices, se despidieron de ellos de la misma manera: todo quedó en silencio y los dos jóvenes se acostaron en la trastienda.

Durante estas operaciones Scrooge se hallaba como un hombre desatinado. Había tomado parte en aquella escena con su corazón y con su alma. Lo reconocía todo, lo recordaba todo, gozaba de todo y experimentaba una agitación singular. Tan sólo cuando la animada fisonomía de su imagen y la de Dick hubieron desaparecido, fué cuando se acordó del fantasma.

Entonces advirtió que le miraba atentísimamente, y que la luz que sobre la cabeza tenía brillaba con todo su esplendor.

—No se necesita gran cosa, dijo el fantasma, para infundir en esos tontos un poco de agradecimiento.

—No se necesita gran cosa, repitió Scrooge.

El espíritu le indicó que escuchase la conversacion de los jóvenes aprendices, los cuales, desbordándose en reconocimiento por Feziwig, lo elogiaban de mil maneras.

—Ya veis, añadió el espíritu; el gasto no ha subido mucho; algunas libras esterlinas de vuestro mundanal dinero; tres ó cuatro acaso. ¿Merece Feziwig que se le dispensen tantos elogios?

—No es eso, replicó Scrooge al oír esta observación, y hablando como si fuera aquella imagen suya y no como el Scrooge actual; no es eso, espíritu. Está en manos de Feziwig hacernos dichosos ó desgraciados; que nuestra dependencia sea ligera ó incómoda; un placer ó una pena. Que todo ese poder se reduzca á frases ó á miradas; á cosas tan insignificantes, tan fugaces que es imposible acumularlas y sumarlas en una cuenta, ¿qué importa? La dicha que nos proporcionan es tan grande, como si tratase de una gran fortuna.

Scrooge sorprendió en el aparecido una mirada penetrante, y se detuvo.

—¿Qué os ocurre? preguntó el espíritu.

—Nada de particular.

—Sin embargo, teneis aspecto como de hombre á quien le ocurre alguna cosa.

—No, dijo Scrooge, no. Lo que deseo únicamente es poder decir cuatro palabras á mi compañero. Hé ahí todo.

Al manifestar Scrooge este deseo, su imágen apagó los quinqués. Scrooge y el fantasma se encontraron solos al aire libre.

—Mi tiempo pasa, observó el espíritu.... pronto.

Estas palabras no iban dirigidas á Scrooge ó á alguien que él pudiera ver, pero produjeron un efecto inmediato, pues Scrooge volvió á contemplarse, aunque de más edad, en la flor de la vida. Su rostro no tenia los rasgos duros y severos de la madurez, pero sí notaba en él ya las señales de la inquietud y de la avaricia, y en sus ojos una inmovilidad ardiente, codiciosa, que revelaba en él la pasion dominante; se conocia ya hácia qué lado iba á proyectarse la sombra del árbol que empezaba á crecer.

No apareció solo. A su lado habia una hermosa jóven, vestida de luto, cuyos ojos, llenos de lágrimas, brillaban á la luz del espíritu.

—Poco importa, dijo ella suavemente; á lo menos por lo que á vos toca: otro ídolo se ha apoderado del lugar que ocupaba yo. Si es que este puede alegraros y consolaros, como lo hubiera yo hecho tambien, no tendré motivos para afligirme.

—¿Y qué ídolo es eso?

—El becerro de oro.

—Hé ahí la imparcialidad del mundo. Critican severamente la pobreza, y á la vez no hay cosa que condenen con más rigor que el ánsia de riquezas.

—Temeis demasiado la opinion de las gentes, replicó la jóven con dulzura. Habeis sacrificado todas vuestras esperanzas á la de huir del desprecio sórdido del mundo. He visto desaparecer, una á una, vuestras más nobles aspiraciones delante de la que á todas las ha absorbido: una; la dominante pasion del luero. ¿Estoy en lo cierto?

—Bien, ¿Y qué? Aunque al envejecer me haya hecho más sabio, ¿he cambiado por eso con respecto á vuestra persona?

La jóven movió la cabeza.

—¿He cambiado? insistió Scrooge.

—Nuestro compromiso es muy antiguo. Lo contrajimos cuando éramos unos pobres y estábamos contentos con nuestra situacion. Nos propusimos aguardar á labrarnos una fortuna con una industria y nuestra perseverancia. Vos habeis enmbiado: cuando contrajisteis el compromiso érais otro hombre.

—Era un niño, replicó él con impaciencia.

—Vuestra conciencia os está diciendo que hoy no sois lo que érais entonces. En cuanto á mi la misma soy. Lo que podia haber sido para nosotros una felicidad cuando conteníamos de disgustos hoy que tenemos dos. Es imposible figurarse cuántas veces y con cuánta amargura he pensado y que pueda relevaros de vuestro compromiso y devolveros la palabra.

—¿Lo he querido así?

—De boca no: jamas.

—Entonces ¿cómo?

—Cambiendo totalmente. Vuestro carácter no es el mismo, así como tampoco la atmósfera en que vivís, ni la esperanza que os animaba. Si no hubiera existido el compromiso que á entrambos nos unia, dijo la jóven con dulzura pero con firmeza, decid: ¿solicitarías mi mano hoy? ¡Oh! no.

Scrooge estuvo á punto de conceder esta suposicion, casi contra su voluntad, pero se resistió aún.

—Eso no lo creéis.

—Me consideraria muy dichosa en poder opinar de otro modo. Para que me haya resuelto á admitir una verdad tan triste, ha sido preciso que yo advirtiese en ella una fuerza invencible. Pero si os viérais hoy ó mañana en libertad. ¿podría yo creer, como en otro tiempo, que escogeríais para esposa una jóven sin dote, vos, que en vuestras íntimas confianzas, cuando me descubríais vuestro corazon francamente, no cesábais de calcularlo todo en la balanza del interés y de apreciarlo todo por la utilidad que de ello podríais reportar, ó tendríamos que, faltando á vuestros principios á causa de ella, á los principios que constituyen vuestra conducta, os fijaríais en esa jóven para hacerla vuestra mujer, sin que esto es produjera muy pronto, segun es mi opinion, amargo sentimiento? Estoy muy convencido de ello, y por eso os devuelvo vuestra libertad, precisamente á causa del amor que os profesaba en otro tiempo, cuando érais otro de los que hoy sois.

El queria hablar, mas ella, apartando la vista, continuó:

—Tal vez..... pero no; mas bien. Sin duda alguna padeceréis al abandonarla y la memoria de lo pasado me autoriza á creerlo así. Mas al poco tiempo, muy poco tiempo, arrojaréis de vos con prisa un tan importuno recuerdo, como si se tratara de un sueño inútil y enfadoso, felicitándoos por vos libre de él.

Dichas estas palabras se retiró, separándose ambos.

—Espíritu, no me enseñeis más, dijo Scrooge. Restituidme á mi morada. ¿Por qué os complaceis en atormentarme?

—Otra sombra, gritó el fantasma.

—No, no más, dijo Scrooge. No, no quiero ver más. No me enseñeis nada.

Pero el implacable fantasma, estrechándole entre sus brazos, le hizo ver la seguida de los acontecimientos.

Y se transportaron á otro sitio donde vieron un cuadro de diferente género. Era una estancia no muy grande ni bella, pero vistosa y cómoda. Próxima á un hermoso fuego habia una linda jóven, tan semejante á la de la escena anterior, que Scrooge la confundía con ella, hasta que vió á ésta convertida en madre de familia, sentada al lado de su hija. El alboroto que se levantaba en aquel salon ensordecedor, porque jugaban en él tantos niños, que Scrooge, dominado por una poderosa agitacion, no podia contarlos: cada uno de ellos daba más que hacer que cuarenta. La consecuencia de todo aquello era un estruendo imposible de describir, pero nadie se inquietaba por eso; más aún, la madre y la hija se reian y se divertian extraordinariamente. Habiendo cometido la madre el desacierto de participar en el juego infantil, aquellos bribonzuelos la entregaron á saco y la trataron sin piedad. ¡Cuánto hubiera dado yo por ser uno de ellos! Aunque seguramente yo no me hubiera conducido con tanta rudeza. ¡Oh, no! No hubiera intentado, por todo el oro de la tierra, enredar ni tirar de un modo tan inícuo aquella cabellera tan perfectamente arreglada, y en cuanto al precioso zapatito que contenia su pié tampoco se lo hubiese sacado á la fuerza, ¡Dios me libre! aunque se tratara de la salvacion de mi vida. En cuanto á medirle la cintura del modo que lo hacian aquellos atrevidos, sin escrúpulos de ninguna clase, tampoco lo hubiera hecho, temeroso de que como castigo á semejante profanacion, quedara mi brazo condenado á redondearse siempre, sin poder enderezarlo nunca. Y sin embargo, lo confieso; hubiera deseado tocar sus labios, dirigirle preguntas para obligarla á que los abriese respondiéndome; fijar mis miradas en las pestañas de sus inclinados ojos sin sonrojarla; desatar su ondulante crencha, uno de cuyos rizos hubiera sido para mí el más apreciado recuerdo; en una palabra, hubiera deseado, dígolo francamente, que me permitiera disfrutar con ella los privilegios de niño; pero siendo hombre para reconocerlos y saberlos apreciar.

A la sazón llamaron, y sobre la marcha el grupo aquel tan alborotador, empujó á la pobre madre, sin dejarla que se arreglase los vestidos, sin permitirle que se defendiese, pero sin que se perdiera su sonrisa de satisfaccion; la empujó hácia la puerta en medio de un tumulto y de un entusiasmo

indescriptible, al encuentro del padre, que regresaba en compañía de un recadero cargado de juguetes y de regalos de Navidad. Cualquiera puede figurarse los gritos, las batallas, los asaltos de que fué víctima el indefenso acompañante. Uno lo escala, subiéndose sobre las sillas, para registrarle los bolsillos, sacarle los paquetes, tirarle de la corbata, suspenderse de su cuello, adjudicarle como demostracion de cariño innumerables puñetazos en las espaldas é infinitos puntapiés en las pantorrillas. Y después ¡con qué exclamaciones de alegría se saludaba la apertura de cada paquete! ¡Qué desastroso efecto produce la fatal noticia de que el rorro ha sido cogido infraganti, metiéndose en la boca una sarten de azúcar perteneciente al ajuar! También se sospecha, con bastante seguridad, que se ha tragado un pavo de azúcar que estaba adherido á un plato de madera. ¡Qué satisfaccion cuando se averigua que aquella imputacion es falsa! La alegría, el reconocimiento, el entusiasmo son indefinibles. A lo último, habiendo llegado la hora, se van retirando poco á poco los niños; suben los peldaños ligeramente, se meten en su cuarto y la calma renace.

Entonces Scrooge, prestando mayor atencion, vió que el padre, á cuyo brazo iba tiernamente asida la hija, se sentaba entre ésta y la madre, junto á la chimenea, y no pudo menos de ocurrírsele que á él tambien hubiera podido darle el nombre de padre una criatura semejante á aquella, tan graciosa y tan linda, y convertirle en una lozana primavera el triste invierno de su vida: sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Bella, dijo el marido volviéndose con una duce sonrisa hácia su mujer, esta noche he visto á uno de vuestros antiguos amigos.

—¿Quién?

—¿No lo adivinais?

—¿Cómo?... Pero ya caigo, continuó riéndose como él; Mr. Scrooge.

—El mismo. Pasaba por delante de la ventana de su despacho, y como tenia sin echar los tableros, no he podido menos de verle. Su socio ha espiado, y él está allí, como siempre; solo; solo en el mundo.

—Espíritu, dijo Scrooge con voz entrecortada; sácame de aquí.

—Os he advertido que os manifestaria las sombras de los que han sido: no me echeis la culpa si son como se presentan y no otra cosa.

—Sacadme: no puedo resistir más este espectáculo.

Y se volvió á mirar al espíritu; mas viendo que éste le contemplaba con un rostro que por extraña singularidad reunia todos los aspectos de las personas que le había enseñado, se arrojó sobre él.

—Dejadme, gritó; cesad de perseguirme.

En la lucha, si lucha se podía llamar aquello, dado que el espectro, sin necesidad de oponer ninguna resistencia aparente, era invulnerable, Scrooge observó que el resplandor de la cabeza brillaba de cada vez más rutilante. Relacionado con este hecho el poderosoinglujo que sobre él hacia oesar el espíritu, cogió el apagador, y en un movimiento repentino se lo encasquetó el fantasma en la cabeza.

El espíritu se aplanó tanto bajo aquel sombrero fantástico, que desapareció casi por completo; pero por más que hacia Scrooge no alcanzaba á tapar del todo la luz bajo del apagador: en el suelo y por alrededor del fantasma aparecio un círculo de rayos luminosos.

Scrooge se sintió fatigado y con irresistibles ganas de dormir. Se vió en su alcoba, y haciendo un esfuerzo supremo para encasquetar más el apagador, abrió la mano y apenas tuvo tiempo para arrojarle sobre el lecho antes de caer en profundo sueño.

TERCERA ESTROFA

EL SEGUNDO DE LOS TRES ESPÍRITUS

Se despertó á causa de un sonoro ronquido.

Incorporándose en el lecho trató de recoger sus ideas. No hubo precision de advertirle que el reloj iba á dar la *una*. Conoció por sí mismo que reco-braba el conocimiento, en el instante crítico de trabar relaciones con el se-gundo espíritu que debia acudirle por intervencion de Jacobo Marley. Pare-ciéndole muy desagradable el escalofrío que experimentaba por adivinar hácia qué lado le descorreria las cortinas el nuevo espectro, las descorrió él mismo, y reclinando la cabeza sobre las almohadas, se puso ojo avizor, por-que deseaba afrontar denodadamente al espíritu así que se le apreciase, y no ser sorprendido ni que le embargase una emocion demasiado viva.

Hay personas de espíritu desprecupado, hechas á no dudar de nada; que se rien de toda clase de impresiones; que se consideran en todos los mo-mentos á la altura de las circunstancias; que hablan de su inquebrantable valor enfrente de las aventuras más imprevistas y se declaran preparados á todo, desde jugar á cara ó cruz hasta comprometerse en un lance de honor (creo que apellidan de esta manera al suicidio). Entre estos dos extremos, aunque separados, á no dudarlo, por anchuroso espacio, existen infinidad de variedades. Sin que Scrooge fuera un maton como los que acabo de indicar, no puedo menos de rogaros que veais en él á una persona que estaba muy resuelta á desafiar un ilimitado número de extrañas y fantásticas aparicio-nes, y á no admirarse absolutamente de nada, ya se tratase de un inofensivo niño en su cuna, ya de un rinoceronte.

Pero si estaba preparado para casi todo, no lo estaba en realidad para no esperar nada, y por eso cuando el reloj dió la una, sin que apareciese ningun espíritu, se apoderó de él un escalofrío violento y se puso á temblar con todo su cuerpo. Transcurrieron cinco minutos, diez minutos, un cuarto de hora y nada se veia. Durante aquel tiempo permaneció tendido en la cama, sobre la que se reunian, como sobre un punto central, los rayos de una luz rojiza que lo iluminó completamente al dar la una. Esta luz, por sí sola, le producía más alarma que una docena de aparecidos, porque no podía com-prender ni la significación ni la causa, y hasta se figuraba que era víctima de una combustion espontánea, sin el consuelo de saberlo. A lo último comen-zó á pensar (como vos y yo lo hubiéramos hecho desde luego, porque la persona que no se encuentra en una situacion difícil es quien sabe lo que se

debería hacer y lo que hubiera hecho); á lo último, digo, comenzó á pensar que el misterioso foco del fantástico resplandor podría estar en el aposento inmediato, de donde, á juzgar por el rastro lumínico, parecía venir. Esta idea se apoderó con tanta fuerza de Scrooge, que se levantó sobre la marcha, y poniéndose las zapatillas fué suavemente hácia la puerta.

En el momento en que ponía la mano sobre el picaporte, una voz extraña lo llamó por su nombre y le excitó á que entrase. Obedeció.

Aquel era efectivamente su salón, no había duda, pero transformado de una manera admirable. Las paredes y el techo estaban magníficamente decorados de verde follaje: aquello parecía un verdadero bosque, lleno en su fronda de bayas relucientes y camesíes. Las lustrosas hojas del acebo y de la hiedra reflejaban la luz como si fueran espejillos. En la chimenea brillaba un bien nutrido fuego, como no lo había conocido nunca en la época de Marley y en la de Scrooge. Amontonados sobre el suelo y formando como una especie de trono, había pavos, gansos, caza menor de toda clase, carnes frías, cochinitos de leche, jamones, varas de longaniza, pasteles de picadillo, de pasas, barriles de ostras, castañas asadas, carmíneas manzanas, jugosas naranjas, succulentas peras, tortas de reyes y tazas de humeante ponche que oscurecía con sus deliciosas emanaciones la atmósfera del salón. Un gigante, de festivo aspecto, de simpática presencia, estaba echado con la mayor comodidad en aquella cama, teniendo en la mano una antorcha encendida, muy semejante al cuerno de la abundancia: la elevó por encima de su cabeza, á fin que alumbrase bien á Scrooge cuando éste entró por la puerta para ver aquello.

—Adelante, gritó el fantasma; adelante. No tengais miedo de trabar relaciones conmigo.

Scrooge entró tímidamente haciendo una reverencia al espíritu. Ya no era el ceñudo Scrooge de antaño, y aunque las miradas del fantasma expresaban un carácter benévolo, bajó ante las de éste las suyas.

—Soy el espíritu de la presente Navidad, dijo el fantasma. Miradme bien.

Scrooge obedeció respetuosamente. El espectro vestía una sencilla túnica de color verde oscuro, orlada de una piel blanca. La llevaba tan descuidadamente puesta, que su ancho pecho aparecía al descubierto como si despreciase revestirse de ningún artificio. Los pies, que se veían por bajo de los anchos pliegues de la túnica, estaban igualmente desnudos. Ceñía á la cabeza una corona de hojas de acebo sembradas de brillantes carámbanos. Las largas quedejas de su oscuro cabello pendían libremente; su rostro respiraba

franqueza; sus miradas eran expresivas; su mano generosa; su voz alegre, y sus ademanes despojados de toda ficción. Suspendeda del talle llevaba una vaina roñosa, pero sin espada.

—¡No habeis visto cosa que se le parezca! dijo el espíritu.

—Jamás.

—¿No habeis viajado con los individuos más jóvenes de mi familia; quiero deciros (porque yo soy joven) mis hermanos mayores de estos últimos años?

—No lo creo y aun sospecho que no. ¿Teneis muchos hermanos?

—Más de mil ochocientos.

—¡Familia terriblemente numerosa, gigante!

El espíritu de la Navidad se levantó.

—Conducidme, dijo con sumision Scrooge, adonde querais. He salido anoche contra mi voluntad y he recibido una leccion que comienza á producir sus frutos. Si esta noche teneris alguna cosa que enseñarme, os prometo que la aprovecharé.

—Tocad mi vestido.

Scrooge cumplió la órden y se agarró á la túnica. Inmediatamente se desvaneció aquel conjunto de comestibles que en el salon habia. El aposento, la luz rojiza, hasta la misma noche desaparecieron tambien, y los viajeros se encontraron en las calles de la ciudad la mañana de Navidad, cuando las gentes, bajo la impresion de un frio algo vivo, producian por todas partes una especie de música discordante, raspando la nieve amontonada delante de las casas ó barriéndola de las canalones, de donde se precipitaba en la calle con inmensa satisfaccion de los niños, que creian ver en aquello como avalanchas en pequeño.

Las fachadas de los edificios, y aun más las ventanas, aparecian doblemente oscuras, por la diferencia que resultaba comparándolas con la nieve depositada en los tejados y aun con la de la calle, si bien ésta no conservaba la blancura de aquélla, pues los carromatos con sus macizas ruedas la habian surcado profundamente: los carriles se extrecruzaban de mil modos millares de veces en la desembocadura de las calles, formando un inextricable laberinto sobre el amarillento y endurecido lodo y sobre el agua congelada. Las calles más angostas desaparecian bajo una espesa niebla, la cual caia en forma de aguanieve, mezclada con hollín, como si todas las chimeneas de la Gran Bretaña se hubieran concertado para limpiarse alegremente. Londres, entonces, no tenia nada de agradable, y sin embargo, se echaba de

ver por de quiera un aire tal de regocijo, que ni en el día más hermoso, ni bajo el sol más deslumbrante del verano se vería otro igual.

Un efecto. Los hombres que se ocupaban de limpiar la nieve de los tejados, parecían gozosos y satisfechos. Se llamaban unos á otros, y de rato en rato se dirigían, chancéandose, bolas de nieve (proyectil más inofensivo seguramente que muchos sarcasmos) riéndose cuando acertaban y aun más cuando no.

Las tiendas de volatería estaban medio abiertas tan sólo: las de frutas y verduras lucían en todo su esplendor. Por esta parte se ostentaban á cada lado de las puertas, anchurosos y redondos canastos henchidos de soberbias castañas, como ostentan sobre su vientre el ámplio chaleco los panzudos y viejos gastrónomos: aquellos canastos parecían próximos á caer, víctimas de su apoplética corpulencia. En otra parte figuraban las cebollas de España, rojas, de subido color, de abultadas formas, recordando por su gordura los frailes de su patria, y lanzando arrebatadoras miradas á las jóvenes que, al pasar por allí, se fijaban discretamente en las ramas de hiedra suspendidas de las paredes. Más allá, en apetitosos montones, peras y manzanas; racimos de uvas que los vendedores habían tenido la delicada atención de exponer, en lugar visible, para que á los aficionados se les hiciera la boca agua y refrescaran así gratis; pilas de avellanas musgosas y morenas que traían á la memoria los paseos en el bosque, donde se hunde uno hasta el tobillo en las hojas secas; *biffins* de Norfolk gruesos y oscuros, que resaltaban el color de las naranjas y de los limones, recomendables por su aspecto jugoso, para que los compraran á fin de servirlos á los postres.

Los peces de oro y de plata, expuestos en peceras, en medio de aquellos productos escogidos, si bien individuos de una raza triste y apática, parecían advertir, aunque peces, que sucedía algo extraordinario, porque giraban por su estrecho recinto con estúpida agitación.

¡Y los ultramarinos! Sus tiendas estaban casi cerradas, excepto un tablero ó dos, pero ¡qué magníficas cosas se podían ver por las aberturas de estos! No era solamente el agradable sonido de las balanzas al caer sobre el mostrador, ni el crujido del bramante entre las hojas de las tijeras que lo separaban del carrito para atar los lios, ni el rechinar incesante de las cajas de hoja de lata donde se conserva el té ó el café para servirlo á los parroquianos. *Tras, tras, tras*, sobre el mostrador: aparecen, desaparecen, se revuelven entre las manos de los dependientes como los cubiletes entre las de un prestidigitador. Allí no se debía fijar uno especialmente en el aroma del

thé y del café tan agradables al olfato. Las pasas hermosas y abundantes; las almendras tan blancas; las cañas de canela tan largas y rectas; las demás especias tan gustosas; las frutas confitadas y envueltas en azúcar candi, á cuya sola vista los curiosos se chupaban el dedo; los jugosos y gruesos higos; las ciruelas de Toura y de Agen, de suave color rojo y gusto ácido, en sus ricas cestillas; y por último, todo lo que allí habia adornado con su traje de fiesta, llamaba la atencion. Era preciso ver á los afanosos parroquianos realizar los proyectos que habian formado para aquel dia, empujarse, tropezarse violentamente con la banasta de las provisiones olvidándose, á lo mejor, de sus compras, volviendo á buscarlas precipitadamente, cometiendo otras equivocaciones, pero sin perder el buen humor, entranto que el dueño de la tienda y sus dependientes daban tantas muestras de amabilidad y de franqueza que no habia más que pedir.

Pero luego llamaron las campanas de las iglesias y de las capillas á que se acudiese á los oficios: bandadas degentes vestidas con sus mejores trajes, con muestras de júbilo y ocupando de lado á lado las calles acudieron al llamamiento. A la vez y desembocando de las callejuelas laterales y de los pasadizos, se dirigieron un gran número de personas á los hornos para que les asaran las comidas. Esto inspiró un interés grandísimo al espíritu, porque situándose con Scrooge á la puerta de una tahona, levantaba la tapadera de los platos, á medida que los iban llevando, y como que los regaba de incienso con su antorcha; antorcha bien extraordinaria en verdad, porque en dos ocasiones, habiéndose tropezado, un poco bruscamente, algunos de los portadores de comidas, á causa de la prisa que llevaban, dejó caer sobre ellos unas pocas gotas de agua, é inmediatamente los enojados tomaron á risa el fracaso, diciendo que era una vergüenza reñir en Navidad. Y nada más cierto, Dios mío, nada más cierto.

Poco á poco fueron cesando las campanas y los tahonas se cerraron, pero quedaba como un placer anticipado de las comidas, de los progresos que iban haciendo, en el vapor que se difundia por el aire escapándose de los encendidos hornos.

— ¿Tienen alguna virtud particular las gotas que se desprenden de vuestra antorcha? preguntó Scrooge.

— Seguramente: mi virtud.

— ¿Puede comunicarse á toda clase de comida hoy?

— A toda clase de manjar ofrecido de buen corazon y particularmente á las personas más pobres.

—¿Y por qué á las más pobres?

—Porque son las que sienten mayor necesidad.

—Espíritu, dijo Scrooge despues de meditar un rato; estoy admirado de que los seres que se agitan en las esferas suprasensibles, que espíritus como vosotros, se hayan encargado de una comision poco caritativa; la de privar á esas pobres gentes de las ocaciones que se les ofrecen de disfrutar un placer inocente.

—¡Yo! exclamó el espíritu.

—Sí, porque les privais de medios de comer cada ocho dias; en el día en que se puede decir verdaderamente que comen. ¿No es positivo?

—¿Yo?

—Ciertamente: ¿no consiste en vosotros que esos hornos se cierren en el día del sabado? ¿No resulta entonces lo que yo he dicho?

—¿Yo, yo, busco eso? —¡Perdonadme si me he equivocado! Eso se hace en vuestro nombre ó por lo menos en el de vuestra familia.

—Hay, dijo el espíritu, en la tierra donde habitais, hombres que abrigan la presuncion de convencernos, y que se sirven de nuestro nombre para satisfacer sus culpables pasiones, el orgullo, la perversidad, el odio, la envidia, la mojigatería y el egoismo, pero son tan ajenos á nosotros y á nuestra familia, como si no hubieran nacido nunca. Acordaos de esto y otra vez hacdedles responsables de lo que hagan y no á nosotros.

Scrooge se lo prometió y de seguida se trasladaron, siempre invisibles, á los arrabales de la ciudad. En el espíritu residia una facultad maravillosa (y Scrooge lo advirtió en la tahona); la de poder sin inconveniente, y á pesar de su gigantesca estatura, acomodaron á todos los lugares, sin que bajo el techo menos elevado perdiese nada de su elegancia, de su natural majestad, como si se encontrase dentro de la bóveda más elevada de un palacio.

Impulsado, acaso, por el gusto que tenía el espíritu en demostrar esta facultad suya, ó por su naturaleza benévola y generosa para con los pobres, condujo á Scrooge al domicilio de su dependiente. Al atravesar los umbrales, sonrió el espíritu y se detuvo para cegar una bendicion, regando además con la antorcha el humilde recinto de Bob Cratchit. Eso es. Bob no tenía más que quince *bob*^[1] por semana: cada sábadó se le entregaban quince ejemplares de su nombre de pila, y sin embargo, no por eso dejó el espíritu de la Navidad de bendecir aquella pobre morada compuesta de cuatro aposentos.

Entonces se levantó Mrs. Cratchit, mujer de Cratchit, vestida con un traje vuelto, pero en compensación adornada de muchas cintas muy baratas, de esas cintas que producen tan buen efecto no obstante lo poquísimo que valen. Estaba disponiendo la mesa ayudada de Belinda Cratchit, la segunda de sus hijas, tan encintada como su buena madre, mientras que maese Pedro Cratchit, el mayor de los hijos, metía su tenedor en la marmita llena de patatas y estiraba cuanto le era posible su enorme cuello de camisa; no precisamente *su* cuello, sino el de su padre, pues éste se lo había prestado, en honor de la Navidad, á su heredero presuntivo, quien orgulloso de verse tan acicalado, ansiaba lucirse en el paseo más concurrido y elegante. Otros dos pequeños Cratchit, niño y niña, penetraron en la habitación diciendo que habían olfateado el pato en la tahona y conocido que era el de ellos. Engolosinados de antemano con la idea de la salsa de cebolla y salvia, rompieron á bailar en torno de la mesa, ensalzando hasta el firmamento la habilidad de maese Cratchit, el cocinero de aquel día, en tanto que este último (tieso de orgullo á pesar de que el abundoso cuello amenazaba ahogarle) atizaba el fuego para ganar el tiempo perdido, hasta hacer que las patatas saltasen, al cocer, á chocar con la tapadera del perol, advirtiendo con esto que estaban ya á punto para ser sacadas y peladas.

—¿Por qué se retrasará tanto vuestro excelente padre? dijo Mrs. Cratchit ¿Y vuestro hermano Tiny Tim? ¿Y Marta? El año pasado vino media hora antes.

—Aquí está Marta, madre, gritó una jóven que entraba en aquel momento.

—Aquí está Marta, madre, gritaron los dos jóvenes Cratchit. ¡Viva! ¡Si supieras, Marta, que pato tan hermoso tenemos!

—¡Ah querida hija! ¡Que Dios te bendiga! Qué tarde vienes, dijo Mrs. Cratchit abrazándola una docena de veces, y desnudándola con ternura del manton y del sombrero.

—Ayer teníamos mucho trabajo, madre, y ha sido preciso entregarlo hoy por la mañana.

—Bien, bien; no pensemos en ello puesto que estás aquí. Acércate á la chimenea y caliéntate.

—No, no, gritaron los dos niños. Ahí está padre: Marta escóndete.

Y Marta se escondió. A poco hicieron su entrada el pequeño Bob y el padre Bob; este con un tapaboca que le colgaba lo menos tres piés por delante, sin contar la franja. Su traje aunque raído estaba perfectamente arreglado y

cepillado para honrar la fiesta. Bob llevaba á Tiny Tim en los hombros, por-que el pobre niño como raquítico que era, tenía que usar una muleta y un aparato en las piernas para sostenerse.

—¿Dónde está nuestra Marta? preguntó Bob mirando á todos lados.

—No viene, dijo Mrs. Cratchit.

—¡Qué no viene! exclamó Bob poseído de un abatimiento repentino, y perdiendo de un golpe todo el regocijo con que habia traído á Tiny Tim de la iglesia como si hubiera sido su caballo. ¡No viene para celebrar la Navidad!

Marta no pudo resistir verlo contrariado de aquella manera, ni aun en chanza, y salió presurosa del escondite donde se hallaba detrás de la puerta del gabinete, para coharse en brazos de su padre, mientras que los dos pequeños se apoderaban de Tiny para llevarlo al cuarto de lavado, á fin de que oyese el hervor que hacía el *pudding* dentro del perol.

—¿Qué tal se ha portado el pequeño Tiny? preguntó Mrs. Cratchit despues de burlarse de la credulidad de su marido, y que éste hubo abrazado á su hija.

—Como una alhaja y más todavía. En la necesidad en que se encuentra de estar mucho tiempo sentado y solo, la reflexion madura mucho en él, y no puedes imaginarte los pensamientos que le ocurren. Me decia, al volver, que confiaba en haber sido notado por los asistentes á la iglesia, en atencion á que es cojo y á que los cristianos deben tener gusto de recordar, en dias como este, al que devolvía á los cojos las piernas y á los ciegos la vista.

La voz de Bob revelaba una intensa emocion al repetir estas palabras: aun fué mayor cuando añadió que Tiny se robustecia de cada vez más.

Se oyó en esto el ruido que causaba sobre el pavimento la pequeña muleta del niño, el cual entró en compañía de sus dos hermanos. Bob, recogíendose las mangas, como si pudieran ¡pobre mozo! gastarse más, compuso, con ginebra y limones, una especie de bebida caliente, despues de haberla agitado bien en todos sentidos, mientras que su hijo Pedro y los dos más pequeños, que sabian acudir á todas partes, iban á buscar el pato con el cual regresaron muy pronto, llevándolo en procesion triunfal.

A juzgar por el alboroto que produjo la presentacion, se hubiera creído que el pato es la más extraña de las aves, un fenómeno de pluma, con respecto al cual un cisne negro sería una cosa vulgar; y en verdad que tratándose de aquella pobre familia la admiracion era muy lógica. Mrs. Cratchit hizo hervir la pringue, preparada con anticipacion; el heredero Cratchit

majó las patatas con un vigor extraordinario; Miss Belinda azucaró la salsa de manzanas; Marta limpió los platos; Bob hizo sentar á Tiny en uno de los ángulos de la mesa y los Cratchit más pequeños colocaron sillas para todo el mundo, sin olvidarse, por supuesto, de sí mismos, y una vez preparados, se metieron las cucharas en la boca, para no caer en la tentacion de pedir del pato antes de que les correspondiera el turno. Por fin llegó el momento de poner los platos, y rezada la bendicion, que fué seguida de un silencio general, Mrs. Cratchit, recorriendo cuidadosamente con la vista la hoja del cuchillo de trinchar, se preparó á hundirlo en el cuerpo del pato. Apenas lo hubo hecho; apenas se escapó el relleno por la abertura, un murmullo de satisfaccion se levantó por todas partes, y hasta el mismo Tiny, excitado por sus hermanos más pequeños, golpeó con el mango de su cuchillo la mesa y gritó: hurra.

—Nunca, dijo Bob, se habia visto un pato igual. Su sabor, su gordura, su bajo precio, lo tierno que estaba, fueron el texto comentado de la admiracion universal: con la salsa de manzanas y el puré de patatas hubo bastante para la comida de todos ellos. Mrs. Cratchit notando un pequeño resto de hueso, dijo que no se habian podido comer todo el pato: la familia entera estaba satisfecha, particularmete los pequeños Cratchit ambos llenos, hasta los ojos, de salsa de cebollas. Una vez cambiados los platos por Miss Belinda, su madre salió del comedor, pero sola, pues la emocion que le dominaba por el importante acto que iba á cumplir, requeria que no la molestaran testigos: salió para servir el *pudding*. ¡Oh! ¡oh! ¡Qué vapor tan espeso! Sin duda habia sacado el *pudding* del caldero. ¡Qué mezcla de perfumes tan apetitosos, de esos perfumes que recuerdan el restaurant, la pastelería de la casa de al lado. ¡Era el *pudding*! Despues de medio minuto escaso de ausencia, Mrs. Cratchit, con la cara encendida, sonriente y triunfante, volvió á la mesa, en la que presentó el *pudding*, muy parecido á una bala de cañon en lo duro y firme, y flotando en media azumbre de aguardiente encendido, y todo coronado por la rama de acebo, símbolo de la Navidad.

¡Qué maravilloso *pudding*! Bob Cratchit dijo, de una manera formal y seria, que lo consideraba como la obra maestra de Mrs. Cratchit desde que se habian casado, á lo que respondió la interesada, que ahora que ya no tenía ese peso sobre el corazon, confesaba las dudas que habia tenido, acerca de su tino en echar la harina. Todos experimentaron la necesidad de decir algo, pero ninguno se cuidó, si tuvo tal idea, de decir que era un *pudding* bien pequeño para tan numerosa familia. Verdaderamente hubiera sido muy

feo pensarlo ó decirlo: ningun Cratchit hubiera dejado de sonrojarse de vergüenza.

Así que terminó la comida, quitaron los manteles, fué barrida la estancia y reanimada la chimenea. Se probó el *grog* compuesto por Bob y lo encontraron excelente; colocaron en la mesa manzanas y naranjas y entró el rescoldo un buen puñado de castañas. A seguida la familia se arregló alrededor de la chimenea, en círculo como decia Cratchit, en vez de semicírculo, y prepararon toda la cristalería de la familia, consistente en dos vasos y una pequeña taza de servir crema, sin asa. Y esto ¿qué importaba? No por eso dejaban de contener el hirviente licor como si hubieran sido vasos de oro, y Bob escanció la bebida radiante de júbilo, mientras que las castañas se asaban resquebrajándose con ruido al calor del fuego. Entonces Bob pronunció este brindis.

—Felices Pascuas para todos nosotros y nuestros amigos. ¡Que Dios nos bendiga!

Y toda la familia contestó unánimemente.

—¡Que Dios bendiga á cada uno de nosotros! dijo Tiny el último de todos.

Estaba sentado en un taburete cerca su padre. Bob le tenia cogida la descarada mano, como si hubiera querido darle una muestra especial de ternura, y consercarlo á su lado de miedo que se lo quitasen.

—Espíritu, dijo Scrooge con un interés que hasta entonces no habia manifestado: decidme si Tiny vivirá.

—Veo un sitio desocupado en el seno de esa pobre familia, y una muleta sin dueño cuidadosamente conservada. Si mi sucesor no altera el curso de las cosas, morirá el niño.

—No, no, buen espíritu: no; decid que viva.

—Si mi sucesor no altera el curso de las cosas en esas imágenes que descubren el porvenir, ninguno de mi raza verá á ese niño. Si muere disminuirá asi el excedente de la poblacion.

Scrooge bajó la cabeza cuando oyó al espíritu repetir aquellas palabras, y el dolor y el remordimiento se apoderaron de él.

—Hombre, añadió el espíritu; si poseeis un corazon de hombre, y no de piedra, dejad de valeros de esa jerigonza despreciable, hasta que sepais lo que es ese excedente y dónde se encuentra. ¿Os atreveríais á señalar los hombres que deben vivir y los que deben morir? Es muy posible que á los ojos de Dios seais ménos digno de vivir que millones de criaturas semejan-

tes al hijo de ese pobre hombre. ¡Dios mio! que un insecto oculto entre las hojas diga que hay demasiados insectos vivientes, refiriéndose á sus familiares hermanos que se revuelcan en el polvo!

Scrooge se humilló ante la reprimenda del espíritu, y temblando bajó los ojos. Pronto los levantó oyendo pronunciar su nombre.

— ¡Ah, Mr. Scrooge! dijo Bob; bebamos á la salud de él, puesto que le debemos este humilde festín.

— ¡Buen principal está! exclamó Mrs. Cratchit roja de cólera; quisiera verlo aquí para servirle un plato de mi gusto. Buen apetito había de tener para comerlo.

— Querida mia, dijo Bob; los hijos... la Navidad.

— Se necesita que nos encontremos en tal día para beber á la salud de un hombre tan aborrecible, tan avaro, tan duro como Mr. Scrooge. Ya sabeis que es todo eso. Ninguno lo puede decir mejor que vos, mi pobre marido.

— Querida mia, insistió dulcemente Bob, el día de Navidad...

— Beberé á su salud por amor á vos y en honra del día, mas no por él. Le deseo, pues, larga vida, felices Pascuas y dichoso año. Hé aquí con qué dejarlo bien contento, pero lo dudo.

— Los niños secundaron el brindis, y esto fué lo único que no hicieron de buena gana en aquel día. Tiny bebió el último, pero hubiese dado su brindis por un perro chico. Scrooge era el vampiro de la familia: su nombre anubló la satisfaccion de aquellas personas, pero fué cosa de cinco minutos.

Pasados estos y desvanecido el recuerdo de Scrooge, Bob anunció que ya le habian prometido colocar á su hijo mayor con algo más de cinco chelines por semana.

Los pequeños Cratchit rieron como locos, pensando que su hermano iba á tomar parte en los negocios, y el interesado miró con aire meditabundo, y por entre los picos del cuello de la camisa, al fuego, como si ya reflexionase acerca de la colocacion que daria á una renta tan comprometedora.

Marta, pobre aprendiz en un establecimiento de modista, refirió la clase de obra que tenía que hacer y las horas que necesitaba trabajar sin descanso, regocijándose con la idea de que al siguiente día podría permanecer más que de costumbre en el lecho. Añadió que acababa de ver á un lord y una condesa, aquél de la misma estatura que Pedro, con lo que éste se levantó tanto el cuello de la camisa, que casi no se le veia la cabeza. Durante la conversacion las castañas y el *grog* circulaban de mano en mano, y Tiny cantó

una balada relativa á un niño perdido entre las nieves. Tiny poseia una voccecita lastimera y lo hizo admirablemente, por quien soy.

En todo aquello no habia ciertamente nada de aristocrático. Aquella no era una hermosa familia. Ninguno de ellos estaba bien vestido. Tenian los zapatos en mal uso y hasta Pedro hubiera podido con su traje hacer negocio con un ropavejero; sin embargo, todos eran felices, y vivian en las mejores relaciones, satisfechos de su condicion. Cuando Scrooge se separó de ellos se manifestaron más alegres de cada vez, gracias al benéfico influjo de la antorcha del espíritu, así es que continuó mirándolos hasta que se desvanecieron, y especialmente á Tiny-Tim.

Había llegado la noche, oscuro y lóbrega. Mientras Scrooge y el espíritu recorrian las calles, la lumbré chisporroteaba en las cocinas, en los salones, en todas partes, produciendo maravillosos efectos. Aquí la llama vacilante dejaba ver los preparativos de una modesta pero excelente comida de familia, en una estancia que preservaban del frio de la calle por medio de espesos cortinajes de color rojo oscuro. Por allá todos los hijos de la casa, desafiando la temperatura, salian al encuentro de sus hermanas casadas, de sus hermanos, de sus tios, de sus primos, para anticiparse á saludarlos. Por otras partes los perfiles de los convidados se divisaban á través de los visillos. Una porcion de hermosas jóvenes, encapuchadas y calzadas de fuertes zapatos, hablando todas á la vez, se dirigian apresuradamente á casa de su vecina. ¡Infeliz del célibe (las astutas hechiceras lo sabian perfectamente) que las viese entonces penetrar en la casa con los semblantes coloreados por el frio!

A juzgar por el número de personas que se dirigian á las reuniones, se hubiera podido decir que no quedaba nadie en las casas para dar la bienvenida, pero no sucedia así; en todas partes habia amigos que aguardaban con el corazon bien alegre y las chimeneas bien repletas de fuego. Por eso se veia al espíritu arrebatado de entusiasmo, y que descubriendo su ancho pecho y abriendo su dadivosa mano, flotaba por encima de aquella multitud, derramando sobre las gentes su pura y cándida alegría. Hasta los humildes faroleros, acelerándose delante de él, marcando su trabajo con luminosos puntos á lo largo de las calles; hasta los humildes faroleros, ya vestidos para ir á alguna reunion, se reian á carcajadas cuando el espíritu pasaba cerca de ellos, por más que ignorasen lo próximo que lo tenian.

De repente, sin que el espíritu hubiera dicho nada á su compañero, en preparacion para tan brusco tránsito, se encontraron en medio de un lugar

pantano, triste, desierto y sembrado de grandes montones de piedras, como si allí hubiera un cementerio de gigantes. El agua circulaba por todas partes, y no se ofrecía para ello otro obstáculo que el hielo que la sujetaba prisionera. Aquel suelo no producía más que musgo, retama y una hierba mezquina y ruda. Por el horizonte y en la dirección del Oeste, el Sol poniente había dejado un rastro de fuego de un rojo vivísimo, que iluminó por un momento aquel lugar de desolación, como si fuese la mirada brillante de un ojo sombrío cuyos párpados se cerrasen poco á poco, hasta que desapareció completamente en la oscuridad de una densa noche.

—¿En dónde estamos? preguntó Scrooge.

—Estamos donde viven los mineros, los que trabajan en las entrañas de la tierra, contestó el espíritu. Ya me reconocen, mirad.

Brilló una luz en la ventana de una pobre choza, y ambos se dirigieron hacia aquel lado. Penetrando á través del muro de piedras y tierra que constituía aquel mísero albergue, vieron una numerosa y alegre reunión en torno de una gran fogata.

Un bueno viejo, su mujer, sus hijos, sus nietos y sus biznietos, estaban congregados allí vestidos con su mejor traje. El viejo, con voz que ya no podía sobreponerse al agudo silbido del viento que soplaba sobre los arenales, cantaba un villancico (muy antiguo ya cuando él lo aprendió de niño), y los circunstantes repetían de tiempo en tiempo de estribillo. Cuando ellos cantaban el viejo se sentía reanimado, pero cuando callaban volvía á caer en su debilidad.

El espíritu no se detuvo aquí, sino que encargando á Scrooge que agarrara vigorosamente, lo transportó por encima de los pantanos, ¿adónde? No al mar, me parece; pues sí, al mar. Scrooge aterrorizado, observó como se desvanecía en la sombra el promontorio más avanzado: el ruido de las olas embravecidas y rugientes que corrían á estrellarse con el fragor del trueno en las cavernas que habían socavado, como si en el exceso de su ira el mar tratase de minar la tierra, le ensordeció.

Edificado sobre una desnuda roca que apenas salía á flor de agua, y azotado furiosamente por las olas durante todo el año, se levantaba a mucha distancia de tierra un faro solitario. En el basamento se acumulaban multitud de plantas marinas, y el pájaro de las tempestades, nacido acaso de los vientos como las algas de las aguas, revoloteaba en torno de la torre como las olas sobre que se mecía.

Hasta en aquel sitio, los dos hombres á cuyo cargo estaba la custodia del faro, habian encendido una hoguera que despedia sus luminosos rayos hasta el alborotado mar por la abertura hecha en la recia muralla. Dándose un apretón con sus callosas manos, por encima de la mesa á la cual estaban sentados, se deseaban felices Pascuas brindando con *grog*: el más viejo, de cutis apergaminado y lleno de costurones, como esas figuras esculpidas en la proa de los antiguos buques, entonó con voz ronca un canto salvaje que tenía mucho de las ráfagas tempestuosas.

El espectro seguía siempre sobre el mar sombrío y turbulento; siempre, siempre, hasta que en su rápida marcha, lejos ya, muy lejos de tierra como le dijo Scrooge, descendió á un buque, colocándose cerca del timonero á veces, otras del vigilante á proa, otras de los oficiales de guardia, visitando todas estas fantásticas figuras en los varios sitios adonde debían acudir. Todos ellos tarareaban una canción alusiva al día: pensaban en la Navidad; recordaban á sus compañeros otras de que habían disfrutado, contando siempre con volver al seno de sus familias. Todos á bordo, despiertos ó dormidos, buenos ó malos, habían estado más cariñosos entre sí que durante el resto del año; todos se habían comunicado sus alegrías; todos se habían acordado de sus parientes o amigos, esperando que éstos se acordasen también.

Scrooge quedó altamente sorprendido de que mientras estaba atento al estribor del huracán, y se perdía en abstracciones acerca de lo solemne de semejante viaje, á través de la oscuridad, por encima de aquellos espantosos abismos, cuyas profundidades son secretos tan impenetrables como el de la muerte, llegara á sus oídos una ruidosa carcajada. Pero su sorpresa fué mayor al advertir que aquella carcajada procedía de su sobrino, el cual se hallaba en un salon perfectamente iluminado, limpio, con buen fuego y en compañía del espíritu, que lanzaba sobre el alegre jóven miradas llenas de dulzura y de benevolencia.

Si os sucede, por una casualidad poco probable, que os encontréis con un hombre que sepa reir de mejor gana que el sobrino de Scrooge, os digo que desearia trabar relaciones con él. Hacedme el favor de presentármelo y entablaré amistad.

Por una dichosa, justa y noble compensación en las cosas del mundo, aunque las enfermedades y los pesares son contagiosos, lo es más la risa y el buen humor. Mientras el sobrino de Scrooge se reia, segun he indicado, apretándose los ijares é imprimiendo á su cara las muecas más extravagantes,

tes, la sobrina de Scrooge, sobrina por afinidad, se reía de tan buena gana como su marido; los amigos que con ellos estaban no hacían menos y acompañaban en la risa á más y mejor.

—Bajo palabra de honor, os aseguro, decía el sobrino, que ha proferido la palabra: que la Navidad es una tontería, é indudablemente esa era su convicción.

—Tanto más vergonzoso para él, dijo la mujer indignada.

Por eso me gustan las mujeres: no hacen nada á medias: todo lo toman por lo serio.

La sobrina de Scrooge era bonita; excesivamente bonita, con su encantador rostro, con su aire sencillo y cándido, con su arrebatadora boquita hecha para ser besada, y que indudablemente lo era á menudo; con sus mejillas llenas de pequeños hoyuelos; con sus ojos, los más expresivos que pueden verse en fisonomía de mujer: en una palabra, su belleza tenía tal vez algo de provocativa, pero revelando que se hallaba dispuesta á dar una satisfacción, sí; satisfacción completa.

—Es muy chusco ese hombre, dijo el sobrino de Scrooge. En verdad, podría hacerse más simpático; pero como sus defectos constituyen su propio castigo, nada tengo que decir en contra de eso.

—Creo que es muy opulento, Federico, dijo la sobrina: á lo menos eso me habeis dicho.

—¡Qué importa su riqueza, mi querida amiga! replicó el marido. Para maldita la cosa que le sirve; ni aun para hacer bien á nadie; ni a sí mismo. Ni siquiera tiene la satisfacción de pensar, ja, ja, ja, que nosotros nos hemos de aprovechar pronto de ella.

—Ni aun con eso puedo sufrirlo, continuó la sobrina, á cuya opinion se adhirieron sus hermanas y las demás señoras concurrentes.

—Pues yo soy más tolerante. Me aflijo por él, y nunca le desearé mal aunque tenga gana, porque quien padece de sus genialidades y de su mal humor es él y sólo él. Y lo que digo no es porque se le haya puesto en la cabeza rehusar mi convite, pues al fin, de aceptarlo, se hubiera encontrado con una comida detestable.

—¡De veras! Pues yo creo que se ha perdido una buena comida, exclamó su mujer interrumpiéndola. Los convidados fueron de la misma opinion, y necesariamente eran personas muy autorizadas para decirlo, porque acababan de soborearla.

—Me alegro de saberlo, repuso el sobrino de Scrooge, porque no tengo mucha confianza en el talento de estas jóvenes caseras. ¿Qué opináis Topper?

Topper tenía los ojos puestos en una de las cuñaditas de Scrooge, y respondió que un célibe era un miserable pária á quien no le asistía el derecho de emitir opinion sobre tal materia, á cuyas palabras la cuñada del sobrino de Scrooge, aquella jóven tan regordetilla que veía á un extremo con pañoleta de encajes, no la que lleva un ramo de rosas, se puso sofocada.

—Seguid lo que estabais diciendo, Federico, dijo su mujer dando unas palmadas. Nunca acaba lo que ha comenzado. ¡Qué ridículo es eso!

El sobrino de Scrooge soltó la carcajada de nuevo, y como era imposible librarse del contagio, aunque la jóven regordeta trataba de hacerlo poniéndose á aspirar el frasco de sales, todos siguieron el ejemplo del jóven.

—Me proponía únicamente decir, que mi tío presentándose tan mala cara, y negándose á venir con nosotros, ha perdido algunos momentos de placer que le hubieran venido muy bien. Indudablemente se ha privado de una compañía mucho más agradable que sus pensamientos, que un mostrador húmedo y que sus polvorientas habitaciones. Esto no quita para que todos los años le invite de la misma manera, plázcale ó no, porque tengo lástima de él. Dueño es, si así le parece, de burlarse de la Navidad; pero no podré menos de formar buena opinion de mí, cuando me vea presentarme á él todos los años, diciéndole con mi acostumbrado buen humor: «Mi querido tío: ¿qué tal os va?» Si esto pudiera inspirarle la idea de aumentar el sueldo de su dependiente hasta cuarenta y cuatro libras esternas, se habría conseguido algo. No sé, pero se me figura que ayer lo ha quebrantado.

Al oír aquello todos los concurrentes se rieron, pareciéndoles que era sobrada pretension la de haber conseguido quebrantar a Scrooge; pero como el sobrino era de bellissimo génio, y no se cuidaba de saber por qué se reían con tal que se rieran, aun los animó haciendo circular las botellas.

Después del thé hubo un poco de música, porque los convidados aquellos constituían una familia de músicas, que entendían perfectamente lo de cantar arias y ritornelos; sobre todo Topper, que sabía lanzar su gruesa voz de bajo como un artista consumado, sin que se le hincharan las venas de la frente y sin ponerse rojo como un cangrejo. La sobrina de Scrooge tenía bien el arpa: entre otras piezas ejecutó una cancioncilla (una cosa insignificante que hubiérais aprendido á tararear en dos minutos), pero que era justamente la favorita de la jóven que, tiempos atrás, fué en busca de Scrooge al

colegio, como el fantasma de la Navidad se lo habia hecho á la memoria. Ante aquellas tan conocidas notas, recordó de nuevo Scrooge todo lo que el espectro le representara, y más enternecido de cada vez, consideró que si hubiera tenido la dicha de oír frecuentemente aquella insignificante cancioncilla, habria podido conocer mejor lo que de grato encierran las dulces afecciones de la existencia y cultivándolas; empresa algo más meritoria que la de cavar con impaciencia de sepulturero su fosa, segun ocurrió con Marley.

No tan sólo la música ocupó á aquellos convidados. Al cabo de rato se jugó á juegos de prendas, porque es conveniente volver á los dias de la niñez, sobre todo, teniendo en cuenta que la Navidad es una fiesta establecida por un Dios niño. Atencion Se dió principio por gallina ciega. ¡Oh! ¡Y qué tramposo está Topper! Hace como que no ve, pero perded cuidado; ya sabe bien adonde dirigirse. Estoy seguro de que se ha puesto de acuerdo con el sobrino de Scrooge, pero sin conseguir engañar al espíritu de la Navidad allí presente. La manera como el pretendido ciego persigue á la regordetilla de la pañoleta, es un insulto positivo que se dirige á la credulidad humana. Por más que ella se coloque detrás del guarda-fuego, ó encima de las sillas, ó al amparo del piano, ó encima de las sillas, ó al amparo del piano, ó entre los cortinajes á riesgo de asfixiarse, á todas partes donde va ella va tambien él. Siempre sabe donde tropezar con la regordetilla. No quiero coger á nadie más, y aunque le salgais al paso, como algunos lo han hecho de propósito, hará como que os quiere agarrar, pero con tal torpeza, que no puede engañarnos, y luego se dirigirá hácia donde se olcultu la regordetilla. «Eso no es jugar bien:» dice ella huyendo cuanto puede, y tiene razon; pero á lo último, cuando él la coge; cuando á despecho de la ligereza de la jóven, él logra arrinconarla de manera que no pueda escapársele, entonces su conducta es inicua. Bajo pretexto de que no sabe á quien ha cogido, la reconoce pasándole la mano por la cabeza, ó se permite tocar cierto anillo que ella lleva al dedo, ó una cadena con que se adorna el cuello. ¡Oh infame mónstruo! Por eso así que él deja el pañuelo á otra persona, los dos jóvenes tienen en el hueco de la ventana, detrás de las cortinas, una conferencia particular, en la que ella le dice á él todo lo que le parece.

La sobrina de Scrooge no tomaba parte en el juego. Se habia retirado á uno de los rincones de la sala, y allí estaba sentada en un sillón con lo piés en un taburete, teniendo detrás al aparecido y á Scrooge. En los juegos de enigmas sí que participó. Era muy diestra en ellos, con gran satisfaccion de

su esposo, y les sentaba bien las costuras á sus hermanas y eso que no eran tontas: preguntádselo si no á Topper.

Allí habia como veinte personas entre viejos y jóvenes.

Todos jugaban, hasta el mismo Scrooge, quien, olvidando de todo punto que no sería dado, se interesaba en todo aquello, diciendo en alta voz el secreto de los enigmas que se proponian: os aseguro que adivinaba muchas y que la más fina aguja, la de marca más acreditada, la más puntiaguda, no lo era tanto como el ingenio de Scrooge, á pesar del aire bobalicon de que revestia para engatusar á sus parroquianos.

El aparecido gozaba de verle en semejante disposicion de espíritu, y lo contemplaba con aspecto tan lleno de benevolencia, que Scrooge le pidió encarecidamente como un niño, que lo tuviese allí hasta que se marcharan los convidados.

—Un nuevo juego, espíritu; un nuevo juego. Media hora nada más.

Tratábase del juego conocido con el nombre de *sí y no*. El sobrino de Scrooge debia tener un pensamiento, y los demás la obligacion de adivinarlo. A las preguntas que le hacian él no contestaba más que *sí ó no*. La granzada de interrogatorios á que lo sujetaron, fué causa de que hiciese muchas indicaciones; que pensaba en un animal: que era un animal vivo, adusto y salvaje; un animal que rugia y gruñia en varias ocaciones: que otras veces hablaba: que residia en Lóndres: que se paseaba por las calles: que no lo enseñaban por dinero: que no iba sujeto con cordon: que no estaba en una casa de fieras ni destinado al matadero, y que no era ni un caballo, ni un asno, ni una vaca, ni un toro, ni un tigre, ni un perro, ni un cerdo, ni un gato, ni un oso. A cada pregunta que le hacian aquel tunante de sobrino daba á reir, y tan grandes eran á veces los accesos, que se veia obligado á levantarse para patear de gusto. Por fin la cuñada regordetilla, riéndose á más no poder, exclamó:

—Lo he adivinado, Federico: ya sé lo que es.

—¿Qué es?

—Es vuestro tio Scro...o...o...o...oge.

Efectivamente habia acertado. La admiracion fué general, si bien algunas personas objetaron que á la pregunta: «¿Es un oso?» debia haberse contestado: «Sí,» tanto más, cuanto que á la respuesta negativa, muchos habian dejado de pensar en Scrooge para buscar por otro lado.

—En medio de todo ha contribuido muy especialmente á divertirnos, dijo Federico, y seríamos sobre toda ponderacion ingratos, si no bebiéramos á su

salud. Cabalmente todos empuñamos ahora un vaso de ponche de vino; por lo tanto: á la salud de mi tío Scrooge.

—Sea: á la salud del tío Scrooge, contestaron.

—Felices Pascuas y dichoso año para el viejo, á pesar de su genio. El no aceptaría este buen deseo de mi parte, pero se lo tributo sin embargo. A mi tío Scrooge.

Scrooge se había dejado dominar de tal modo por la hilaridad general, experimentaba tanto descanso en su corazón, que de buena gana hubiera tomado parte en el brindis, aunque nadie sabía de su presencia allí, y pronunciado un buen discurso de gracias, siquiera fuese desoido, á no ser porque no se lo permitió el fantasma. Hubo cambio de escena. Cuando el sobrino pronunciaba la última palabra del brindis, Scrooge y el espíritu comprendieron de nuevo el curso de su viaje.

Vieron muchos países. Fueron muy lejos visitaron un gran número de moradas, y siempre con las mejores consecuencias para aquellos á quienes se acercaba el espíritu de la Navidad.

Al aproximarse al lecho de uno, enfermo y en extranjera tierra, éste se olvidaba de su dolencia y se creía trasportado al suelo patrio. Si á una alma en lucha con la suerte, le infundía sentimientos de resignación y esperanza en mejor porvenir. Si á los pobres, inmediatamente se creían ricos. Si á las casas de caridad, á los hospitales y á las prisiones, á todos estos refugios de la miseria, donde el hombre vano y orgulloso no había podido, abusando de su pequeño y efímero poder, impedir la entrada al espíritu, éste dejaba caer su bendición y enseñaba á Scrooge mil preceptos caritativos.

Fué una noche muy larga, si es que todo esto se cumplió en una noche: Scrooge lo dudó porque á su juicio habían sido condensadas muchas Navidades en el tiempo que estuvo con el aparecido. Sucedia una cosa extraña y era que mientras Scrooge conservaba incólumes sus formas exteriores, el espíritu se hacía más viejo; visiblemente más viejo.

Scrooge advirtió la transformación, mas no dijo nada, hasta que al salir de un recinto, donde varios niños celebraban la fiesta de Reyes, miró al espíritu, así que se encontraron solos, y vio lo mucho que había encanecido.

—¿Tan corta es la vida de los espíritus?

—La mía es muy breve en este mundo, contestó el espectro. Termina hoy por la noche.

—¿Esta noche!

—Esta noche. A las doce. Oid: la hora se acerca. A la sazón daba el reloj los tres cuartos para las doce.

—Dispensadme si es que soy indiscreto, dijo Scrooge que consideraba atentamente la vestidura del espíritu: veo algo extraño que sale de debajo de vuestra túnica y que no es vuestro. ¿Es un pié ó una garra?

—Podría ser garra si se fuera á juzgar por la carne que la cubre, contestó es espíritu: mirad.

Y de los pliegues de la túnica sacó dos niños, dos míseros seres, que se arrodillaron á sus piés y se agarraron á su vestido.

—¡Oh, hombre! Mira, mira, mira á tus piés, exclamó el espíritu.

Eran un niño y una niña, amarillos, flacos, cubiertos de andrajos, de fisonomía ceñuda, feroz, aunque servil en su abyección. En vez de la graciosa juventud que hubiera debido hacer frescas y redondas sus mejillas, con hermosos colores, una mano seca y descarnada, como la del tiempo, las había puesto rugosas, escuálidas y descoloridas. Aquellos rostros, que hubieran podido asemejarse á los de los ángeles, parecían como de demonios, hasta en las miradas tan torvas que lanzaban. Ningún cambio, ninguna descomposición de la especie humana, en ningún grado, hasta en los misterios más recónditos de la naturaleza, han producido monstruos tan horribles y terribles.

Scrooge retrocedió, pálido y lleno de espanto. No queriendo ofender al espíritu, padre acaso de aquellos infelices seres, probó á decir que eran unos niños hermosos, pero las palabras se le detuvieron en la garganta por no hacerse cómplices de una mentira tan atroz.

—Espíritu, ¿son vuestros hijos?

Scrooge no pudo añadir más.

—Son los de los hombres, contestó el espíritu contemplándolos, y me piden auxilio para quejarse de sus padres. El de allá es la ignorancia; el de aquí la miseria. Preservaos del uno y del otro y de toda su descendencia; pero sobre todo del primero, porque sobre su frente veo escrito «¡Condención!» Apresúrate, Babilonia, continuó extendiendo la mano sobre la ciudad; apresúrate á que desaparezca esa palabra que te condena más que á él: á tí á la ruina, á él á la desdicha. ¡Atrévete á decir que no eres culpable! Calumnias á los que te acusan: esto puede servir á tus aborrecibles designios; pero, ¡cuidado al fin!

—¿No poseen ningún recurso, ni cuentan con asilo? gritó Scrooge.

—¿No hay prisiones? respondió el espíritu devolviéndole irónicamente, y por la vez postrera, sus mismas frases.

En el reloj daban las doce.

Scrooge buscó al espectro, pero ya no lo vió. Al sonar la última campanada, hizo memoria de la predicción del viejo Marley, y alzando la vista divisó otro aparecido de majestuosa apostura, envuelto en una túnica y encapuchado, que se acercaba deslizándose sobre el suelo vaporosamente.

1. [↑](#) Nombre popular de los chelines.

CUARTA ESTROFA

EL ÚLTIMO DE LOS ESPÍRITUS

Cuando llegó cerca de Scrooge, éste se arrodilló, experimentando el terror sombrío y misterioso que envolvía al espíritu.

Iba completamente envuelto en un largo ropaje que ocultaba su fisonomía, su cabeza y sus formas, no dejando ver más que una de sus manos tendida, sin lo cual hubiera sido muy difícil distinguir aquella figura en las densas sombras de la noche que le circundaban.

Cuando Scrooge estuvo á su lado vió que el aparecido era de estatura elevada y majestuosa, y que su misteriosa presencia lo llenaba de respetuoso temor; pero no supo más, porque el aparecido no hablaba ni hacía ningun movimiento.

—¿Estoy en presencia del espíritu de la Navidad por venir?

El espectro no contestó, limitándose á tener siempre la mano tendida.

—¿Vais á mostrarme las sombras de las cosas que no han sucedido todavía, pero que sucederán con el tiempo?

La parte superior de la vestidura del fantasma se contrajo un poco, segun lo indicaron los pliegues al aproximarse como sí el espectro hubiera inclinado la cabeza. No dió otra respuesta.

Aunque hecho ya al comercio con los espíritus, Scrooge sentía tal pavor en presencia de aquel aparecido tan silencioso, que sus piernas temblaban y apenas disponia de fuerzas para sostenerse en pié cuando se veia obligado á seguirle. El espíritu, como si hubiera conocido la turbacion de Scrooge, se paró un momento como para darle lugar á que se repusiese.

Esto agitó más á Scrooge. Un vago escalofrío de terror le recorrió todo el cuerpo, al advertir que, bajo aquel fúnebre sudario los ojos del fantasma estaban constantemente fijos en él, y que, á pesar de todos sus esfuerzos, no podía ver más que una mano de espectro y una masa negruzca.

—Espíritu del porvenir, os temo más que á ninguno de los espectros que hasta ahora he visto. Sin embargo, como conozco que os hallais aquí por mi bien, y espero vivir de una manera muy diferente que hasta ahora, os seguiré adonde querais, con corazon agradecido. ¿No me hablareís?

Ninguna respuesta. Tan sólo la mano hizo señal de ponerse en marcha.

—Guiadme, dijo Scrooge, guiadme. La noche avanza rápidamente y el tiempo es muy precioso para mí; lo sé. Espíritu guiadme.

El fantasma empezó á deslizarse como habia venido. Scrooge fué detrás de la sombra de la vestidura; parecíale que ésta lo levantaba y lo arrastraba.

No se puede decir que penetraran en la ciudad, sino que la ciudad surgió alrededor de ellos, rodeándolos con su movimiento y su agitacion. Estaban en el mismo centro de la City, en la Bolsa y con los negociantes que iban de un lado para otro de prisa, haciendo sonar el dinero en los bolsillos, agrupándose para entretenerse en negocios, mirando sus relojes y jugando dis- traidamente con la cadena, etc., como Scrooge los habia visto en todas ocasiones.

El espíritu se detuvo cerca de un pequeño grupo de capitalistas, y Scrooge, adivinando su intencion por la mano tendida, se acercó á escuchar.

—No... decía un señor alto y grueso de triple y canosa barba; no sé nada más; sé tan solamente que ha muerto.

—¿Cuándo?

—Anoche, segun creo.

—¿Cómo y de qué ha muerto? preguntó otro señor tomando una provi- sion de tabaco de una enorme tabaquera. Yo me figuraba que no se moriría nunca.

—Dios solo lo sabe, dijo el primero bostezando.

—¿Qué ha hecho de su dinero? preguntó otro señor de rubicunda faz, que ostentaba en la punta de la nariz una enorme lupia colgante como el moco de un pavo.

—No lo sé, contestó el hombre de la triple barba, bostezando de nuevo. Tal vez lo haya dejado á su sociedad: de todas suertes no es á *mí* á quien lo ha dejado: hé aquí lo único que sé.

Esta chanza fué recibida con una carcajada general.

—Es probable, continuó el mismo, que las sillas para los funerales no le cuesten nada, así como tampoco los coches, pues juro que no conozco á na- die que esté dispuesto á ir á semejante entierro. ¡Si fuéramos nosotros sin que nos convidaran!

—Me es indiferente con tal que haya refresco, dijo el de la lupia: yo quie- ro que me den de comer por ese trabajo ^[1].

—Ya veo, dijo el primer interlocuor, que soy más desinteresado que to- dos los presentes.

Yo no iría porque me regalaran guantes negros, pues no los gasto, ni pro- que me dieran de comer, pues no lo acostumbro en tales casos, pero sí como alguno quisiera acompañarme. ¿Sabeis por qué? Porque, reflexionando, me

han asaltado dudas acerca de si yo era íntimo amigo suyo, á causa de que cuando nos encontrábamos teníamos la costumbre de detenernos para hablar un poco. Adios señores: hasta la vista.

El grupo se deshizo para constituir otros. Scrooge conocía á todos aquellos señores, y miró al espíritu para pedirle una explicacion acerca de lo que acababan de decir.

El espíritu se dirigió á otra calle, y mostró con el dedo dos individuos que se saludaban. Scrooge escuchó en la esperanza de descifrar aquel enigma.

Tambien los conocía. Eran dos negociantes ricos, muy considerados y en cuya estimacion creía estar bajo el punto de vista de los negocios, pero sencilla y puramente de los negocios.

—Cómo está Vd.?

—Bien y vos.

—Bien, gracias. Parece que el viejo *Gobseck* ha dado ya sus cuentas, eh....

—Me lo han dicho. Hace frio. ¿es verdad?

—Psch; como de la estacion: como de Navidad. Supongo que no patinaís.

—No; tengo otras cosas en que pensar. Buenos dias.

Ni una palabra más. Así se encontraron, así se hablaron, y así se separaron.

A Scrooge le pareció, al principio, chocante que el espíritu atribuyese tanta importancia á conversaciones aparentemente tan triviales; pero convencido de que debian encerrar algun sentido oculto, empezó á discurrir sobre cuál sería éste, segun todas las probabilidades.

Era difícil que se refiriesen á la muerte de su antiguo socio Marley: á lo menos no parecia verosímil, porque el fallecimiento era suceso ya ocurrido, y el espectro ejercia jurisdiccion sobre lo porvenir; pero tampoco adivinaba quién pudiera ser la persona de él conocida, á la cual cupiese aplicar el acontecimiento. Sin embargo, íntimamente persuadido de que cualquiera que fuese la persona, debia encerrarse en aquello alguna leccion correspondiente á él y para su bien, determinó fijarse y recoger las palabras que oyese y las cosas quu presenciase, y particularmente observar con la más escrupulosa atencion su propia imágen cuando se le apareciese, penetrado de que la vista de ella le proporcionaría la llave del enigma haciéndole la solucion fácil.

Se buscó pues en aquel lugar, pero había alguien que ocupaba su sitio, el puesto á que más afecion tenía, y aunque el reloj indicaba la hora á que él

iba, por lo comun, á la bolsa, no vió á nadie que se le pareciese en el gran número de personas que se apresuraban á entrar. Aquello le sorprendió poco, porque como desde sus primeras visiones había formado el propósito de cambiar de vida, se figuraba que su ausencia era prueba de haber puesta en ejecución sus planes.

El aparecido se mantenía siempre á su lado inmóvil y sombrío. Cuando Scrooge salió de su ensimismamiento, se figuró, por la postura de la mano y por la posición del espectro, que lo contemplaba fijamente, con mirada invisible. Esto le hizo estremecerse de pies á cabeza.

Abandonando el alborotado teatro de los negocios, se dirigieron á un barrio muy excéntrico de la ciudad, en donde Scrooge no había estado nunca, pero cuya mala reputación no le era desconocida. Las estrechas calles que lo constituían presentaban un cuadro de suciedad indescriptible, así como sus miserables tiendas y mansiones; los habitantes que moraban allí, el de seres casi desnudos, ébrios, descalzos, repugnantes. Las callejuelas y los sombríos pasadizos, como si fueran otras tantas cloacas, despedían sus desagradables olores, sin inmundicias y sus vecinos sobre aquel laberinto: aquel barrio era la guarida del crimen y de la miseria.

En lo más oculto de aquella infame madriguera, se veía una tienda baja y saliente, bajo un cobertizo, en la cual se vendía hierro, trapos viejos, botellas viejas, huesos y trozos de platos de la comida del día precedente. Sobre el piso de un compartimiento interior había, amontonados, clavos, llaves herrumbrosas, cadenas, goznes, limas, platillos de balanzas, pesos y toda clase de ferretería.

En aquellos hacinamientos asquerosos de grasas corrompidas, de huesos carcomidos, se encerraban, acaso, muchos misterios que pocas personas hubieran tenido valor para indagar. Sentado en medio de aquellas mercancías con las que comerciaba, cerca de un fogón hecho de ladrillos ya usados, se veía un mugriento bribón, con los cabellos ya blancos por la edad (contaba setenta años), abrigándose contra el aire exterior por medio de un cortinaje grasiento, formado de retales desapareados, sujetos á un cordel, fumando en pipa y saboreando con placer el deleite de su apacible soledad.

Scrooge y el espectro se colocaron enfrente de aquel hombre, en el momento en que una mujer, portadora de un grueso paquete, se escurría á la tienda. Apenas penetró fué seguida de otra cargada de la misma manera, y ésta de un hombre vestido de un traje negro y muy raído, cuyo hombre se sorprendió al verlas, como ellas al verle. Después de algunos momentos de

estupefaccion de todos ellos, estupefaccion de que tambien participó el hombre de la pipa, se echaron á reir.

—Que pase primeramente la asistente, dijo la segunda mujer: despues vendrá la lavandera y últimamente el encargado de las pompas. ¿Qué opinais, honrado tendero? ¡Por cierto que es casualidad! No parece sino que nos hemos dado cita los tres.

—No podiais haber escogido mejor lugar, dijo el tendero quitándose la pipa de la boca. Entrad en el salon. Hace tiempo que tienes facultad para entrar aquí libremente; los otros dos tampoco son extraños. Aguardad á que cierre la puerta de la tienda. ¡Cómo chirrian los goznes! Creo que no existe aquí ningun hierro más viejo que ellos, como no hay en el almacen, y de esto me considero muy seguro, otras osamentas más añejas que las mias. ¡Ah, ah! Todos nos hallamos en consonancia con nuestra condicion: hacemos un buen juego. Entrad.

El salon lo constituia el espacio que estaba separado de la tienda por la cortina de retales. El viejo tendero removi6 el fuego con una barra de hierro rota, procedente de una barandilla de escalera; y despues de haber reanimado su humosa lámpara (porque ya era de noche) con la boquilla de la pipa, puso de nuevo esta en la boca.

Mientras que de este modo cumplia con los deberes de la hospitalidad, la mujer que habia hablado la primera, dejó su paquete en el suelo, y se sentó con aire negligente en un taburete, colocando los codos sobre las rodillas, y landando una mirada de desafío á los otros dos concurrentes.

—Bueno. ¿Qué tenemos? ¿Qué hay señora Dilber? dijo encarándose con la otra. Todas tenemos el derecho de pensar en nosotros mismos. ¿Ha hecho otra cosa *él* durante su vida?

—En verdad, dio la lavandera: ninguno tanto como *él*.

—Pues bueno: entonces no teneis necesidad de estaros ahí, abriendo de tal modo los ojos, como si os dominara el miedo; somos lobos de una camada.

—De seguro, exclamaron la Dilber, y el saltatumbas: en ese convencimiento estamos.

—Pues no hay más que decir: estamos como queremos. No hay que buscar tres piés al gato. Y luego ¡vaya un mal! ¿A quién se le causa perjuicio con esas fruslerías? De seguro que no es al muerto.

—¡Oh, en verdad que no! dijo riéndose la Dilber.

—Si queria guardarlos ese tio roñoso para despues de su fallecimiento, continuó la mujer, ¿por qué no ha hecho como los demás? No necesitaba más que haber llamada á una enfermera para que lo cuidase, en vez de morir en un rincon abandonado como un perro.

—Es la pura verdad, ratificó la Dilber: tiene lo que merece.

—Hubiera querido que el lance no le saliera tan barato, continuó la primera mujer: os aseguro que á estar en mi mano no hubiera perdido la ocasion de coger algo más.

Desliad el paquete, tendero, y decid francamente lo que vale. No tengo reparo en que lo vean. Los tres sabíamos antes de penetrar aquí la clase de negocios que hacemos. No hay ningun mal en ello.

Pero se entabló un pugilato de cortesía. Los amigos de aquella mujer no quisieron, por delicadeza, que fuese la primera, y el hombre del traje negro tuvo la primacía en desatar su lio... No guardaba mucho. Un sello ó dos; un lapicero; dos gemelos de camisa; un alfiler de muy poco valor; esto era todo. Los objetos fueron examinados minuciosamente por el viejo tendero, quien iba marcando en la pared con una tiza la cantidad que pensaba dar por cada uno de ellos terminado el exámen hizo la suma.

—Hé ahí, dijo, lo que valen. No daría ni tres cuartos más aunque me tostaran á fuego lento. ¿Qué hay despues de esto?

Tocaba la vez á la Dilber. Enseñó sábanas, servilletas, un traje, dos cucharillas de plata de forma antigua; unas tenacillas para el azúcar y algunas botas. El tendero hizo la cuenta como antes.

—Siempre pago de más á las señoras. Es una de mis debilidades, y por eso me arruino, dijo el tendero. Hé ahí vuestra cuenta. Si me pedís un cuarto más y entramos en cuestion, me desdiré, y rebajaré algo del primer propósito que he tenido.

—Ahora desliad mi paquete, dijo la primera mujer.

El tendero se arrodilló para mayor comodidad, y deshaciendo una porcion de nudos, sacó del lio una gruesa y pesada pieza de seda oscura.

—¿Qué es esto? preguntó. Son cortinas de cama.

—Sí, contestó riendo la mujer é inclinando el cuerpo sobre sus cruzados brazos. Cortinas de cama.

—No es posible que las hayas quitado, con anillos y todo, mientras que él estaba todavía en la cama, observó el tendero.

—Sí; ¿por qué no?

—Entonces has nacido para ser rica y lo serás.

—Te aseguro que no vacilaré en echar mano sobre cualquier cosa tratándose de ese hombre: te lo aseguro, amigo, ratifiqué con la mayor sangre fría. Ahora cuidado que no caiga aceite sobre los cobertores.

—¿Los cobertores? ¿De él? preguntó el tendero.

—De quién habian de ser? ¿Tienes miedo de que se constipe por haberle despojado de ellos?

—Pero confío en que no habrá muerto de alguna enfermedad contagiosa. ¿Eh? preguntó el tendero parando en el exámen y levantando la cabeza.

—No tengais miedo. A ser así no hubiera yo permanecido en su compañía por tan mezquinas utilidades. Puedes examinar esa camisa hasta que te se salten los ojos. No encontrarás ni el más pequeño agujero: ni siquiera está usada. Era la mejor que tenía y en verdad que no es mala. Ha sido una dicha que yo me hallase allí, porque si no se hubiera perdido.

—¿Cómo?

—Lo hubieran enterrado con ella. No hubiera faltado alguno bastante tondo para hacerlo; por eso me ha apresurado á quitársela. El percal es suficientemente bueno para tal uso: si no es útil para ese servicio, entonces ¿de qué sirve el percal? Es bueno para envolver cadáveres, y en cuanto á la elegancia, no estará más feo el cuerpo de ese tio dentro de una camisa de percal que dentro de una de hilo: es imposible.

—Scrooge escuchaba lleno de horror aquel infame diálogo. Aquellos seres sentados, ó por mejor decir, agachados, sobre su presa, apretados unos contra otros á la pálida luz de la lámpara del tendero, le producía un sentimiento de odio y de asco, tan vivo como si hubiera visto á codiciosos demonios disputándose el mismo cadáver.

—¡Ah, ah! continuó riendo la mujer, viendo que el tendero, sacando un taleguillo de franela, daba á cada uno, contándola en el suelo, la parte que le correspondía. Esto es lo mejor. Mientras vivió, todo el mundo se alejó de él, y así cuando ha muerto hemos podido aprovecharnos de sus despojos. Ja, ja, ja.

—Espíritu, dijo Scrooge, estremeciéndose: comprendo: comprendo. La suerte de ese infortunado podria alcanzarme á mi tambien. A eso llego quien sigue la conducta que yo... ¡Señor Misericordia! ¿Qué es lo que veo?

—Y retrocedió lleno de horror, porque habiendo cambiado la escena, se vió cerca de un lecho, de un lecho despojado, sin cortinajes, sobre el cual, y cubierto con una sábana desgarrada, habia algo que en su mudo silencio, hablaba al hombre con aterradora elocuencia.

El aposento estaba muy oscuro, demasiado oscuro para que se pudiera ver con exactitud lo que allí habia, por más que Scrooge obedeciendo á un misterioso impulso, paseaba por aquella estancia sus inquietas miradas, deseoso de averiguar lo que aquello era. Una luz pálida que venía del exterior, alumbraba directamente el lecho donde yacía el muerto, robado, abandonado por todo el mundo, junto al cual no lloraba nadie, ni rezaba nadie.

Scrooge miró al aparecido, cuya mano fatal señalaba á la cabeza del cadáver. El sudario habia sido puesto tan descuidadamente, que hubiera bastado el más pequeño movimiento de su cuerpo para descubrirle la cara. Scrooge advirtió lo fácil que era hacerlo, y aun lo intentó, pero no se encontró con vigor para ello.

—«¡Oh fria, fria, terrible, espantosa muerte! ¡Tú puedes levantar aquí tus altares y rodearlos de todos los horrores que tienes á mano, porque estos son tus dominios. Pero cuando se trata de una persona querida y estimada, ni uno de sus cabellos puede servir para que ostentes tus tremebundas enseñanzas, ni hacer odioso ninguno de los rasgos del muerto. Y no es que es entonces no caiga su mano pesadamente si lo quieres así; no es que el corazon no deje de latir, pero aquella mano fué en otro tiempo dadivosa y leal; aquel corazon animoso y honrado: un verdadero corazon de hombre.

Hiere, hiere, despiadada muerte: harás brotar de la herida del muerto las generosas acciones de éste; la honra de su efímera vida; el retoño de su existencia imperecedera.

Ninguna voz promunció al oido de Scrooge estas palabras, y sin embargo, él las oyó al contemplar al lecho. «Si este pudiera revivir, reflexionaba Scrooge, ¿qué diria ahora de sus pesados propósitos? Que la avaricia, la dureza del corazon, el afan de lucro ¡laudables propósitos! le habian conducido á una triste muerte. Ahí yace en esta mansion tan sombría y desierta. No hay ni un hombre, ni una mujer, ni un niño que puedan decir: —Fué bueno para mí en tal circunstancia; yo lo seré ahora para él en memoria de su beneficio.— Sólo turbaban aquel glacial silencio un gato que arañaba en la puerta, y el ruido de las ratas que bajo la piedra de la chimenea roian algo. ¿Qué iban á buscar en aquella habitacion mortuoria? ¿Por qué demostraban tanta avidez y tanta excitacion? Scrooge no se atrevió á pensar.

—Espíritu, dijo: este sitio es verdaderamente espantoso. No olvidaré, al abandonarlo, la leccion que he recibido en él: creedlo así: marchemos.

El aparecido continuaba señalándole la cabeza del cadáver.

—Os comprendo, y lo haría como me encontrara con fuerzas para ellos, mas no las tengo.

El fantasma lo miró entonces con mayor fijeza.

—Si hay alguna persona en la ciudad que experimente alguna emocion penosa á consecuencia de la muerte de ese hombre, dijo Scrooge con mortal agonía, mostrádmela espíritu; os conjuro á ello.

El fantasma extendió un momento su negra vestidura por encima de él y recogiénola despues, le presentó una sala iluminada por la luz del dia, donde se encontraban una madre y sus hijos.

Esperaba á alguien llena de impaciencia y de inquietud, porque no hacía más que ir de un lado á otro de la habitacion, estremeciéndose al más pequeño ruido, mirando por la ventana ó al reloj, haciendo por coser para distraerse, y pudiendo sufrir apenas la voz de sus hijos que jugaban.

Por fin oyó el aldabonazo tan esperado y fué á abrir. Era su marido, hombre aun jóven, pero de fisonomía ajada por los sufrimientos, si bien entonces revestía un aspecto particular como de amarga satisfaccion que le produjera vergüenza y que tratara de reprimir.

Tomó asiento para comer lo que su esposa le habia guardado junto al fuego, y cuando ella le preguntó, al cabo de rato de silencio, con desmayado acento: «¿Qué noticias» él no quería responder.

—¿Son buenas ó malas? insistió ella.

—Malas.

—¿Estamos completamente arruinados?

—No, Carolina: todavía queda una esperanza.

—Si *él* se ablanda. En ocurriendo tal milagro se puede esperar todo.

—No puede enternecerse: ha muerto.

Aquella mujer era una criatura dulce y resignada. No habia más que verla para reconocerlo desde luego, y sin embargo, al oir la noticia, no pudo menos de bendecir en lo profundo de su alma á Dios y aun de decir lo que pensaba. Despues se arrepintió y demandó gracia por su malvada idea, mas el primer arranque fué el espontáneo.

—Lo que me dijo aquella mujer medio borracha, de quien os he hablado, á propósito de la tentativa que hice para verle y conseguir de él un nuevo plazo era cierto no era una evasiva para ocultarme la verdad. No solamente estaba enfermo, sino moribundo.

—¿A quién será endosada nuestra deuda?

—Lo ignoro; pero antes de que termine el plazo espero tener con que pagarla, y aun cuando no sucediera de este modo, sería el exceso de la desdicha que tropezáramos con un acreedor de corazon tan duro. Esta noche podemos dormir más tranquilos.

Sí: á pesar de ellos mismos, sus corazones se sentian satisfechos. Los niños, que se habían agrupado cerca de sus padres para oír aquella conversacion de la que nada comprendían, manifestaban en sus rostros estar más alegres: ¡la muerte de aquel hombre devolvía un poco de felicidad á una familia! La única emocion que el fallecimiento habia causado era una emocion de placer.

—Espíritu, dijo Scrooge: hacedme ver una escena de ternura íntimamente ligada con la idea de la muerte, porque si no aquella estancia tan sombría que me habeis presentado, estará siempre presente en mi memoria.

El aparecido lo condujo por diferentes calles, y á medida que adelantaban, Scrooge iba mirando á todos lados con la esperanza de contemplar su imagen, pero no la vió. Entraron en la habitacion de Bob Cratchit, la misma que Scrooge habia visitado antes, y allí encontraron á la madre y á sus hijos sentados alrededor del fuego.

Estaban tranquilos, muy tranquilos, incluso los enredadores pequeños. Todos escuchaban á Pedro el hermano mayor, quien leía en un libro, mientras que la madre y las hermanas se entregaban á la costura. ¡Aquella familia estaba positivamente tranquila!

«Y tomando de la mano á un niño, lo puso en medio de ellos.»

¿Dónde habia oido Scrooge aquellas palabras? De seguro que no las habia soñado. Por fuerza debió ser el lector quien las pronunciara en alta voz, cuando Scrooge y el espíritu atravesaron los umbrales. ¿Por qué se habia interrumpido la lectura?

La madre colocó su tarea sobre la mesa y se cubrió la cara con las manos.

—El color de esta tela me hace daño á la vista, dijo.

—¿El color? Ah pobre Tiny.

—Ahora tengo mejor los ojos. Sin duda la luz artificial me los cansa, pero no quiero á ningun precio que vuestro padre lo eche de ver. No debe tardar mucho, porque, ya está próxima la hora.

—Ha pasado ya, repuso Pedro cerrando al mismo tiempo el libro. He advertido que anda más despacio hace unos dias.

La familia volvió á su anterior silencio y á su inmovilidad. Pasando un rato la madre tomó otra vez la palabra con voz firme, cuyo tono festivo no

se alteró más que una vez.

—Hubo un tiempo en que iba de prisa; demasiado tal vez, llevando á Tiny en los hombros.

—Yo lo he visto, continuó Pedro; y á menudo.

—Y yo tambien, continuaron todos.

—Pero Tiny posaba poco, añadió la madre siguiendo en su tarea; y luego lo quería tanto su padre, que no era ningun trabajo para éste. Pero ahí le tenemos.

Y corrió á recibirlo. Bob entró arrebujaando en su tapaboca: bien necesitaba descansar aquel pobre hombre. Tenía preparado su thé puesto al fuego, y hubo lucha sobre quién le serviría primero. Sobre sus rodillas se pusieron los dos niños, y ambos aplicaron sus mejillas á las de su padre como diciéndole: «Olvidadle padre; no esteis triste.»

Bob se manifestó muy alegre con todos. A todos les dedicó un chiste. Examinó la obra de Mrs. Cratchit y sus hijas y la elogió mucho.

—Esto lo acabareis antes del domingo.

—¡El domingo! ¿Habeis ido hoy? le preguntó su esposa.

—Sí, querida mia. De consertirlo esos trabajos que llevais, hubiera deseado que viniérais conmigo. No puedes figurarte qué verde está el sitio. Pero lo visitareis con frecuencia. Le prometí que iria á pasear un domingo..... ¡Oh hijo mio! exclamó Bob; ¡pobre hijo mio!

Y rompió á sollozar sin poder contenerse. Para contenerse hubiera sido necesario que no acabara de experimentar la pérdida de su hijo.

Salió de la sala y subió á una del piso superior, vistosamente alumbrada y llena de guirnaldas, como en tiempo de Navidad. Allí habia una silla colocada junto á la camita del niño, en la que se veian señales indudables de que alguno acababa de ocuparla. El pobre Bob se sentó tambien, y cuando hubo reflexionado un poco, y calmándose, imprimió un beso en la frente del niño: con esto se resignó algo y bajó de nuevo casi feliz..... en la apariencia.

La familia le rodeó y entablaron conversaciones: la madre y las hijas trabajaban siempre. Bob les habló de la singular benevolencia con que le habia hablado el sobrino de Mr. Scrooge, persona á quien apenas trataba, el cual habiéndole encontrado aquel día y viéndole un poco..... un poco..... abatido; ya sabeis: quiso averiguar, lleno del mayor interés, lo sucedido. Por este motivo, y observando que era el señor más afable del mundo, le he contado todo.—Siento mucho lo que me acabais de referir, señor Cratchit, me ha di-

cho; por vos y por vuestra excelente esposa. A propósito: ignoro cómo ha podido saber él eso.

—Saber ¿qué?

—Que sois una excelente mujer.

—¡Pero si eso lo sabe todo el mundo! dijo Pedro.

—Muy bien contestado, hijo mio, exclamó Bob. «Lo siento, me ha dicho, por vuestra excelente esposa, y si puedo seros útil en algo, añadió entregándome una tarjeta, hé aquí mis señas. Os ruego que vayais á verme». Estoy entusiasmado, no sólo por lo que espero que haga en favor nuestro, sino por la amabilidad con que se ha explicado. Parecia sentir la desgracia de Tiny como si lo hubiera conocido; como nosotros mismos.

—Estoy segura de que abriga un buen corazon, dijo Mrs. Cratchit.

—Aun estaríais más segura si lo hubiérais visto y hablado. No me sorprendería, fijaos bien, que proporcionase á Pedro mejor empleo que el que tiene.

—¿Oís Pedro? preguntó Mrs Cratchit.

—Entonces, dijo una de las jóvenes, Pedro se casaria, estableciéndose por su cuenta.

—Vete á paseo, dijo Pedro, haciendo una mueca.

—¡Caramba! Eso puede ser ó no puede ser: tantas probabilidades hay para lo uno como para lo otro, observó Bob. Es cosa que puede suceder el día menos pensado, aunque hay tiempo para reflexionar sobre ello, hijo mio. Pero sea lo que quiera, espero que cuando nos separemos, ninguno de vosotros olvidará al pobre Tiny ¿No es verdad que ninguno de nosotros olvidará esta primera separacion?

—Nunca, padre mio, gritaron todos á la vez.

—Y estoy convencido, continuó Bob, de que cuando nos acordemos de lo dulce y paciente que era, aunque no pasaba de ser un niño, un niño bien pequeño, no reñiremos unos contra otros, porque esto seria olvidar al pobre Tiny.

—No, nunca; dijeron todos.

—Me haceis dichoso: verdaderamente dichoso.

—Mrs. Cratchit lo abrazó; sus hijas lo abrazaron; los pequeños Cratchit lo abrazaron; Pedro lo estrechó tiernamente. Alma de Tiny: en tu esencia infantil eras como una emanacion de la divinidad.

—Espectro, dijo Scrooge, presiento que la hora de nuestra separacion se acerca. Lo presiento sin saber cómo se verificará. ¿Dime quién era el hombre á quien hemos visto tendido en su lecho de muerte.

El aparecido lo transportó como antes, (aunque en una época diferente, pensaba Scrooge, porque las últimas visiones se confundían en su memoria: lo que notaba claramente era que se referían al porvenir) á los sitios donde se congregaban los negociantes, pero sin mostrarle su otro yo. No se detuvo allí el espíritu, sino que anduvo muy de prisa, como para llegar más pronto adonde se proponía, hasta que Scrooge le suplicó que descansaran un momento.

—Este patio que tan de prisa atravesamos, dijo Scrooge, es el centro donde he establecido mis negocios. Reconozco la casa: dejadme ver lo que seré un día.

El espíritu se detuvo, pero con la mano señalaba á otro punto.

—Allá bajo está mi casa; ¿por qué me indicáis que vayamos más lejos?

El espectro seguía marcando inexorablemente otra dirección. Scrooge corrió á la ventana de su despacho y miró al interior. Era siempre su despacho, más no ya el suyo. Había diferentes muebles y era otra persona que estaba sentada en el sillón: el fantasma seguía indicando otro punto.

Scrooge se le unió, y preguntándose acerca de lo que había sucedido, echó tras de su conductor hasta que llegaron á una verja de hierro. Antes de entrar observó alrededor de sí.

Era un cementerio. Allí, sin duda, y bajo algunos pies de tierra, yacía el desdichado cuyo nombre quería saber. Era un hermoso sitio, á la verdad, cercado de muros, invadido por el césped y las hierbas silvestres; en donde la vegetación moría por lo mismo que estaba excesivamente alimentada; ¡hasta el aseo con la abundancia de despojos mortales que allí había! ¡Oh qué hermoso sitio! El espíritu, de pie en medio de las tumbas, indicó una de estas, y Scrooge se acercó temblando. El espíritu era siempre el mismo, pero Scrooge creyó notar en él algo de un nuevo y pavoroso augurio.

—Antes de que dé un paso hacia la losa que me designais, satisfaced, dijo, la siguiente pregunta: ¿Esta es la imagen de lo que *ha de ser* ó de lo que *puede ser*?

El espíritu se limitó á bajar la mano en dirección á una losa próximos á la cual se hallaban.

—Cuando los hombres se comprometen á ejecutar algunas resoluciones, por ellas pueden conocer el resultado de las mismas; pero si las abandonan, el resultado puede ser otro. ¿Sucede lo mismo en los espectáculos que representais á mi vista?

El mismo silencio. Scrooge se arrastró hacia la tumba poseído de espanto, y siguiendo la dirección del dedo del fantasma leyó sobre la piedra de una sepultura abandonada:

EBENEZER SCROOGE

—¿Soy yo, el hombre á quien he contemplado en su lecho de muerte? preguntó cayendo de rodillas.

El espíritu señaló alternativamente á él y á la tumba; á la tumba y á él.

—No, espíritu: no, no.

El espíritu continuó inflexible.

—Espíritu, gritó, agarrándose á la vestidura; escúchame. Ya no soy el hombre que era, y no seré el hombre que hubiera sido, á no tener la dicha de que me visitárais. ¿Para qué me habeis enseñado esto si no hay ninguna esperanza?

Por primera vez la mano hizo un movimiento.

—Buen espíritu, continuó Scrooge siempre arrodillado y con la cara en tierra; interceded por mí; tened piedad de mí. Aseguradme que puedo cambiar esas imágenes que me habeis mostrado, mudando de vida.

La mano se agitó haciendo un ademán de benevolencia.

—Celebraré la Navidad en el fondo de mi corazón, y me esforzaré en conservar su culto todo el año. Viviré en el pasado, en el presente y el porvenir: siempre estarán presentes en mi memoria los tres espíritus y no olvidaré sus lecciones. ¡Oh! Decidme que puedo borrar la inscripción de esta piedra.

Y en su angustia cogió la mano de aparecido, quien quiso retirarla, pero no pudo al pronto por el vigoroso apretón de Scrooge: al fin, como más fuerte, se desasó.

Alzando las manos en actitud de súplica para que cambiase la suerte que le aguardaba, Scrooge notó una alteración en la vestidura encapuchada del espíritu, el cual disminuyendo de estatura, se desvaneció en sí mismo, trocándose en una columna de cama.

1. [↑](#) Alusión á la costumbre que hay en algunos partes de Europa de honrar los fallecimientos en banquetes, más ó menos espléndidos, segun los medios de la familia.

QUINTA ESTROFA

Conclusion.

Y era una columna de cama.

Sí, y de su cama. Y mas aún; estaba en su cuarto. El mañana era suyo y podía enmendarse.

—Quiero vivir en lo pasado, en el presente y en el porvenir, repitió Scrooge, echándose fuera de la cama. Las lecciones de los tres espíritus permanecerán grabadas en mi memoria. ¡Oh Jacobo Marley! ¡Benditos sean el cielo y la tierra por sus beneficios! Lo digo de rodillas, mi viejo Marley; sí, de rodillas.

Y se encontraba tan animado, tan enardecido con sus buenos propósitos, que su voz, ya cascada, apenas bastaba para expresar el sentimiento que se los infundía. De tanto sollozar en su lucha con el espíritu, las lágrimas inundaban su rostro.

—No los han arrancado, no, decía Scrooge abrazándose á los cortinajes del lecho; no: ni los anillos. Están aquí. Las imágenes de las cosas que hubieron podido suceder, pueden también desvanecerse; se disiparán; ya lo sé.

Sin embargo no acertaba á vestirse. Se ponía al revés las prendas, volviéndolas en todos sentidos, sin atinar; en su turbación rompía las calcetas y las dejaba caer, haciéndolas cómplices de toda suerte de extravagancias.

—No sé lo que me hago, exclamó riendo y llorando á la vez, y representando con su apostura y sus calcetas el grupo del Laocoonte antiguo y sus serpientes. Noto en mí la ligereza de una pluma; que soy felicísimo como los ángeles, alegre como un estudiante y aturdido como un hombre ébrio. ¡Felices Pascuas á todo el mundo! ¡Bueno, dichoso año para todos! Hola, eh, eh, hola.

Y dando saltos se dirigió desde la alcoba hasta el salón, hasta que le faltó el aliento.

—Hé ahí el perolillo con el cocimiento de avena, exclamó volviendo á los saltos delante de la chimenea. Hé ahí la ventana por donde ha entrado el espíritu de Marley. Hé ahí el rincón donde se ha sentado el espíritu de la Navidad actual. Hé ahí la ventana desde donde he visto las almas en pena. Todo está en su sitio: todo ha sucedido.... Já, já, já.

Y á la verdad que para un hombre tan desacostumbrado á ella, la risa tenía mucho de magnífica, de esplendorosa: era una risa productora de mu-

chas y muchas generaciones de estrepitosas risas.

—No sé á qué día del mes estamos, continuó Scrooge. No sé cuánto tiempo he permanecido con los espíritus. No sé nada; estoy como un niño. Pero no me importa. Desearia serlo, sí; un niño. Eh, hola, upa, hola.

El alegre repiqueteo de las campanas de las iglesias le sorprendió en medio de sus arrebatos.

—¡Oh! hermoso, hermoso.

Fué á la ventana, la abrió y miró hácia la atmósfera. Nada de niebla.

Un frio vivo y penetrante; uno de esos frios que alegran y entonan; uno de esos frios que hacen circular la sangre en las venas con desusada rapidez; un sol de oro; un cielo brillante. ¡Hermoso, hermoso!

—¿En qué día estamos? preguntó Scrooge á un jovencillo muy bien puesto, y que se habia parado sin duda para contemplar á Scrooge.

—¿Eh? preguntó el jovencillo admirado.

—¿Que en qué día estamos?

—¿Hoy? Pues en el primero de Navidad.

—¡El primer día de Navidad! ¡Luego no faltó á él! Los espíritus lo han hecho todo en una noche. Pueden hacer lo que se les antoje. ¡Quién lo duda! Eh, joven.

—¿Qué hay?

—¿Sabes la tienda del comerciante de volatería que está en la esquina de la segunda calle?

—Sí, por cierto.

—Hé ahí un chico muy inteligente; un joven notable. ¿Sabes si han vendido la hermosa pava que tenían ayer de muestra? No la pequeña, la grande.

—¿La que es casi tan grande como yo?

—Cuidado que es encantador ese joven. Da gusto hablar con él. Sí, esa.

—Todavía está.

—Entonces vé a buscarla.

—¡Qué chusco es el hombre!

—No; hablo formalmente. Vé á comprarla, y dí que me la traigan: yo les daré las señas de la casa adonde han de llevarla. Ven con el mozo y te daré un chelin. Mira: si vienes antes de cinco minutos, te daré más.

Y el jovencillo salió como un rayo. No habría arquero que despidiese con tanta rapidez la saeta.

—La enviaré á casa de Bob Cratchit, dijo Scrooge frotándose las manos y riendo. No sabrá quién la remite. Es dos veces más grande que Tiny. Estoy

seguro que agradará la broma.

Escribió las señas con mano no muy firme, pero las escribió como le fué posible y bajó á abrir la puerta de la calle para recibir al mozo portador. Mientras se encontraba allí aguardando, fijó sus miradas en el aldabon.

—Te querré siempre, dijo acariciándole con la mano. ¡Y yo que nunca reparaba! Ya lo creo. ¡Qué expresion de honradez en la fisonomía! ¡Ah, excelente aldabon! Pero ya tenemos aquí la pava. Hola, hola. ¿Qué tal estais? Felices Pascuas.

¿Era aquello una pava? no, no es posible que hubiera podido sostenerse jamás sobre las patas semejante ave; las hubiera tronchado en menos de dos minutos como si fueran barras de lacre.

—Ahora caigo en la cuenta, dijo Scrooge. No podeis llevarla tan lejos sin tomar un simon.

La risa con que pronunció estas palabras, la risa con que acompañó el pago del ave la risa con la que dió el dinero para el coche, y la risa con que, además gratificó al jovencillo, no fué sobrepujada más que por la estrepitosa risa con que se sentó en su sillón sin fuerzas, sin aliento.

No pudo afeitarse con facilidad, porque su mano continuaba temblando, y esta operacion exige gran cuidado, aunque no se ponga uno precisamente á bailar al ejecutarla. Sin embargo, aunque se hubiese cortado la punta de la nariz, con ponerse un pedazo de tafetan inglés, hubiera salido del paso sin perder por eso su buen humor.

Se vistió con todo lo mejor que tenía, y una vez hecho, salió á pasear por las calles. Estaban henchidas de gentes, como cuando las vió en compañía del espíritu de la Navidad actual. Iba andando con las manos atrás, y mirando á todos con aire de satisfecho. Denotaba su aspecto tan grande simpatía, que tres ó cuatro jóvenes alegres no pudieron menos de decirle: «Muy buenos dias caballero, felices Páscuas.» Scrooge afirmaba despues que de todos los sonos agradables que habia oido, éste le pareció sin género de duda el que más.

Al poco rato divisó al caballero de fisonomía distinguida, que habia estado á verle la noche anterior, á verle en su despacho, preguntándole:

«¿Scrooge y Marley?» A su vista experimentó un dolor penetrante en el corazón, pensando en la mirada que iba á dirigirle aquel caballero cuando lo viera; mas pronto comprendió lo que debia hacer, y apresurando el paso para estrechar la mano de aquel caballero, le dijo:

— Señor mio ¿cómo estais? Espero que habreis obtenido un magnífico resultado ayer. Es una tarea que os honra. Felices Pascuas.

— ¿Mr. Scrooge?

— Sí señor, es mi nombre. Me temo que no suene muy agradablemente en vuestros oídos. Permitidme que me disculpe. ¿Tendríais la bondad...? (Entonces Scrooge le dijo unas palabras al oído.)

— ¡Dios mio! ¿Es posible? exclamó el caballero atónito. Sr. Scrooge ¿hablais formalmente?

— No lo dudeis, ni un octavo menos. No hago más que pagar lo atrasado: os lo aseguro. ¿Quereis hacerme ese favor?

— Señor, replicó el caballero apretándole la mano cordialmente: no sé como ensalzar tanta munifi...

— Ni una palabra más, se lo suplico, interrumpió Scrooge. Venid á verme. ¿Quereis venir a verme?

— Ciertamente, exclamó el caballero.

A no dudarlo era su intención, se conocia en su aspecto y en el tono de voz.

— Gracias, dijo Scrooge, os estoy muy reconocido y os doy miles de gracias. Adios.

Entró en la iglesia, recorrió las calles, examinó las gentes que iban y venian presurosas, dió cariñosos golpecitos á los niños en la cabeza, preguntó á los mendigos acerca de sus necesidades; miró curiosamente á las cocinas de las casas y después á los balcones: todo cuanto veia le causaba placer. Nunca hubiera creído que un sencillo paseo, una cosa de nada, le reportara tanta dicha. Despues de medio dia se dirigió á casa de su sobrino.

Pasó y repasó varias veces por delante de la puerta antes de decidirse á entrar. Por fin se resolvió y llamó.

— ¿Está el señor en casa, hermosa jóven? preguntó Scrooge á la criada. Pues señor, es una real hembra.

— Sí, señor.

— ¿Dónde se halla, prenda?

— En el comedor, con la señora. Si quereis os conduciré.

— Gracias: me conoce, repuso Scrooge acercándose á la puerta del comedor: voy á entrar.

Abrió el picaporte suavemente y asomó la cabeza por la puerta. La pareja estaba entonces inspeccionando la mesa (dispuesta para una gran comida),

porque los jóvenes recién casados son muy quisquillosos acerca de la elegancia en el servicio; quieren cerciorarse de que todo va como corresponde.

—Federico, dijo Scrooge.

¡Dios del cielo! ¡Qué temblor la entró a su sobrina! Scrooge había olvidado, en aquel momento, cómo se hallaba pocas horas su sobrina sentada en un rincón y con los pies en un taburete, si no no hubiera entrado de aquel modo: no se hubiera atrevido.

—¿Quién anda ahí? preguntó Federico.

—Soy yo, tu tío Scrooge, vengo á comer: ¿Me permites que entre?

—¡Que si se lo permitía! A poco más le descoyunta el brazo para hacerle entrar. A los cinco minutos ya estaba Scrooge como en su casa. El recibimiento del sobrino fué cordialísimo; la sobrina imitó el ejemplo, así como Topper cuando llegó, la regordetilla cuando entró y los restantes convidados cuando entraron. ¡Qué admirables compañía! ¡Qué admirables juegos! ¡Qué admirable unanimidad! ¡Qué ad...mi...ra...ble dicha!

Al día siguiente Scrooge se fué temprano á su almacén; muy temprano. ¡Si pudiera llegar antes que Bob Cratchit y sorprenderle en falta de tardanza! Era lo que le tenía preocupado más agradablemente.

Y lo consiguió: sí, tuvo ese placer. El reloj dió las nueve y Bob no aparecía. Nueve y cuarto y tampoco. Bob llegó con dieciocho minutos y medio de retraso. Scrooge estaba sentado y tenía la puerta de su despacho de par en par, para ver á Bob cuando se deslizara hasta su cuchitril.

Antes de abrirlo Bob se había quitado el sombrero, después el tapaboca y en un abrir y cerrar de ojos se instaló en su banqueta y se puso á manejar la pluma como si quisiera reintegrarse del tiempo perdido.

—Hola, refunfuñó Scrooge imitando lo mejor que pudo su tono habitual: ¿qué significa eso de venir tan tarde?

—Lo siento mucho señor Scrooge. He venido algo tarde.

—¿Tarde? Ya lo creo. Aproxímaos si gustais.

—No sucede más que una vez al año, señor Scrooge, dijo tímidamente Bob saliendo de su cuchitril. No me sucederá otra vez. Ayer me divertí un poco.

—Muy bien, pero os declaro, amigo, que no puedo consentir que las cosas sigan así mucho tiempo. En su virtud, dijo, levantándose de la banqueta y dando un terrible empujón á Bob, que casi lo hizo caer; en su virtud os aumento el sueldo.

Bob tembló y puso mano a la regla de la bufete.

Al principio tuvo el propósito de sacudir á su principal, de cogerle por el cuello y de pedir socorro á los transeúntes para que le pusieran una camisa de fuerza.

—Felices Pascuas, Bob, dijo Scrooge con aire muy formal y dándole golpecitos en la espalda, de modo que el favorecido ya no tuvo dudas. Felices Pascuas, Bob, mi honrado compañero; tanto más felices cuanto que nunca os las he deseado. Voy á aumentaros el sueldo y á proteger á vuestra laboriosa familia. Hoy, después de medio día discutiremos acerca de nuestros negocios delante de un vaso de ponche. Encended las dos chimeneas, y antes de que empecéis vuestro trabajo id á comprar una espuerta nueva para el carbón.

Scrooge cumplió todo lo que había prometido, pero aun hizo más, mucho más que cumplirlo.

Para Tiny, que no murió, fué como un segundo padre.

Se hizo tan buen amigo, tan buen amo, tan buen hombre, como el que más podia serlo en la vieja City ó en otro cualquiera punto. Algunas personas se rieron de esta transformacion, pero él no se cuidó de ello, porque sabia perfectamente que en este mundo no ha sucedido nada de bueno que al principio no haya causado la risa de ciertas gentes. Puesto que tal clase de personas han de ser ciegas necesariamente, vale más que su enfermedad se manifieste por las muecas que hacen á fuerza de reir, que no de otra manera menos agradable. El tambien se reía, y en esto paraba toda su venganza.

Con los espíritus no tuvo más trato, pero sí mucho con los hombres. Se cuidaba de sus amigos y de su familia, y durante el año no hacia más que disponerse para celebrar la Navidad, en lo que nadie le ganaba. Todo el mundo le hacia esta justicia.

Hagamos por que digan lo mismo de vosotros y de mí, de todos nosotros y exclamemos como Tiny.

¡Que Dios nos bendiga!



LA FORTUNA DE UN ESTUDIANTE

POR

CARLOS DICKENS

I

Aunque se ha hablado mucho de la sobriedad de los estómagos lacedemonios, de seguro que no hubieran podido resistir el sistema de alimentación á que nos sujetaba el respetable doctor Glumpler en su colegio; de seguro que se hubieran insurreccionado.

Los vencedores de los persas requerían una comida, algo más nutritiva que los resíduos de grasa que se desprendían de los huesos de ternera con que nos obsequiaba el doctor; y por otra parte, si Jerges se hubiera limitado á alimentar á sus innumerables huestes con un poco de arroz hervido, como no sucedía á nosotros, los vasallos que en sus extensos dominios contaba, no lo hubieran ensalzado hasta considerarle como un Dios.

Sin embargo, importa decir que bajo este punto de vista el colegio del doctor Glumpler no se diferenciaba de otros muchos colegios, en donde los escolares de mi tiempo, hijos todos de muy buenas casas, seguían sus estudios, pero muriéndose de hambre. Es verdad que con lo que nos daban teníamos, á no dudarlo, lo suficiente para vivir, mas en comerlo estaba la dificultad. La comida, que nada tenía de buena al comienzo de la semana, al final de ésta se hacía irresistible; de modo que cuando llegaba el domingo, nos parecíamos á un grupo de jóvenes viajeros perdidos en las soledades del mar á quienes salva de una muerte próxima el feliz encuentro de un buque cargado de *rosbeaf* y de *pudding*: este buque era para nosotros lo que llamábamos la *banasta* de *Hannah*.

Hannah nos lavaba la ropa, y el sábado por la tarde, después de la entrega de las prendas, iba invariablemente al jardín y allí, descubriendo su providencial banasta, sacaba á la luz una infinidad de golosinas que nos parecían excelentes; por su calidad y por lo módico de su precio.

Entonces no se había llegado, como ahora, á tanta elegancia ni á tanto refinamiento en el servicio de las mesas. Un alumno que se hubiese permitido el uso de un tenedor de plata, hubiera sido considerado como un ser estrambótico, y en cuanto á la cuchara y seis servilletas que segun los reglamentos del colegio *Glumpler* debían formar parte inexcusable de una buena educación clásica, la primera quedaba almacenada en una especie de depósito,

donde la señora Glumper tenia todos los despojos de sus imberbes colegiales, así como juguetes prohibidos, libros confiscados y demás, y las servilletas iban destinadas al servicio de todos sin distincion, en aquella república comunista, hasta que no quedaba de ellas nada: en definitiva no teníamos por qué hablar contra la tenedores de hierro, pues de otra manera hubiera sido imposible hacer presa la carne con otro metal menos duro.

La comida de los lunes se reducía á un guisado de ternera, á pedazo por persona, y aunque no estaba prohibido pedir otro, esta solicitud era acogida con tan mal disimulada contrariedad, que nos llegamos á contentar con uno solo. Como justa compensacion de nuestra discreta conducta, recibíamos al siguiente día, los trozos que habían sobrado en el anterior, pero frios y contraídos, ligeramente recubiertos de sangre y bajo una montaña de coles mal cortadas, aunque sobremanera interesantes para hacer un estudio de insectos, en vista de las muchas orugas que, en ordenadas filas mostraban sus cadáveres color verde claro en círculo de los platos.

Tres veces por semana se nos servia arroz hervido, alimento que por una reunion de infelices coincidencia, no he podido tragar desde mis primeros años. Mas no era esto solo. La gran mortificacion de nuestros estómagos se quedaba para el sábado, cuando nos ponian delante lo que fastuosa y calumniosamente llamaban pastel de beefsteack.

Un alma bien atravesada debia ser la del buey que se vanagloriase de reclamar como de su pertenencia aquel producto. En mi concepto, la composicion de aquel comistraje, tenia tanta carne de buey, como de unicornio el *puré* de guisantes. Respecto al verdadero origen de aquella carne, corrian las noticias más singulares, lo cual demostraba lo difícil y peliagudo de la disquisicion. Segun los recuerdos y memorias antiguas del colegio, en el consabido pastel se habian encontrado elementos más inconexos y más absurdos, así es que los discípulos, amedrentados, apartaban de sí aquellas sustancias que por su aspecto y su sabor no tenian ninguna relacion con la raza bovina, prefiriendo ¡tan poco mérito les concedian! pasar hambre que comer el pastel.

Mas prescindiendo del elemento principal y constitutivo del plato, habia otros con respecto á los cuales sabíamos á qué atenernos, por más que no formaran parte de ninguna receta culinaria.

Sholto Shillito, por ejemplo, que era un tragon de primer orden, embauló un dia valientemente la parte que le habia tocado, pero tuvo que separar antes con mucha pulcritud tres dedo y un pedazo de pulgar de guante viejo.

Durante las primeras semanas de cada semestre, esto es, mientras nos duraba el dinero recogido en nuestras casas, podíamos, merced á la banasta de Hannag, remediarnos en algo; pero en cuanto se acababa el dinero, el hambre se enseñoreaba de nosotros.

Los jóvenes actuales preguntarán, á no dudarlo, por qué no nos atrevíamos á formular una reclamacion respetuosa, pero ya he dicho que los tiempos eran muy otros, y además los jóvenes del día no han conocido á la señora Glumper, que si bien estaba lejos de ser una fiera y que no se portaba de un modo que contradijese los usos de la civilizacion, era una mujer fria, soberbia, penetrada de su potier, como un elefante que se recrease en hollar cno suavidad el terreno, con sus anchas patas, en demostracion de lo fácil que le seria aniquilaros bajo sus plantas.

Nada tengo que manifestar contra el doctor. Ya en aquel tiempo comprendia yo que era un excelente maestro, y aun ahora, al recordar su carácter, estoy convencido de que era uno de los mejores que se han visto. A la ciencia del sabio unia la sencillez del niño, y mediante ésta se pudo explicar bien el por qué de su matrimonio, segun el público; motivo del todo inocente, porque siendo la señora Glumper, Miss Kittie Winkle, directora de una escuela elemental, el buen doctor, por pura compasion hácia las desventuradas víctimas del yugo tiránico de la miss, se decidió á tomar la escuela á su cuidado, merced á lo que ésta se convirtió en un gran establecimiento de setenta alumnos donde sólo las más niños estaban al cuidado de la señora Glumper.

Llegó un medio semestre en que las cosas se presentaron muy mal para nosotros. Nunca como entonces vimos escasear el dinero, y aunque existia la banasta de Hannah, como ella era demasiado lista para cambiar golosinas por prendas, no nos servia.

Nos reunimos en consejo, y como para tales casos nos juntábamos en el prado donde pacia la vaca del doctor, mansa y reposadamente, la vimos y á su aspecto la indignacion se apoderó de todos.

—¡Robémosle el pienso! gritó una voz chillona, salida de los últimos bancos.

—El distinguido tunante que se halla en los últimos escaños, puede darse por feliz con no estar al alcance de mi mano, dijo Jacobo Rogers que nos presidía y á quien agradaba imprimir una gran importancia y solemnidad á estos consejos. El pienso indicado sólo debe servir para la señora Glimper que podrá dividirlo con su marido, y... no digo más. Por esto la Asamblea

deliberante no puede tomar en consideracion el consejo de ese digno ladron, y creo que debe ser rechazado con el más profundo desprecio.

Aprobado lo dicho por el presidente, todos quedaron en libertad de exponer sus opiniones.

Augusto Halfaere hizo presente que las plumas quemadas son comestibles, y se le olvidó decir que agradables al gusto.

Pongo mi bota izquierda á disposicion de ustedes, dijo Franck Lightfoot, porque la derecha tiene un enorme clavo en la suela, cosa que advierto de paso, á fin de que se sepa, pues la reservo para la última extremidad.

—Si nos comemos los zapatos será como comernos el pastel de beefsteak; pero no estamos para bromas. ¿Quién propone algo?

—Aun tenemos á mano á Murell Robinson, dijo Shillito con aire tan feroz, que el aludido, niño de ocho años, novato y por lo mismo sonrosado y gordo aún, se llenó de terror.

—Sí, sí, dijo el presidente reflexionando; sería un gran golpe político. Si la señora Glumper perdiese uno ó dos discípulos, por lo que acaba de indicar el ilustre orador de pantalon manchado de tinta, tal vez le entrase la compasion. Con todo, lo propuesto por mi estimable colega, me ha inspirado una idea que nos puede producir el mismo resultado sin las dificultades que envuelve: que se escape uno de nosotros y propale las causas.

La proposicion fué aceptada; pero ¿quién sería el fugitivo? Porque de serlo furtivamente era como renunciar á la causa paterna. Todos se miraron: ninguno se ofreció al sacrificio.

El presidente los miró con severidad.

—Todos sabeis, exceptuando los nuevos, que en la antigüedad muchos se sacrificaron por el bienestar público generosamente. ¿Faltará un corazon magnánimo entre setenta estómagos desfallecidos? Me parece que Shillito, hambriento como se halla, no titubeará.

El interpelado, llamando encarecidamente al cielo en su ayuda, protestó contra la eleccion.

—Percival Pobjoy, continuó el presidente, la fortuna no os sonrío, sois un pobrete sin un cuarto ni medio. Estais empeñado lo menos para un mes; en el peor predicamento con la señora Glumper, y sin aficion de ninguna clase al arroz ni á la col. Percival, ilustre jóven; tres egregias mujeres cuyos nombres figuran en vuestro diccionario histórico, os enseñan que debeis rendir este servicio á la república.

Pobjoy, protestando de su cortesía hácia dichas señoras cuyo nombre era inútil saber, repuso que tenía una abuela á quien adoraba más que á aquellas, y que por eso no podia tomar sobre sí el honor con que se le brindaba.

—Entonces, añadió el presidente con aire de satisfaccion, cual si hubiese encontrado lo que deseaba, me dirijo al distinguido miembro que se halla sobre el maceton; él, vencedor del hijo del hortelano, es el señalado: á Joles le toca.

Pero Joles, no encontrando relacion alguna entre su victoria y su fuga, contestó que sólo estando loco adoptaría semejante determinacion.

Otros padres conscriptos á quienes se habló, alegaron razones tan poco demostrativas como las anteriores, y ya se vió claro que no habia más que acudir á la suerte, y así se hizo despuse de haber pronunciado diferentes discursos. Se acordó que el indicado por la suerte, se escaparía al siguiente dia, y despues de verse en seguridad lo participaria á sus compañeros, ó mejor aún, a su familia, diciendo que lo habia hecho por no morir de hambre.

Se le marcó un plazo de una semana para que intentase un llamamiento enternecedor á su familia, declarando lo que pasaba en el colegio. Si esto produce afecto, añadió el presidente, tanto mejor; y de lo contrario, al espiar el término fatal, el compañero designado huirá.

Procedióse solemnemente al sorteo. Nuestros nombres, excepto los de los alumnos de la última clase, fueron escritos en papeles y éstos echados en un sombrero. Algunos querian eliminar el de nuestro presidente, el más antiguo de la escuela, jóven de 17 años, y próximo á salir, y dispuesto á padecer al frente de nosotros toda el hambre del mundo; pero se negó valientemente, despreciando la indicacion como un insulto y puso su nombre en el sombrero. Todos le imitamos. Se convino en que el primer papel que cayese al suelo, despues de agitar el sombrero, zanjaria el asunto. Dos revolotearon por el aire, pero uno de ellos no se contó, por haber caido sobre la manga del alumno que agitaba el sombrero; el otro cayó al suelo y nadie se levantaba á cogerlo: parecia que todos habian aguardado á aquel momento para calcular las consecuencias de la escapatoria.

Confieso que sentí una emocion grandísima cuando Rogers se bajó á coger el papel, pero de seguida se me agolpó toda la sangre á la cabeza cuando oí que leía pesadamente: *Carlos Stuart Trelacony*.

—No lo tomeis á broma, exclamó riéndose. Espero que no os acobardareis. Escribid , continuó gravemente, y si quereis creerme dirigid la carta á

vuestro padre. Tratad el asunto con formalidad y vereis cómo interviene vuestra madre.

Y escribí:

«Querido papá: Me figuro que todos seguireis buenos, cosa que conmigo no ocurre. Ya sabéis que no soy comilón, ni tan tonto que me figure que en el colegio me han de dar tantas golosinas como en casa. Así pues dispensadme, si *forzado* por las circunstancias, os declaro que no podemos comer lo que la señora Glumper llama *nuestra parte*, que como se compone de agua y pan seco, nos hace morir de hambre. Vuestro respetuoso hijo S. A. Trelacony.—P.D. Si huís de hablarle de esto á la señora Glumper, hazme el favor de decirle á mamá y á Ana, dándoles á la vez mis recuerdos, que me envíen un pan bien cosido y á ser posible con mucha corteza para que dure toda la semana. Sr. Teniente general Trelacony C.B.K.H. Peurhyn-Court.»

Esta carta me parecía que revistía un carácter oficial bien marcado, así es que esperé sus efectos con alguna ansiedad. ¡Si mi padre adivinase lo que resultaría de su decisión!

Debe, pensaba yo, dar crédito á mis palabras, porque no lo ha visto nunca y sabe que positivamente no soy tragon.

Creo que al cuarto día de estas dudas, me entregaron, durante las horas de descanso una gran cesta que venía escoltada por gran número de estudiantes. La tal cesta contenía en su cavidad, porque aunque grande tenía una cavidad limitada, un pastel de beefsteak, pero de verdadera carne de ternera con huevos duros y otros alicientes; una sorprendente coleccion de golosinas; un monumental *volteado*, llamado así porque un niño dando cien vueltas en torno del pastel no sabia decir cuál de los lados era el más apetitoso; si el de azúcar ó el de la manteca, y por último, una empanada que por su fenomenal tamaño no vacilo en decir que me asustó.

Carta ninguna, pero las señales eran buenas: los embajadores aquellos decian elocuentemente que no se queria dejarnos morir de hambre. Como á nadie se le ocurrió la idea de guardar los presentes, se echaron suertes y un grupo de diez escolares, del que formábamos parte Rogers y yo, por mi carácter de anfitrión, acabó muy luego con el contenido de la cesta.

A los días buenos sucedieron los malos. La comida no mejoró nada absolutamente. El aspecto de la señora Glumper indicaba algo que Rogers, conocedor profundo de la naturaleza humana, explicó favorablemente, en el sentido de resistirse á las dispendiosas exigencias que se le imponían.

¡Ah! Rogers se equivocaba. La alimentación no varió. Hasta mucho tiempo después no supe las cartas oficiales que habían mediado con ocasión de la mía. Mi madre, por ocupaciones de mi padre, había escrito la siguiente: «La señora Carolina Trelaony, a la señora Glumper. Estimada señora: confío en que la adjunta cesta para mi hijo no os chocará, Carlos crece mucho, de tal modo, que a su padre le ha llamado la atención, porque teme que la salud de nuestro hijo se resienta. Bien sabéis lo que es esto y la necesidad de que los niños se alimenten bien, en cuyo caso está mi hijo, y aunque no es muy comilón, deseo obsequiarle, convencida de que no os ofenderéis, interesada por salud tanto como yo. Mis recuerdos al doctor Glumper. Vuestra etc.

«La señora Glumper, a la señora Trelaony. Querida amiga: no puedo contestar mejor a vuestra atenta carta que manifestándoos que el doctor Glumper, yo, nuestra familia y los demás profesores (excepto el señor Legourmet, que desea comer en su casa), todos comemos en compañía de nuestros discípulos, los cuales, en mi concepto no pueden quejarse ni de la parquedad ni del condimento de los manjares: Recibid etc.»

Desgraciadamente había algo de verdad en esto, que pudiera tranquilizar a las dos señoras. Los profesores comían con nosotros, pero los primeros y apartándose los mejores trozos y alicientes. El doctor, bondadoso como lo era, se sometía sin murmurar a las disposiciones de su mujer.

Cuando ví disipada toda esperanza de que nuestros males tuvieran remedio, me pareció que no había más recurso que proceder a mi evasión, porque nadie se había olvidado de esto y todos me daban bromas acerca de ella; tanto que Percival, mi deudor en 18 peniques desde inmemorial, los pidió prestados para devolvérmelos, y otro compañero con quien reñí solicitó mi perdón, y todo porque aguardaban mi escapatoria.

El temible sábado llegó. No quedaban más que una comida, último aplazamiento otorgado a la señora Glumper y a mí.

—Si hoy nos da una comida tolerable, dijo Rogers, te juro por Júpiter que renunciarás a tus proyectos.

También salimos chasqueados. Hubo abundante arroz, muy abundante, para que no probáramos del siguiente plato, y después del arroz el horripilante pastel de aspecto pretencioso, como el de los charlatanes, pastel que contrastaba extraordinariamente con el de mi madre.

Mientras mis compañeros se entregaban a las minuciosas pesquisas acostumbradas, la señora Glumper gritó con campanuda voz:

—El señor Trelacony no probará nada hasta que se haya comido hasta el último grano de arroz.

Se oyeron risas comprimidas, pero yo me mantuve inflexible, y así terminó mi última comida en el colegio Glumper.

—Lo deploro por vos, me dijo Rogers.

—Y yo, contesté sonriendo, por...

—Pensaba en mi madre, pero no me atreví á declararlo y callé.

—Por lo que pueda ser, voy á consultar al consejo.

—A poco estaba reunida la asamblea. Rogers habló con su acostumbrada elocuencia, diciendo que no podía haber sido confiada á persona más digna la suerte del colegio; que era un acontecimiento tal, que todos los ojos en Glumper-House: después me preguntó de cuánto dinero disponía, y le contesté llanamente:

—Dieciocho peniques.

—Precisamente esa cantidad ha sido base de considerables fortunas, observó Rogers enfáticamente. *Comenzó á trabajar con media corona: ó, los principios de este gran ciudadano fueron de los más humildes, con dos chelines y seis peniques llegó á hacer un capital de dos millones de libras.*

Hice presente á Rogers que no me encontraba en posesion de la cantidad que se suponía como principio de una fortuna.

—Es verdad, pero la tendreis. Aquí van seis peniques; y si, como confío, os haceis rico, acordaos de vuestro antiguo compañero Rogers, y regaladle una pierna de ciervo cogido en cualquiera de vuestras posesiones, por ejemplo, la de Escocia. ¿Quién se suscribe á favor de Trelacony?

A pesar de que el dinero no abundaba, mis compañeros reunieron generosamente nueve chelines y seis peniques. Las palabras de Rogers me habian enardecido: me encontraba dispuesto á imitar los ejemplos por él citados. Dí las gracias más expresivas á mis condiscípulos, y considerando que segun lo manifestado, en media corona existia una encanto mágico que debía proporcionarme una fortuna, no quise aceptar más. Reuní todos mis vestidos y efectos y traté de llevarme una macera de judías que me gustaba mucho, pero Rogers se opuso á ello, porque no sabia de ningun dichoso aventurero que se hubiese hecho rico con media corona y una maceta de judías. El argumento me convenció, y así sólo pensé en la manera de fugarme, hecho que cumplí muy fácilmente por una parte del jardin, invisible desde la casa, y ayudado por el vigilante mismo que debía haberme denunciado, como á cualquiera que se dirigiera á aquel lado.

—Mañana mismo, dijo Rogers, escribireis la carta desde... desde... desde donde sea. ¿No es cierto?

—Sí, contesté; pues no faltaba más, y salté afuera.

II.

Con sólo esto había pasado mi Rubicon, pero declaro que hasta que me encontré en el campo de Mr. Tur Vitt, no me tuve por un fugitivo; esto no me acobardó ni me hizo retroceder, ni concebir la idea de refugiarme bajo el techo paterno. Sentí dolor en el corazón al pensar en el disgusto de mis padres, pero me tranquilicé considerando que los calmaría con una carta, y como no era prudente permanecer allí me puse en marcha.

Glumper House estaba situado en la parte Norte de Lóndres, próximo al barrio de las grandes fortunas. Dirigí mis pasos hácia donde me figuraba que debía estar la Cité, y meditando acerca de mi albergue para aquella noche, recordé á un antiguo amigo del Colegio, Felipe Concanen, del cual se conservaba memoria entre nosotros, y que á la sazón residía en Chelsea, á unas siete millas. Confiando en un buen consejo suyo y en que me guardaría el secreto fuí á verle.

Estaba asociado con su padre y su tío, ricos cerveceros. Al entrar en la gran fábrica que explotaban, me halló con que mi amigo dirigía por entonces en jefe el establecimiento, *Concanen*, hermano y *Concanen*. Recibí de él una favorable acogida y oyó mi relato con la mayor benevolencia, pero al mismo tiempo con mucha formalidad. La fabricacion de la cerveza había hecho de él una persona grave y seria, al revés de lo que sucede con el manejo de la harina, que crea personas muy sentimentales y románticas.

Felipe desaprobó lo hecho, severamente, así como las ilusiones de Rogers; sobre todo que la media corona fuese camino seguro para la fortuna, y me aconsejó que renunciase á mis proyectos y que me sometiera á mi familia; pero como yo, poseído de la mayor entereza, me negué á ello, tuvo que ceder y trazamos el siguiente plan. Una vieja criada llamada Siwgsby quedó enterada en parte de mi secreto, y me arregló una habitacion para que la ocupase hasta el lunes por la mañana, sin que nadie supiese de mi; tenía salida al callejón de los Judios. En ella viviría hasta que encontrase manera de *hacerme hombre*, pero si se sospechaba algo yo saldria de allí para no comprometer á mi amigo. Para la criada era yo sobrino de Mr. Thislewood, comprometido en una terrible conspiracion descubierta en Cato Street. Hecho esto escribí lo siguiente á mis padres.

«Querido padre: Me alegraré de que esteis buenos. En cuando se acabó el pastel y los demás adminículos que nos enviásteis tan amablemente, el hambre comenzó de nuevo con el arroz, la col, las orugas y el pastel de beefsteak. Yo esperaba que escribiríais á la señora Glumper, pero sospecho que no habeis tenido valor. Congregados todos los condiscípulos, hemos resuelto huir unos despues de otros, hasta que mejoren los alimentos, y á mi me ha tocado la suerte de ser el primero. Creo que aprobareis mi fuga, pues os he oido decir á propósito del capitan Shurker que no es digno retroceder. Llevo un traje completo, alguna ropa blanca, la Biblia, mi cuaderno de traducciones altinas, y el dinero bastante para dar principio á mi fortuna; conozco el camino que he emprendido... ó por mejor decir lo conoceré mañana, y espero que no os incomodareis. Abrazo á mamá y á Ana. Vuestro hijo que os quiere, S. Trelacony.»

Mi amigo me condujo por un sombrío corredor hasta la portezuela de escape, y dándome la llave, me advirtió que todos los dias se presentaria á hablar connigo, á traerme la cena y á saber si habia encontrado modo de hacerme hombre. Salí al callejon de los Judios, é irguiendo la cabeza reflexioné valientemente que ni me pertenecia ni pertenecia á nadie: me pareció que con esto solo tenía bastante para salir del atolladero.

¿Cómo empiezan casi todos? Por una dichosa casualidad. Un hijo de buena familia que se cae del caballo y á quien se socorre. Una cartera con valores importantes que se pierde y que se puede devolver. Pero la fortuna no se repite. En mi niñez habia leido que un grande tuvo su principio en una barbería. ¿En dónde tropezar con mi barbero?

SE NECESITA UN MUCHACHO.

Este anuncio colocado en el cristal de una tienda era como la respuesta á mi pregunta, sólo que en la tienda se vendian patas de cerdo. Sin embargo entré.

—¿Qué os ocurre caballerito? me dijo el dueño, hombre robusto, de delantal blanco y de cuchillo en mano.

—¿No es aquí donde hace falta un muchacho?

El hombre me miró de piés á cabeza.

—Efectivamente, pero no necesitábamos mas que seis apendices y el marqués del Alfeñique acaba de reclamar la plaza vacante para su hijo, número 17.

—Deseo entrar de aprendiz... dijo tímidamente.

—Escuchadme caballerito: si no quereis comprarme patas de cerdo, tened la bondad de ejercitar las vuestras antes de que me sulfure. ¡Largo de aquí!

—Lo mismo me ocurrió en otros dos sitios. Iba yo demasiado bien vestido para lo que allí se necesitaba. A la noche me aconsejó mi amigo que mirase más alto, donde mi vestido de señorito no fuese un obstáculo para la admision.

El tiempo corria, la vieja Swigsby, que desde su principio recelaba algo, aumentaba sus sospechas, así es que decidí seguir el consejo de mi amigo.

—Valor, me dijo al desearme buenas noches: id al manantial. ¿Sabeis?

Sabeis. Ciertamente que yo no *sabia* con exactitud adonde iba.

—A nuestros grandes banqueros, dijo mi amigo, preguntad siempre por los jefes.

Penetrado del pensamiento de mi amigo, busqué al dia siguiente en el *Almanaque del Comercio* los nombres y señas de los banqueros más famosos y me encaminé á la Cité, donde ví unos cincuenta empleados absorbidos en su trabajo.

Nadie se fijó en mí, y por eso, á lo último, me dirigí á uno de ellos y le dije.

—Perdonadme, pero quisiera hablar á vuestro....

—¿A quién? preguntó con viveza.

—Al principal.

—El Sr. Lesigot se halla ahora en Goldborough Park, me contestó sonriendo con aire chuzon. Si se trata del empréstito otomano, le telegrafiaré y vendrá mañana.

Repuse que nada tenía que ver con el empréstito otomano y que cualquiera de los asociados de la casa sería bueno para mi objeto.

El empleado se inclinó; habló al oido del otro, y éste, rogándome que le acompañase, me guió, á través de un sin fin de mesas, á donde estaba un caballero anciano leyendo un periódico.

—¿Qué quereis, hijo mio? me preguntó.

—Perdonad, contestó algo aturdido ¿pero si necesitábais un muchacho de confianza?

Al empleado le costó trabajo reprimir una carcajada, pero el anciano la contuvo y añadió.

—¿Quién os manda, hijo mio, y qué quereis decir?

Animado por su bondad, le dije francamente que habia ido allí por mi cuenta; que queria trabajar y hacerme rico; que no estaba bien con mis padres, por cuyo motivo ocultaba la residencia de éstos, y que en caso de necesidad estaba dispuesto, para acreditar mi honradez y responder de mi inexperiencia, á depositar una suma.

—¿Y á cuánto asciende?

—A dos chelines y seis peniques.

Advertí que se le habia ocurrido una idea, porque me hizo volver cara á la ventana y me miró fijamente.

Me lo figuraba, murmuró. Sabed, me dijo en alto, que yo no puedo contraer semejantes responsabilidades sin consultar con mis asociados. Aguardadme en esa antesala, que os contestaré pronto.

En la antesala vi á un muchacho que me brindó con pan y queso, pero no acepté. La conducta del banquero se me habia hecho sospechosa, á pesar de su amabilidad.

—Quién es ese anciano que necesita consultar con sus asociados, pregunté al muchacho.

—Sir Eduardo Golshore, que vive cerca de Penrhyn.

—¿La residencia del general Thelacony?

—Cabalmente. El general almuerza aquí cuando viene á Londres; y en cuanto á los asociados me choca, porque todos están ausentes.

—Me parece que aquí hace mucho calor, dije casi sin aliento. Voy... voy á dar un paseo y vuelvo en seguida.

Y antes de que el portero me pusiese ningun inconveniente me marché.

Al verme con Concanen, advertí que su fisonomía no me anunciaba nada bueno.

—La vieja Swigsby sospecha. Si no regresais á casa de vuestros padres, teneis que iros á otro lado.

No habia otro remedio. Salí de aquella casa y me instalé en un cuartito próximo á la de mi amigo, para poder vernos con facilidad. Quiso pagarme el hospedaje de una semana, pero cuando le dije que de aceptar su ofrecimiento comprometía mi porvenir, consintió en comprarme algunas prendas y así conservé intacta mi media corona. Y me encontré segunda vez lanzando á la ventura. Nada se me proporcionó: en todas partes me miraban con curiosidad y recelo. Por más que hice no podia aparentar un punto medio entre el hijo de buena familia y un vagabundo.

No quiero describir mi existencia en tan amargos días. Mis esperanzas y mis recursos menguaban. No veía á Felipe ni quería verle por evitarle compromisos; habia renunciado á buscar empleo, y estaba decidido á no volver á mi casa.

Una mañana en que me paseaba desfallecido de hambre, aunque con mis seis peniques en el bolsillo, temeroso de que la vista de una pastelería los hiciese saltar, ví á un anciano judío que no tenía nada de elegante ni de limpio, acurrucado en el primer peldaño de una escalera. ¿Habría muerto ese viejo? dijo el mozo de una taberna al pasar yo.

El anciano judío levantó los desmayados ojos y entonces observé que su rostro no tenía nada de innoble. Me puse á mirarle y ví que era de avanzada edad, que estaba escuálido, hambriento y cubierto de andrajos. Me tendió la mano, aunque sin demandar limosna, y seguí adelante, pero me ocurrió en el acto la idea de si iba á morir.

Los seis peniques me saltaron en el bolsillo. Luché entre darlos al viejo y quedarme como él ó distribuirlos, pero ¿cómo si no tenía cambio que devolverme? ¿Fué una alucinacion ó fué verdad? Me pareció que los seis peniques, saltando en el bolsillo, me habian dado un golpe en el costado reprochándome mi dureza. ¡Mi única esperanza! ¡La base de mi fortuna! Una mirada enérgica me decidió: mis millones pasaron á poder del anciano.

III

No puedo darme cuenta de lo que hice en el resto del dia. Al retirarme extenuado de hambre á mi domicilio, me detuve maquinalmente ante una panadería. Sentí que me tocaban en el hombro: era el judío, pero ¡qué cambiado de aspecto!

—Qué hermosos panes, ¿es verdad? me dijo.

De debilidad no pude contestarle.

—¿Y no tenéis dinero? preguntó admirado.

Hice señal de que no.

—Yo... he gastado vuestra moneda, añadió; pero venid y no desdeñeis mi pobre hospitalidad.

Quedé asombrado y le seguí. El tomó su aspecto de mendigo y cautelosamente me fué llevando hasta una casa situada en una callejuela estrecha y sombría.

—Agarraos á mi vestido, dijo.

Efectivamente aquello estaba tan oscuro que no pude ver á quien nos abrió, pero oí su argentina voz saludándonos, y tras ella subimos á un piso superior.

Entonces ví á la débil luz de una bujía á una joven de quince años, vestida con un amplio traje blanco, única ropa que en la apariencia llevaba, enseñando sus torneados brazos hasta el codo por las anchas mangas, con los negros cabellos encerrados en una redecilla blanca y con los piés descalzos. A pesar de mi desfallecimiento, me quedé admirado. ¿Es eso una mujer? me pregunté al verla tan hermosa, interrogando con la mirada al anciano judío: aquel sér parecía más del cielo que de la tierra.

—Zell, sirve la cena, dijo el viejo.

Aquella noche pasó para mí como en ensueños mágicos. El cansancio y la debilidad de estómago me impedían comer. Alucinado creí estar á la mesa con la reina de las hadas y el viejo judío que le contaba una historia de seis peniques. A lo último la reina de las hadas dijo:

—Pobrecito: será preciso acostarle, y sin más cumplimiento me acostó ella misma en una cama improvisada sobre el suelo. Ví tan cerca de mí el lindo y blanco pié de la hada, que de buena gana lo hubiera besado, pero me rindió el sueño.

Cuando me desperté, Zell y su abuelo acababan de almorzar. El contraste de ella y el de él á la luz de día, era mayor que por la noche; ella se me apareció más espléndida y arrebatadora en toda la belleza del tipo judío. El amor, si es posible en un niño de doce años, se reveló en mí con fuerza que no se ha extinguido.

Zell me sirvió una taza de thé, y el viejo me hizo varias preguntas, relativas á mi familia, á las que contesté francamente que no podia contestarle, y que deseaba hacer fortuna por mí mismo.

—Tambien voy á ser franco contigo. No soy tan pobre como crees. Mi nieta Zell no tiene á nadie más que á mi, y por razones especiales, nunca sale de casa. Me asusta su aislamiento. Si quieres quedarte con nosotros, comerás hasta que los tiempos mejoren y harás los encargos de Zell. ¿Aceptas?

Aunque me hubieran ofrecido hacerme protentado, admití aquella proposición. ¡Vivir con Zell! ¡Ser su esclavo!

No sé lo que dije, pero á poco se marchó el viejo y yo me quedé con Zell limpiando las tazas de thé: por haber roto una me propinó un soberbio bofe-

ton, valida de la superioridad que le concedían los cuatro años que me llevaba: me miraba con el mismo interés que á su gato.

La sala donde generalmente habitábamos estaba muy limpia, pero lo demás de la casa lleno de polvo. Con cuatro peniques y medio que le daba el viejo, atendía Zell á las necesidades de la casa: yo era el encargado de la compra, segun las instrucciones de la jóven, la cual ó me recompensaba con una sonrisa ó me castigaba con un bofetón.

A duras penas pude saber por Zell que mi hospedero Moisés, Jeremías Abraham, era un avaro como se ven pocos. A ella la llevaba vestida de aquel modo para que no pudiera salir de casa y gastar; pero al verla tan hermosa, no pude por menos de pensar que había otro motivo más poderoso. Me dijo tambien que el viejo estaba ausente casi siempre hasta el crepúsculo y algunas veces hasta más tarde, por lo que si ciertas noches oía sus señales en la ventana, sin oír sus pasos en la escalera, debía callarme: «desgraciado de tí, añadió amenazándome con su manita, si descubres nuestro secreto.»

¡Nuestro secreto! El corazón se me oprimió y comprendí los celos. Zell amaba.

—¿Por qué te sonrojas, niño estúpido? exclamó entre risueña y enojada. ¿Eres de fiar ó no?

No sé lo que repuse, pero no era, de seguro, la expresion de mi pensamiento. No pasó mucho tiempo sin que me pusieran á prueba. Una de las noches en que Abraham regresaba tarde, se oyó su señal, y yo siguiendo á Zell, por mandato suyo, ví que esta abría la ventaba y que penetraba por ella un desconocido de miserable aspecto. Zell se dejó acariciar y aun besar. Hablaron en voz baja, y por lo que pude comprender, de mí. En esto, oyóse la señal del viejo y el desconocido desapareció.

Al día siguiente Zell me dió una carta para llevarla á una tienda y á un *desconocido* que me la pediría. No ví ninguno en este caso, y haciendo tiempo por no volver á Zell sin haber ejecutado la comisión, se presentó un carruaje del cual bajó un caballero guapo, de retorcidos bigotes y con aspecto militar. Tenía mucha confianza con la dueña de la tienda, porque se estuvo bromeando con ella. Por si acaso era aquel mi desconocido, pasé por delante llevando la carta en la mano, y los dos salimos.

—Dádmela, me dijo: tomad esto y esto, añadió entregándome otra carta y media corona: volved mañana por la mañana.

Rechacé su dinero, diciendo que no me hacía falta, asegurándole del cumplimiento de su mensaje, y mirándome sorprendido, se alejó.

La alegría de Zell fué extremada: me recompensó acariciando con su sedosa mano mi cabellera. Díjome que aquel era Jhon Leveless, hijo del orgulloso conde San Buryan, y que estaba reñido con su padre porque no le quería dejar casar con una jóven sin dinero é hija de judío: de esto procedía el secreto de las entrevistas.

Al dia siguiente Sir Jhon fué exacto á la cita. Como no estábamos lejos del rio y necesitaba hablar conmigo, segun manifestó, nos metimos en una lancha.

—Estoy seguro, dijo, de que el judío os tendrá bien enseñado. Sed franco. ¿No le habeis visto manejar sus guineas?

Lo negué formalmente, asegurándole con tan buenas razones que Abraham estaba pobre, que se quedó pensativo y mal humorado: al marcharse reveló gran contrariedad.

Nada le dije á Zell por no entristecerla; pero desde entonces las visitas de Sir Jhon fueron escaseando con gran sentimiento de Zell, que llegó á preocuparse de tal modo que parecia como muerta.

Un triste suceso vino á sacarla de su abatimiento. Un día trajeron moribundo al anciano judío. Habiendo sido robado en medio de la calle, la conmocion que esto le produjo fué tan grande, que apenas vivió algunas horas. Zell, que no le había abandonado un solo momento, se sobrepuso al golpe con extraña resignacion, pero su palidez y la extraña expresion de sus miradas me asustaron. En el testamento que se encontró la dejaba heredera de todo y por tutor á un tal Lemuel Samuelson. Nunca se supo la cantidad robada. Con lo que habia en caso, de valor de unas veinte ó treinta libras esterlinas, hubo para pagar al médico, enterrar al viejo, vestir decentemente á Zell y atender á nuestras más perentorias necesidades. Entretanto mi pobre Zell sufría horriblemente por la indiferencia de Jhon.

Un día en que ignoraba cómo consolarla, me preguntó:

—¿Tambien, tú, Cárlos, quieres abandonarme?

—¿Zell... yo abandonaros!

Y desesperado me puse á llorar.

—Os ruego mi querido... mi buen Car...

Y no pudo seguir, deshaciéndose en lágrimas.

Al mismo tiempo me llamó la atencion un niño que desde la calle me hacia señas de bajar.

—Un caballero, dijo, me ha dado un chelin para que os avisara de que os esperaba al final de la calle.

Fuí allí y me encontré á Jhon Loveless detrás de la esquina.

—Decídmelo pronto, porque me expongo á compromisos: ¿Cómo está Zell? ¿Su padre ha muerto como pordiosero?

Le manifesté que el padre nunca había sido mendigo, pero que no teníamos dinero y que nos disponíamos á buscar trabajo en cuando Zell recibiese los vestidos de luto.

Pareció conmoverse é hizo un movimiento como en direccion á la casa.

—No... no puedo. Un asunto de mucho interés me llama á otro lado. Dátele esto y díle que no he venido á verla porque he estado ausente con mi regimiento.

Y echo á correr como alma que lleva el diablo. Casi de rodillas á los pies de Zell le conté lo ocurrido, y ella sin apartar sus ojos de los míos dijo:

—Pon... pon esa despreciable limosna en un sobre y llévala adonde te diré. Y así lo hice al pie de la letra.

Llegada la noche, estábamos hablando de nuestros proyectos, cuando se presentó un desconocido pidiendo entrar con altanera voz; era el casero é iba acompañado de otra persona. Como hacia muchos tiempos que no se le pagaban los alquileres, y las intimaciones y las amenazas habían sido infructuosas para el viejo Abraham, se presentaba entonces aprovechando la ocasión para ejercitar su derecho.

Toda reclamación hubiera sido inútil: no teníamos con que responder.

—Pero á lo menos, dijo Zell, no cometereis la crueldad de echarnos á estas horas.

—No, ciertamente, repuso el propietario; pero como no quiero gastar contemplaciones os dejaré sin camas y sin puertas en las ventanas. Bill Blossam, apoderaos pronto de todo.

—Os suplico, exclamó Zell, en nombre del cielo que dejéis las ventanas: pronto cerrará la noche.

Y al arrancar con fuerza los carcomidos postigos, estos estallaron con estruendo terrible, abriéndose y dejando la sala cubierta de una verdadera lluvia de monedas de oro.

—Diablo, exclamó el casero cegado por el polvo.

—Zell fué la primera que recobró la serenidad. Viendo á un individuo de policía, que se presentó allí atraído por el estrépito, le hizo entrar, y tranqui-

lizando al propietario, ya más humano, pidió la protección de la autoridad por aquella noche.

Dos mil setecientas guineas había en el suelo; pero empotrados en diferentes puntos de la casa, se encontraron valores hasta doscientas noventa mil libras esterlinas.

—Hacednos el favor á mí y á mi mujer, dijo Samuelson, así que terminaron todas las investigaciones posibles, de aceptar nuestra hospitalidad hasta que tomeis una resolución.

Zell aceptó, pero desde el descubrimiento del tesoro apenas la dejaba la melancolía. ¿Pensaba en lo que habría podido suceder si su abuelo hubiera sido menos sagaz? No me dirigió la palabra, y al subir al coche llamado por Samuelson, temí que ni aun me dijese adios. El mismo tutor fué quien se lo recordó, preguntándole si tenía algo que ordenar al muchacho.

—¿Al muchacho? repitió distraidamente.

—Id á mi despacho, me dijo Samuelson, que deseaba marcharse. ¿Cómo os llamais?

No contesté, porque no pensaba ni miraba más que á Zell.

—¿Estas de mal humor? Lo siento, añadió Samuelson: venid, hija mia.

—Cárls, Cárls, exclamó Zell.

Me quedé sin fuerzas. Ella me hizo un saludo y el tutor se la llevó consigo.

Permanecí todo el día frente á la ventana como si hubiese de venir Zell, aunque no la esperaba. Se había llevado toda mi felicidad y mi ansia de vivir. Cuando el hambre se presentó no tuve ánimo para ir en busca de alimento, y á la hora que en los días anteriores había sido tan feliz para mí porque cenaba con Zell, me acosté en su lecho, rindiéndome al abatimiento y á la desesperación. Mis ideas se confundieron, mi pulso empezó á latir con fuerza y dolorosamente, oí que me llamaban y después me desvanecí.

Desperté en casa de mi padre después de tres semanas de enfermedad. Pronto estuve en disposición de volver al colegio, mas no á Glumper House. Durante mi delirio había revelado el nombre de mi familia y algunos más, porque el de Zell era familiar para mi madre y Anita.

Años adelante se dió un gran baile en el palacio del virey de Irlanda, y yo fuí invitado en mi calidad de teniente de dragones. La fiesta era brillantísima porque se trataba de despedir á un virey muy popular. Este en un círculo de oficiales decía:

—Señores: tan buena conquista no se debe escapar. Admirable belleza, gracia, talento y doce mil libras de renta. ¡Qué vergüenza para los irlandeses sí se les escapa! Dicen que regresa de Méjico sin haber encontrado á su prometido.

—Se quedará entre nosotros milord, dijo el coronel Walsingham.

—¿Quién se la llevará? preguntó el virey.

—Hay varios candidatos, dijo lord Gornig, y entre ellos yo; pero hasta ahora San Buryan es el preferido.

—¿Por qué? preguntó el virey.

—Porque la jóven ha estado sentada toda la noche al lado de la madre de San Buryan, y dicen que ésta entiende mucho de arreglos matrimoniales.

—¿Se decidirá esta noche?

—Sí; la jóven no bailará más que la última contradanza, y se reserva la elección de pareja: los demás tendremos que someternos.

Instantes despues se advirtió algo de movimiento. Todas las miradas se dirigieron al mismo sitio. En medio del salon, y apoyada en el brazo de lord Jhon Loveless, ahora conde de San Buryan, ví á la hermosa Zell, Zell..... más alta, más desarrollada, aunque no más preciosa porque no cabia. Me miró frente á frente y me pareció que se fijaba mucho; mas no, apartó sus lindos ojos con tristeza como si no me conociera; ¡habian pasado diez años!

La orquesta preludió la postrer contradanza. Como arrastrado mágicamente, fuí á colocarme enfrente de la encantadora mejicana, aunque muy separado. Ví á todos los candidatos, dando muestras de su exquisita educacion, que solicitaban el honor de bailar con ella. A todos les fué negado. No quedaba más que San Buryan. Acercóse lleno de confianza, y animado por la triunfante sonrisa de su madre. Zell se puso de pié antes de que desplegasen los labios.

—Dadme el brazo porque deseo atravesar el salon, le dijo en alta voz.

Acercáronse á mí, y soltándose de lord San Buryan, tendióme sus preciosas manos, exclamando:

—Cárlos, Cárlos; ¿no me conoces? Vengo á rogarte que..... que me hagas el favor de bailar con tu antigua amiga Zell.

Hoy poseemos más de un parque poblado de ciervos; pero sólo del de Escocia, según el dictamen de Zell (que quiere siempre ser mayor y más sesuda que yo), le envié á mi amigo Roger una pierna de venado digna de la mesa de un rey.
